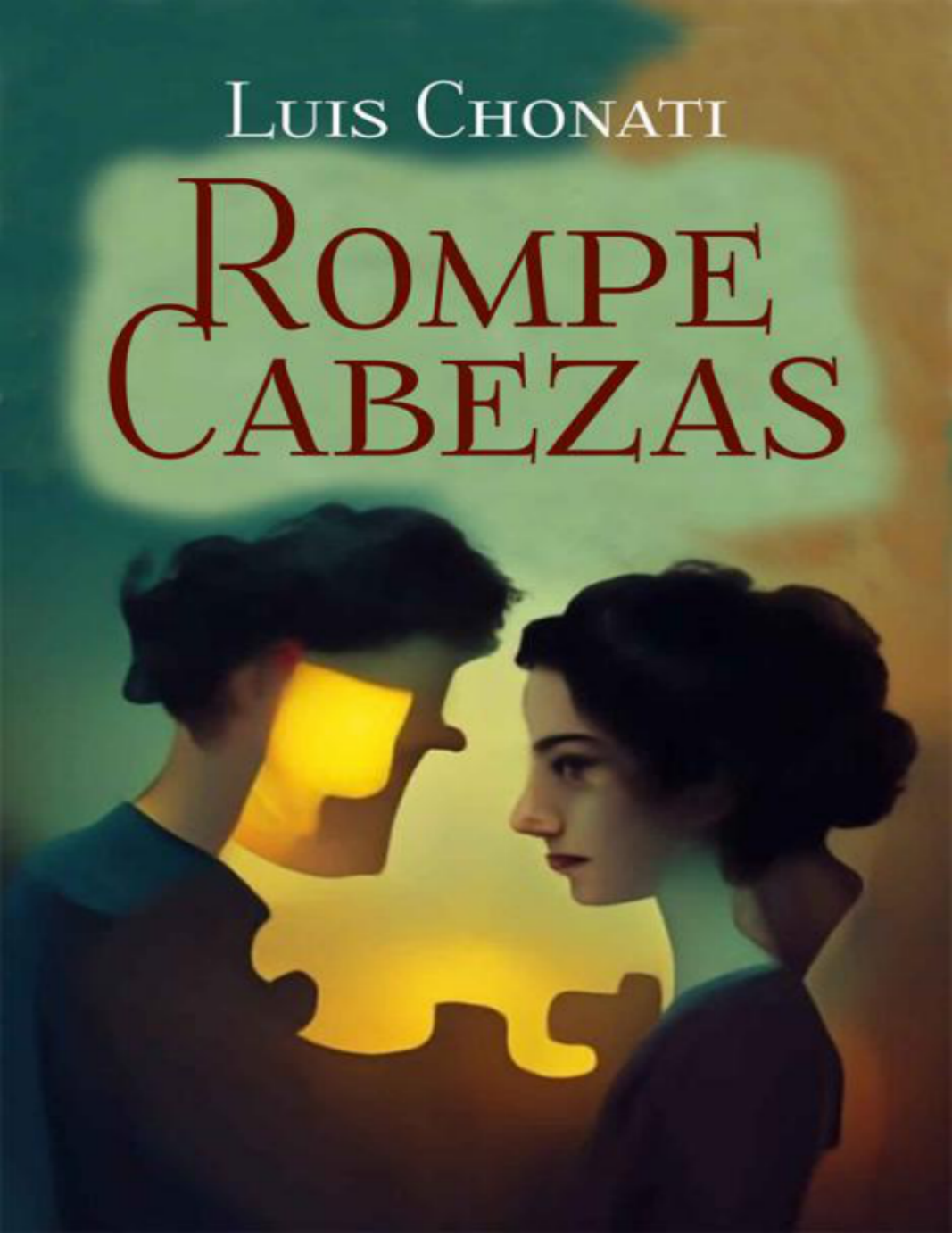
LUIS CHONATI

ROMPE CABEZAS



Rompe Cabezas

Luis Chonati Proaño

Luischonati@gmail.com

Copyright © 2022 Luis Chonati Proaño

All rights reserved. Todos los derechos reservados. Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital sin permiso expreso del autor.

ISBN:

A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante.
Oscar Wilde

A Lucho, Kari, Ami y Ale

1

Sonó el timbre que indicaba la finalización del año escolar en el colegio Galileo Galilei, el más antiguo y prestigioso de la ciudad de Ravenia. Habían desfilado por sus aulas desde su fundación en 1789, presidentes, ministros, miembros del congreso y los más destacados profesionales del país.

Para los alumnos del último año significaba la despedida definitiva de la vida escolar y el inicio de una prometedora carrera universitaria que los llevaría después a ocupar los altos cargos de sus ilustres antepasados.

–Vamos a ir todos a mi casa –dijo Leopoldo–. No puedes negarte esta vez.

–Yo quisiera ir, Leo, pero no depende de mí –respondió Amadeo mientras caminaban entre las imponentes columnas de mármol de la galería central.

–Hablamos con el chófer. Le decimos que venga a recogerte más tarde.

–Tampoco depende de Manuel. Tú sabes muy bien que es a mi abuelo al que tendrías que convencer.

–No lo dejan salir solo ni a la esquina –dijo en voz baja José Antonio, que venía detrás con otro grupo.

–Habría que ayudarlo –dijo Humberto.

–Sí. Él nos ha ayudado siempre –añadió Rafael.

–En cada examen se daba el trabajo de copiar en una hoja las respuestas –dijo Alberto.

–Sí y circulaba por toda la clase.

Todos rieron acordándose de las veces que les había salvado la vida.

–Y cuando hacíamos las tareas en su casa, él las hacía prácticamente solo mientras nosotros tonteábamos –dijo Jimmy.

Nuevamente recuerdos y risas de aquellos días.

–Gracias a él obtuve el cinturón negro –dijo Stan.

–A mí también me enseñó karate. He ido a su casa dos veces por semana durante dos años. Y gratis –dijo Alberto.

–A mí y a Leopoldo nos daba clases de informática todos los viernes –dijo José Antonio.

–Yo he sido el goleador del campeonato gracias a sus pases –dijo Jimmy.

–Y nosotros nunca hemos hecho nada por él –dijo Rafael.

–Pero qué podríamos haber hecho. Su abuelo es un loco de mierda que no lo deja salir a ningún lado –dijo José Antonio.

–Tendríamos que haberlo ayudado antes, no ahora que es el último día de clases –dijo Alberto–. El único que ha tratado de darle una mano siempre es Leo –lo señaló con la cabeza.

Se detuvieron en la portería para despedirse de Ramírez. El viejo portero había salido de su pequeño despacho para darles el último adiós.

–Ahora, muchachos, este portón ya no es el portón de salida sino el de entrada a una nueva vida –dijo con los ojos vidriosos y su sonrisa bonachona. Era una frase inventada por él. Se emocionaba año tras año cuando la repetía orgulloso a los alumnos que no volvería a ver más.

Cada uno lo abrazó y palmeó su espalda. Cuando le tocó el turno a Amadeo le dijo al oído:

–Mi esposa reza todos los días por ti, Amadeo. Te estamos eternamente agradecidos por el trabajo que le conseguiste a mi hijo.

–Mi abuelo lo contrató porque Paco es muy inteligente. Yo no hice nada.

–Que Dios te bendiga, Amadeo –fueron las palabras de despedida de Ramírez acompañadas de un fuerte apretón de manos.

Manuel, recostado en el Bentley, impecablemente uniformado con gorra y traje azul marino, esperaba a Amadeo como lo había hecho todos los días a lo largo de los diez años que duró el colegio.

Cuando lo vio llegar tiró el cigarrillo al suelo y abrió la portezuela posterior del auto, pero esta vez Amadeo no subió. Sus compañeros se lo impidieron haciendo un semicírculo en torno a él.

–Manuel, hoy es el último día de clases –dijo Leo, presidente de la clase e hijo del primer ministro de quien había heredado su labia–. Vamos a reunirnos en mi casa para celebrarlo. Un brindis, unos bocadillos y… basta. No vamos a hacer nada malo –lo cogió del brazo fraternalmente–. Sabe Dios cuando nos volveremos a encontrar, muchos de nosotros viajaremos al extranjero y…

–Por mí no hay ningún problema –lo interrumpió Manuel–, pero no soy yo el que decide sino su abuelo. Si lo llevo sin su permiso me quedo sin trabajo.

–Llama a tu abuelo, Amadeo –dijo Leopoldo con tono autoritario.

–Sí, llámalo y pídele permiso –repitieron todos en coro.

–Si quieres yo hablo con él –se ofreció Leopoldo.

Amadeo meneó la cabeza acordándose de la infinidad de veces que se lo había pedido y de la infinidad de veces que se lo había negado.

–Es una pérdida de tiempo –dijo excusándose.

–Llámalo –insistió, José Antonio–. Nada pierdes. ¿O eres tú el que no quieres ir?

Amadeo sacó su móvil y marcó el número sin ninguna esperanza. Lo hizo, más que nada, para demostrarles que era imposible que su abuelo cediera un milímetro.

–Si te dice que no, me lo pasas –insistió Leo.

–No le digas nada del brindis –le dijo Alberto en voz baja.

–Abuelo, Leopoldo me ha invitado a su casa. ¿Puedo ir?

Don Roberto Rossi respondió de inmediato no obstante que estaba presidiendo una reunión con los representantes de la *Goldiamond*, empresa americana interesada en invertir en una de sus minas de diamantes recién descubierta en Botswana. No existía motivo alguno para no responder a su nieto adorado.

–Hoy es el último día de clases –insistió Amadeo.

–Último día de clases –repitió el abuelo, concentrado en un documento que tenía en sus manos–. Estoy en una reunión, Amadeo.

–Abuelo, he sido siempre el primero de la clase y no te he dado jamás ningún problema.

El abuelo titubeó un instante por primera vez en su vida, y Amadeo aprovechó ese momento de indecisón para lanzarse al ataque.

–Abuelo, estoy acá con todos mis amigos. No me hagas quedar mal, por favor.

Hubo un prolongado silencio que hizo aumentar la tensión

entre los muchachos, dejándolos sin respiro.

–Está bien, Amadeo, puedes ir, pero nada de tragos. Y Manuel te estará esperando en la puerta. Son las tres de la tarde. Hablaré con él para que te traiga antes de las siete.

–Abuelo, me puedo regresar solo.

–Esas son las condiciones, Amadeo. Lo tomas o lo dejas.

Leopoldo, que estaba a su lado escuchando, asintió con la cabeza repetidamente para que Amadeo aceptara sin discutir antes de que su abuelo se vaya a retractar.

–Está bien, abuelo. Gracias.

Cuando colgó, sus compañeros festejaron levantando los brazos. Algunos le palmeaban la espalda felicitándolo.

Amadeo subió al Bentley junto con Leopoldo, Alberto, Jimmy, Stan, Rafael y José Antonio. Manuel protestó y ordenó que se bajaran de inmediato, pero nadie se movió de su asiento.

Leo lo convenció, argumentando que su casa quedaba a pocas cuadras de ahí.

–Se acabó el colegio –dijo Rafael, sentado adelante.

–¿Qué piensas seguir? –le preguntó Manuel.

–Ingeniería.

–¡Tú, ingeniería! –exclamó Stan desde el asiento posterior–. Pero si eres una bestia en matemáticas. Todo el año te has copiado de Amadeo.

–Ahora tengo una profesora nueva. Con ella entiendo todo.

–¿Qué tal es? –preguntó Alberto.

–Guapa, buena gente y... creo que quiere estar conmigo.

–¿Qué edad tiene?

–Veinticinco.

Sus palabras provocaron una carcajada general.

–Mientras me explica las fórmulas, se relame los labios, se toca el cuello, me sonríe…

–Sí, alucina, mitómano de miércoles. Seguramente que es una viejecita renegona con gafas y moño…

–Y te pega con una regla en la cabeza cuando te equivocas –dijo Stan, provocando de nuevo risas.

–Esta es la foto de la viejita.

Rafael levantó su móvil y lo giró para que todos la vieran.

–Mañana te voy a visitar –dijo Alberto–. ¿A qué hora son tus clases?

–Espero que a partir de ahora te dejen ir a fiestas –dijo Leo.

–Así lo espero –respondió Amadeo, sentado a su lado mientras miraba a través de la ventanilla las calles iluminadas por los tímidos rayos del sol de inicios del verano.

–Este sábado hemos organizado una en mi casa –dijo Leo–. He invitado a una chica guapísima que no tiene enamorado. Te la presento.

Amadeo asintió con la cabeza.

–¿Quién? –preguntó Alberto.

–Está reservada para Amadeo –respondió Leopoldo.

–Sólo he preguntado quién es.

–Te conozco, Alberto… Es la hermana de Luis. Acaba de venir de Londres.

–No te preocupes, Amadeo –dijo Alberto en tono solidario–. Es toda tuya.

–Gracias, Alberto –dijo Amadeo siguiéndole el juego –. Muy gentil de tu parte.

–Tienes que sacudirte, Amadeo –dijo Stan–. Yo he ido solo al colegio desde que tenía siete años.

–No puedes dejar que te traten como a una niñita –dijo Jimmy.

–Cómo vas a conocer chicas si no vas a fiestas –dijo José Antonio–. Tu abuelo quiere que seas cura, de repente.

–Este sábado Leopoldo me va a presentar a la guapísima hermana de Luis. ¿Cómo se llama?

–Susan.

–Y si le dices para salir ¿cómo vas a hacer? Vas a ir a recogerla con Manuel. ¿Y si quieres hacer tus cosas? –preguntó Alberto.

–Me bajo del auto y los dejo solos –Manuel se unió a las bromas.

–Gracias, Manuel –repuso Amadeo–. No sé qué haría sin la ayuda de mis amigos.

Rafael encendió un cigarrillo.

–¡Apaga eso! Acá no se puede fumar –exclamó Manuel.

Minutos después, se bajaron del auto y entraron a la lujosa residencia de Leopoldo en medio de bromas y palmadas en la espalda. Amadeo se quedó al último para hablar con Manuel.

–¿Vas a quedarte esperándome? –le preguntó desde la ventanilla.

–Sí, y no quiero tener problemas con tu abuelo, así que más te vale que no tomes. Y si no sales, máximo a las seis y cuarenta y cinco, entraré a buscarte. ¿Entendido?

–Está bien, Manuel. Tranquilo. No te alteres. Lo decía para que no te aburras ahí esperándome. Date una vuelta si quieres.

–Acá me quedo.

–Como quieras.

Amadeo se volvió a la casa y entró junto con el resto de muchachos que iban llegando en sus motos y bicicletas.

Manuel se quedó preocupado. Sabía que ese tipo de reuniones siempre acababa mal. Se quitó la gorra, se bajó del auto y encendió un cigarrillo.

Marcos, el deejay de la clase, se puso los auriculares y empezó tocando *Years* de Alesso. Los demás se fueron acomodando en tres mesas redondas al costado de la piscina, debajo de un ondeante toldo blanco de lino.

–Amadeo, dime cuántos somos –gritó Leopoldo desde el bar.

Amadeo los contó señalando a cada uno con el dedo y se le acercó.

–Veinte.

–Anda sirviendo el whisky. Yo voy a sacar el hielo.

–¿Dónde están tus papás? –preguntó Amadeo mientras los llenaba.

–En Europa. *Not problem*.

–¿Tienes la foto de Susan?

–Está en Instagram –Leopoldo se acordó de que Amadeo no participaba en las redes, así que la ubicó en su celular y se la mostró–. ¿Qué tal?

Amadeo hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

–No exagerabas. Es guapísima.

–¡Por nuestro querido colegio, Galileo Galilei! –exclamó Stan con el vaso en alto.

–¡Por el Galileo! –repitieron todos de pie, levantando los vasos de cristal.

Después de las clásicas hurras y del primer trago, Leo puso sobre cada mesa una caja de puros *Montecristo* –sustraídos del estudio de su papá– provocando una tanda de aplausos.

Y, entre risas, humo, y whisky a discreción, comenzaron a acalorarse, a sacarse las corbatas mientras Marc trataba de complacer a todos con las canciones que le pedían.

–Tu abuelo está enfermo. No es normal que se comporte así –dijo Rafael.

–Debe tener algún trauma –añadió Stan.

–Mis padres murieron en un accidente cuando yo tenía cinco años. Y mi abuelo se hizo cargo de mí.

Leo hizo una señal con la mano para que se callaran y prestaran atención. Amadeo estaba desvelando su secreto. Los efectos del alcohol le habían soltado la lengua.

–Mi mamá era su única hija. Mi abuelo la adoraba. Saliendo de una fiesta se estrellaron contra un árbol. Mi papá había bebido

demasiado esa noche. Cuando mi abuelo se enteró le dio un infarto… el segundo infarto. El primero le vino unos meses antes cuando murió su hermano en un accidente similar. Lo encontraron al lado de su moto con el cráneo destrozado y el cerebro desparramado por la calle. También estaba borracho.

Esta vez nadie se atrevió a bromear.

Amadeo echó el humo del habano y continuó.

–Mi abuelo quedó muy delicado del corazón después de cuatro operaciones. Ahora está viejo y cualquier impresión lo puede matar.

–Sabíamos del accidente de tus padres –dijo Leopoldo, con el rostro apesadumbrado–. Pero no sabíamos los detalles. Ahora comprendo lo que sucede en la cabeza de tu abuelo.

–Tu abuelo está traumatizado y te está haciendo pagar los platos rotos –dijo Rafael–. No es justo. Te está cagando la vida. Tú no tienes la culpa de lo que pasó.

–Debería hacerse ver por un psiquiatra –añadió Jimmy.

En la cocina, Delfina y Margarita, las empleadas que trabajaban en la casa, comenzaron a preocuparse.

–Hay que prepararles algo. Si no comen nada se van a emborrachar –dijo Margarita.

–Qué podemos prepararles nosotras a estos engreídos. El chef está de vacaciones. Seguro que ordenan pizzas. Siempre lo hacen.

–Hasta que las ordenen y las traigan pasará una hora. Es mejor que vayan comiendo, aunque sea unos bocadillos. Yo sé lo que te digo. Míralos cómo están ya.

–Pero son un batallón. Habrá que preparar al menos cien.

–Voy a sacar jamón y salami de la despensa. Tú saca aceitunas, queso, el pan blanco y el negro.

Al poco rato se aparecieron en el jardín con cuatro fuentes repletas de bocadillos y las dejaron en las mesas. Los muchachos, que ya estaban pasados de tragos, las recibieron con aplausos, silbidos y piropos dirigidos especialmente a Margarita, cuyo parecido con Selena Gómez era asombroso.

Leopoldo se puso de pie y cogió la mano de Margarita.

–Vamos a bailar, mi amor.

–Ningún baile, Leopoldo. Déjame por favor.

Stan se puso delante de Delfina y comenzó a mover las caderas y a aplaudir al compás de *Happy* de Pharrell Williams.

Because I'm happy

Clap along if you…

–Leopoldo déjala en paz –dijo Alberto, tocando su hombro–. No ves que no quiere bailar contigo. Baila conmigo, Margarita.

Because I'm happy

Clap along if you…

Leopoldo aflojó la mano y Margarita se soltó de un tirón. Las dos regresaron a la cocina corriendo a través del jardín y cerraron la puerta con llave.

Paq, paq, paq.

–Margarita, ábreme, por favor.

Se escuchaban las risas de los muchachos al otro lado de la puerta.

–Déjanos en paz, Leopoldo o en este momento llamo a tu mamá.

–Bailamos un par de canciones y te dejo en paz.

–Vete, Leopoldo. No tengo ganas de bailar.

–Margarita yo te quiero. Estoy enamorado de ti. Abre.

–Están borrachos –susurró Delfina.

–Aló, señora. Leopoldo está borracho y quiere entrar a la cocina con sus amigos. Hable con él, por favor.

–¡No molestes a mi mamá! Cuelga. Solo quería bailar contigo... Ya me voy… me estoy yendooo… cuelgaaaa.

Leopoldo y sus amigos se alejaron de la puerta en medio de risas y payasadas de todo tipo.

–Buena idea. Se la creyó –dijo Delfina.

–Si viene de nuevo la llamo de verdad.

–¿Qué has pensado seguir, Amadeo? –preguntó Laurent, el más callado de la clase. Tenía las mejores notas después de Amadeo. Se habían quedado conversando solos en la mesa de en medio. Los demás estaban jugando con un balón en el jardín.

–Quisiera ser pintor –dijo Amadeo, un poco pasado de tragos por los tres vasos de whisky que había tomado.

–¿Pintor de qué?

–De cuadros. De qué más va a ser.

–Todos los cuadros ya han sido pintados. Serás sólo otro copión más.

–Yo no pienso copiar a nadie. Tengo mi propio estilo.

–Los pintores piensan que en un lienzo pueden reproducir algo que existe en la realidad. Es absurdo. Lo que hacen es una copia de pésima calidad.

Amadeo tomó un trago de whisky y exhaló el aire haciendo una mueca de satisfacción.

–Está claro que no te gusta el arte, pero...

–Soy un apasionado del arte, pero del verdadero, del original. No se puede comparar una mujer de carne y hueso con un cuadro de ella. ¿No te parece?

–¿De qué hablas? –preguntó Amadeo, arrugando el ceño y pegando su espalada a la silla de mimbre.

–Para los hombres, el cuadro vale mucho más que la mujer. Porque los hombres piensan que lo creado por ellos es superior a lo creado por Dios.

–No te entiendo, Laurent.

Amadeo negó lentamente con la cabeza.

–No me entiendes. Escucha bien. Mi papá ha pagado un millón de dólares por un cuadro de Balandro que parece un garabato con forma de mujer. Sus amigos dicen que es una obra maestra para dársela de muy entendidos. Como el cuento del rey que se paseaba en ropa interior por las calles y todos tenían que decir "qué elegante". Un millón ha pagado el viejo, cuando millones de niños se mueren de hambre. Piensa un poco. La gente paga un dineral para ir a ver una estatua de mármol al Louvre y al modelo original lo dejan morir de hambre porque no ha sido hecho con sus manos.

Apareció Leopoldo con una botella de whisky en la mano y un puro entre los dientes.

–Ya le estás hablando del fin del mundo, Laurent. ¿Qué problema tienes? Diviértete. Deja de lamentarte de todo.

Los dos volvieron su mirada hacia él.

–En parte tienes razón, Laurent –dijo Amadeo, hablando con dificultad, ignorando el comentario de Leo–. Pero hay tantas otras cosas en que la gente gasta su dinero. No todos compran cuadros. El arte al menos nos transmite emociones que nos hacen la vida más llevadera. Un cuadro, una melodía, una poesía son cosas positivas... o al menos, no tan negativas...

–Mejor tómate un trago Laurent –lo interrumpió Leo mientras inclinaba la botella para llenar su vaso vacío.

Laurent puso su mano encima del vaso.

–No, gracias.

–¿No tomas?

–He tomado suficiente. Yo prefiero estar en un campo de girasoles –dijo reprendiendo su discurso y dirigiéndose a Amadeo–, iluminado por un sol de primavera, viendo los picaflores y las abejas revolotear, que estar en un museo viendo un cuadro muerto de lo mismo. Y prefiero mil veces escuchar el sonido del mar que lo que tu llamas melodía. Y si estoy al lado de mi enamorada, creo que no hay cosa mejor para mí. Y no me lamento siempre, Leo. Me gusta dar mi opinión. Eso es todo.

–En gustos y colores...

–No le hagas caso, Amadeo –Leopoldo lo jaló del brazo sin dejarlo terminar el refrán–. Vamos a comer algo.

Amadeo se paró con dificultad, agarrándose de la mesa, y se fueron tambaleando a golpear la puerta de la cocina dejando a Laurent meditando solo en la mesa.

Manuel caminaba por la vereda de un lado a otro. Controló su reloj por enésima vez. Eran las ocho y media. El volumen de la música se sentía cada vez más alto. Amadeo había apagado su móvil y nadie le abría la puerta pese a que había dejado el dedo pegado en el timbre por más de un minuto. Ni siquiera habían escuchado cuando la había golpeado enérgicamente con la palma de la mano.

Se acercó a la casa una vez más. No podía ver nada. Las cortinas estaban cerradas. La rodeó. La bulla provenía del jardín de la parte de atrás.

Delfina se percató de él y lo llamó por la ventana.

–¿A quién buscas?

–A Amadeo Rossi.

–Disculpa que no te hayamos abierto. Estamos encerradas en la cocina. Entra por acá.

Manuel se encaramó en el marco de la ventana y de un salto se metió.

–Están todos borrachos y han fumado marihuana. Míralos –dijo Delfina, señalándolos desde la ventana que daba al jardín… Ahora se están quitando las camisas.

–No se les vaya ocurrir meterse a la piscina y se ahogan –comentó Manuel.

–Todos saben nadar muy bien. Estamos preocupadas porque van a destruir la casa. Se han puesto a jugar fútbol y han roto la luna que da al cuarto de los señores. Han vomitado en la alfombra, han roto una lámpara antigua y el retrato de la abuela.

–¿Tanto han tomado? –preguntó Manuel.

–En el sótano hay un cuarto lleno de licores. Seguirán tomando hasta caer privados. Mi nombre es Margarita.

–Yo soy Delfina.

Manuel se quitó la gorra, y quedó impresionado por la belleza de Margarita.

Estrechó sus manos.

–El mío, Manuel. Soy el chófer de la familia Rossi.

–Sírvete unos bocadillos, Manuel –dijo Delfina.

Manuel estaba esperando que se lo dijeran. Se moría de hambre, pero primero les pidió el baño. Su vejiga estaba a punto de explotar. A los pocos minutos regresó.

–¿Quieres una cerveza? –preguntó Delfina.

–No, gracias. No puedo tomar cuando trabajo. El viejo me despide. Mejor voy a ver a Amadeo de una vez.

Margarita se apresuró en echar llave, no bien salió de la cocina. Se quedaron mirándolo desde la ventana.

–No, Manuel. Amadeo se queda. Es el invitado de honor –dijo Leo visiblemente ebrio.

–¡Vamos, Amadeo! Tu abuelo se va a molestar. Ya me ha llamado dos veces.

Stan el más corpulento de la clase se interpuso entre ellos, sacando pecho y agarrándolo de los hombros.

–Amadeo se queda –dijo desafiante.

–Se quieren llevar a Amadeo –exclamó Leo.

Un instante después, estaban todos a su lado. En medio de su mente seminublada por el alcohol estaban decididos a ayudar a Amadeo de esa manera, aunque se tratara del simple hecho de no dejarlo ir a su casa un poco más temprano. Tenían la conciencia sucia por no haberlo hecho antes.

–No jodas, Manuel. Regresa más tarde –dijo Rafael.

–U-na me-dia ho-ra más –dijo Amadeo con la lengua trabada.

Manuel regresó a la cocina agitando la cabeza.

–No quiere irse –dijo Margarita.

–No lo dejan. Sus amigos se han puesto un poco belicosos. Esperaré a que caigan. Ya les falta poco.

–Es la primera vez que viene. Nunca lo habíamos visto por acá –dijo Delfina.

–Es la primera vez en su vida que lo dejan salir y creo que será la última.

–Es guapísimo –dijo Delfina desde la ventana–. Mira Margarita los abdominales que tiene. Es todo músculos.

Margarita se acercó a la ventana.

–Es que practica artes marciales no sé cuántas horas al día. Es una bestia entrenándose. Un animal, verdaderamente. Creo que así se desahoga por lo reprimido que lo tienen.

–¿Sus padres son muy estrictos? –preguntó Margarita.

–No, no tiene padres. Su abuelo lo crio desde que tenía cinco años. Pero el viejo está medio loco. Se le aflojó un tornillo cuando murió su hija…

Manuel les contó la tragedia de su familia.

–Pobre –dijo Margarita.

–Pobre, sí. Cuando no entrena lo hacen estudiar –dijo Manuel antes de dar un mordisco a su sándwich de jamón.

–¿Qué estudia?

–Todo, a toda hora y todo lo que te puedas imaginar. Sabe matemáticas, química, física, informática como si fuera un ingeniero y habla y escribe a la perfección siete idiomas.

–Rayos –exclamó Delfina.

Manuel dio otro mordisco, pasó el bocado casi sin masticar y prosiguió.

–Y además toca piano, pinta, nada, juega tenis, pero, sobre todo, practica artes marciales. Es lo que más le gusta hacer. Y sus profesores no son cualquiera, son renombrados maestros. El de piano, por ejemplo, es el director de la Orquesta Sinfónica Nacional. El de karate es el actual campeón olímpico. Yo he conversado con él y me ha asegurado que Amadeo podría ser tranquilamente su sucesor si su abuelo le permitiera competir en torneos.

–¡Wow! –exclamaron las dos.

–Su abuelo debe ser millonario como todos estos.

–Es archimillonario. *Rico McPato* es un pobre mendigo a su lado. Tiene minas de oro en la sierra y minas de diamante en el África. Quiere que Amadeo las administre algún día, pero él quiere ser pintor.

–Así de injusta es la vida –suspiró Margarita.

Manuel controló su reloj. Había pasado una hora.

–Ya debe haber caído. Voy a verlo.

–Manuel, ¿nos podrías llevar contigo? –preguntó Delfina–. No podemos quedarnos solas con estos salvajes. Mira cómo están. Tenemos miedo de que se metan por la ventana. A cada rato vienen y nos tocan la puerta cada vez más fuerte.

–Ya ni siquiera van al baño. Míralos, están haciendo la pipí en las plantas –dijo Margarita.

–Sí, sí. En la casa hay varios cuartos vacíos. Ahí pueden pasar la noche. Yo hablo con el viejo.

–Gracias, Manuel.

Manuel entró en la casa. Era un desastre total. Lo vio a Amadeo tirado en el jardín con la cabeza escondida entre los geranios. Esta vez su presencia pasó desapercibida. Lo tomó entre sus brazos y salió por la puerta trasera junto con las empleadas. Ya en el auto, lo echó en el asiento de atrás, Delfina y Margarita se acomodaron adelante.

–No sé qué me da dejar la casa sola con estos. Pueden entrar los ladrones y se llevan todo –dijo Margarita arrugando las cejas.

–A mí no me interesa –replicó Delfina–. Yo no me quedo acá

ni pagada. No me importa si me despiden.

–Más tarde venimos –dijo Manuel que le había echado el ojo a Margarita–. Cuando se hayan quedado dormidos, nos aseguramos de que las puertas estén bien cerradas.

–Yo creo que sería mejor avisar a los señores –dijo Margarita.

–No, venimos más tarde como ha dicho Manuel. Mejor que no se enteren que nos hemos ido –dijo Delfina.

Con el vaivén del auto, Amadeo empezó a vomitar. Manuel y las empleadas recibieron el primer duchazo en la espalda. Después le tocó el turno a los asientos y a los vidrios.

2

–Despierta, Amadeo. Tu abuelo te espera en el comedor para tomar desayuno.

Fabiola lo destapó y abrió las cortinas para dejar entrar el sol.

–¿Qué hora es?

–Son las ocho y veinte. Vamos. Levántate que es tarde y tienen que limpiar esta habitación que apesta a vomitado.

–No me acuerdo de nada.

–Ya, levántate. Date una ducha veloz y no hagas esperar a tu abuelo.

–Buenos días, Amadeo. ¿Cómo te sientes?

–Buenos días, abuelo. La cabeza me duele un poco.

–Toma ese jugo de tomate. Es lo mejor que hay contra la resaca.

Amadeo se sentó y se puso la servilleta en las piernas.

–Disculpa, abuelo…

–Manuel te llevó en brazos hasta tu cama. Has vomitado no sé cuántas veces.

–El whisky, abuelo. No lo había tomado nunca… no sabía que…

–Dijiste muchas cosas, anoche.

–¿Qué cosas? No me acuerdo de nada.

–Que querías trabajar para irte de la casa, que yo te estaba asfixiando, que ya no eras un niño, que querías independizarte y que no querías trabajar en mis empresas porque querías dedicarte a pintar.

–¿Dije todo eso?

–Entre otras cosas. Me dijiste también que yo necesitaba un tratamiento psiquiátrico.

–Estaba borracho, abuelo.

–Los borrachos dicen siempre la verdad, Amadeo.

–Es la primera vez que lo hago…

–Vendrán muchas más. La primera es la más difícil. Imagínate, si con todo el cuidado que he tenido, lo has hecho y ¡en qué forma!

–No volverá a ocurrir, abuelo…

–Quiero decirte sólo una cosa, Amadeo. Puedes hacer lo que quieras con tu vida. Si decides marcharte yo te apoyaré y te ayudaré incluso a gestionar tus papeles para que puedas emanciparte. No tengo ningún problema. Sabes dibujar muy bien. Has tenido como maestros sólo a renombrados pintores y estoy seguro que con un poco de suerte podrás subsistir como artista. Podrías también trabajar en tantas otras cosas con todo lo que sabes. Pero quiero advertirte que ese día te desheredaré. No podrás reclamar un solo centavo cuando me haya muerto. Le dejaré todo a mis socios. No voy a dejar la fortuna de tres generaciones en manos de un irresponsable.

–¿Irresponsable por querer ser artista?

–Irresponsable por querer escapar a tu realidad. Por no afrontar tus deberes que tienes como mi único heredero.

–Nunca me ha interesado tu dinero, abuelo.

–Cuando tenía tu edad lo único que quería era cantar. Yo era un cotizado barítono. No me importaba nada más. Pero mi padre me hizo ver que en la vida no se puede actuar en forma egoísta sino en función de la comunidad. Me dijo una vez: “Tenemos más de mil trabajadores que dependen de nosotros. Si tomamos buenas decisiones, la empresa crecerá y podremos garantizar su bienestar y el de sus familias. Pero si cae en manos de gente irresponsable, los trabajadores serán los más perjudicados.” Tu bisabuelo me enseñó el concepto de solidaridad.

–Dejaste el canto.

–Sí, y valió la pena. Ahora tenemos más de cinco mil trabajadores que viven dignamente gracias a nuestro sacrificio.

–Dignamente vivimos nosotros, ellos viven en los barrios más pobres.

Don Roberto Rossi arrugó la frente.

–Además de querer ser pintor, ahora me vienes con ideas comunistas. Ya sé cuál va a ser tu fin. La de un bohemio muerto de hambre que se llena la boca con discursos de igualdad social, sin mover un dedo para ayudar siquiera a una persona. Nosotros representamos la vida de miles de familias. Nosotros hacemos mucho y hablamos poco. Nuestros trabajadores nunca nos han hecho una huelga. ¿Sabes por qué? Porque están agradecidos.

–Podrían estar mejor.

–¿Quién te está metiendo esas ideas en la cabeza? –el abuelo puso la servilleta encima de la mesa–. Mira, Amadeo, tengo muchísimo que hacer. Finalicemos esta conversación. Si decides quedarte harás las cosas que yo digo al pie de la letra sin discutir. Yo sé lo que te conviene: Estudiar ingeniería de minas, y no beber alcohol. No es mucho lo que te pido.

Amadeo entrecerró los ojos y bajó la cabeza como dándole la razón.

–Millones de muchachos quisieran tener esta oportunidad. Además, no quiero pasar la poca vida que me queda preocupado, ¿a qué hora llegará? ¿le habrá pasado algo? ¿por qué no llama?

–No volverá a suceder abuelo. Lo único que te pido es que no me lleve Manuel a la universidad.

–Sin concesiones, Amadeo. Piénsalo. Ahora te dejo porque se me ha hecho tarde. Cuando regrese volveremos a hablar y me dirás tu decisión definitiva.

Roberto Rossi se levantó de la mesa y salió de la casa escoltado por Manuel. El *Mercedes* estaba listo en la puerta de la casa. El Bentley lo había llevado a lavar temprano.

Fabiola empezó a recoger la mesa.

–Paciencia, Amadeo –le dijo sonriendo.

–¿Cómo voy a conocer chicas?

–En la universidad hay un montón de chicas.

–Todas las chicas salen, van a fiestas, toman. Tendré que estar excusándome siempre.

–Quizás encuentres a alguna que no toma y que no le gusta las fiestas.

–No existen esas chicas, Fabiola. Y si por casualidad la encuentro, tendré que decirle para salir sólo hasta las nueve de la noche. Ni la cenicienta. Creo que mejor me meto al seminario.

Fabiola soltó una carcajada. Parecía una broma, pero era la verdad.

–¿Tú crees que me eche de la casa?

–No ha hablado de echarte. Te ha dicho que tienes que

elegir. Si decides marcharte él no se opondrá, pero sí decides quedarte y después le desobedeces, ten por seguro que te echará aunque después se muera de la pena. Conozco muy bien a tu abuelo.

–No quiero que le pase nada. No quiero ser el culpable de su muerte. No quiero llevar en mi conciencia ese peso por el resto de mi vida.

–No seas dramático, Amadeo. Tu abuelo es fuerte como un roble. Y si algún día te sales de la línea, será porque has debido hacerlo. Y si le sucede algo, será sólo por su culpa. Nadie puede manejar la vida de nadie, así como lo hace él con la tuya. Si estás seguro de lo que quieres, entonces es mejor que escuches la voz de tu corazón, pero si tienes dudas, sigue sus consejos que en realidad no son tan malos: no tomar, estudiar, administrar sus empresas.

–No fiestas.

–Sí, lo de las fiestas me parece una exageración.

–Tú ¿qué hubieras querido ser?

–Profesora. Soñaba con estar detrás de un pupitre enseñando historia a mis alumnos.

–Y ¿por qué no seguiste la voz de tu corazón?

¬Porque no pude terminar el colegio. Tuve que empezar a trabajar. Cuando tenía catorce años mi mamá me llevó a una casa de ricos para que ayudara, lo mismo hizo con mis hermanas. Éramos cuatro. No teníamos papá. No bien crecimos nos colocó a cada una en casas de gente adinerada. Mi mamá decía que ahí estaríamos bien. Al menos, mejor que quedarnos en la casa todas juntas sin tener que comer. Si yo hubiera tenido un abuelo millonario que me hubiera puesto todo en bandeja de plata…

–¿Si te hubiera obligado a estudiar algo que tú no querías?

–Hubiera aceptado de inmediato sin hacerme de rogar. Las chicas como yo teníamos solamente tres caminos para escoger: morir de hambre, prostituirse o trabajar como sirvienta. Imagínate si le iba a decir a mi mamá que quería ser profesora, que quería terminar el colegio y después continuar a estudiar por otros cinco años en la universidad.

–A ti te ha pagado mi abuelo para convencerme.

–No –los ojos de Fabiola enrojecieron–. Yo te he dicho que si te gusta la pintura, si es eso lo que realmente quieres, pues hazlo sin dudar. Tú sabes pintar muy bien. Yo ni siquiera pude terminar el colegio. Éramos pobres. Tú no sabes lo que es eso, Amadeo. Tu gran problema es:

«yo quiero ser pintor en vez de ser un rico empresario.» Dale gracias a Dios que tu abuelo tiene dinero. ¿Qué hubiera pasado si hubieras nacido pobre y te hubieran mandado al orfanato? Piensa un

poco. Ahora te preocupas por las chicas que no conoces. Cuando termines tu profesión y seas el dueño de todo, las chicas te rodearán como moscas en la basura.

–¿Cuántos años tienes, Fabiola?

–Voy a cumplir cuarenta. Estoy en esta casa diecisiete años. Tu edad.

–¿Por qué no terminas el colegio?

–Lo terminé. Hice la nocturna. Tu abuela, que en paz descanse, me ayudó. Terminé en el primer lugar con muy buenas notas.

–¿Por qué no postulas a la universidad y sigues tu sueño de ser profesora?

–Porque la universidad cuesta. Yo tengo una hija que mantener y no tendría tiempo de trabajar si tengo que ir a la universidad y estudiar.

–Yo podría hablar con mi abuelo para que te facilite las cosas.

–No, Amadeo. Ya se me pasaron las ganas. Me jubilaré acá si Dios quiere.

–¿Cuántos años tiene tu hija?

–Tiene tu edad y también acaba de terminar el colegio. Quiere ser enfermera. Tu abuelo me ha dicho que le pagará los estudios…

El timbre sonó. Fabiola fue a abrir. Apretó el botón del intercomunicador y en la pantalla vio que era su hija la que tocaba.

–¡Ángela!

–Mamá, abre.

Fabiola abrió la reja. El taxi recorrió cien metros de camino de piedra molida entre los muros de cipreses y se detuvo en la puerta principal.

–Ángela… entra, entra ¿Qué te pasó, hija?

–Me robaron en el centro. Tienes que pagar el taxi.

Fabiola se apresuró a pagar al taxista que esperaba en la puerta y luego abrió la reja para que pudiera salir.

–¿No te han hecho daño?

–No.

–¿Te robaron el celular?

–Sí. Me arrancharon el bolso con todo adentro. Dame para mi pasaje y me voy enseguida.

Fabiola le dio un billete de diez. Ángela le agradeció y le dio un beso.

–Fabiola ¿no me presentas a tu hija?

Fabiola se había olvidado que Amadeo estaba ahí. Lo quedó

mirando seria.

–Hola, me llamo Ángela.

–Amadeo, mucho gusto –le estrechó la mano–. Fabiola, no me habías dicho que tenías una hija tan guapa.

Fabiola levantó la vista extendiendo los brazos al cielo.

–Ya, márchate, Ángela. ¿Sabes dónde tomar el autobús?

–En la avenida.

Fabiola, le dio un beso y prácticamente la empujó para que se vaya.

–Chao, Amadeo.

–Espérate, Ángela –dijo Amadeo–. Yo tengo varios móviles nuevos que no uso. Te regalo uno. Ven, sube para que escojas.

Subieron juntos las escaleras. Ángela, desde las gradas, se volvió a su mamá con una sonrisa. Fabiola movió la cabeza desaprobando su actitud y se fue preocupada a la cocina para apurar sus tareas. Se había atrasado con la conversación.

–Wooow. Estoy en el dormitorio de un príncipe.

Ángela se paseó por la habitación que era más grande que su casa y se quedó mirando por la ventana la gigantesca fuente de agua rodeada de rosales y buganvilias.

–Hermosa vista.

Amadeo abrió el armario y sacó una caja.

–Escoge.

Se sentaron frente a frente con una rodilla sobre la cama y con la caja en medio de los dos.

–Todos son *iPhone* –susurró Ángela, abriendo los ojos más de la cuenta.

Amadeo saco uno.

–Este es el último modelo ¿Te gusta?... Está nuevo.

Ángela lo cogió.

–Sí, me encanta.

–Te lo regalo.

–¿De verdad? ¿No se enojará tu abuelo?

–Son míos… Además, a él se los regalan.

–¿Por qué se los regalan? –Ángela arrugó la frente pensando en que no tenía ningún sentido regalar algo a los millonarios.

–Él compra cientos de móviles para sus empleados. La compañía le manda los últimos modelos no bien salen al mercado.

–Está lindo –dijo Ángela, acomodando su pelo detrás de la oreja.

–Es tuyo. Ya tiene tarjeta.

Ángela le dio un beso en la mejilla.

–Gracias, príncipe.

Se quedaron mirando por unos instantes. La distancia que los separaba se fue estrechando por la influencia de sus labios, y sin darse cuenta se encontraron en un beso que duró hasta que sintieron la voz de Fabiola.

–Mi mamá –murmuró Ángela y salió disparada.

–Te llamo para salir –dijo Amadeo.

Ángela dijo sí con la cabeza y bajó corriendo.

–Me ha regalado un *iPhone*, mamá. Mira.

–Muy bien, señorita –Fabiola le puso una mano en la espalda y la encaminó a la salida–. Ahora de vuelta al colegio.

–Mamá, el colegio se acabó. ¡No me empujes! –reclamó Ángela mientras caminaba.

–Chao, Ángela –dijo Fabiola.

–Chao, mamá… Chao, príncipe. Gracias –dijo Ángela agitando la mano.

Amadeo le respondió el saludo desde la escalera.

Fabiola cerró la puerta y se fue caminando hacia la cocina. De reojo pudo ver a Amadeo con una sospechosa sonrisa nunca antes vista.

–Fabiola, espera.

Fabiola se detuvo y se cruzó de brazos.

–Ni lo sueñes, Amadeo.

Amadeo se carcajeó.

–Eres celosa.

–Será mejor que la borres de tu mente en este instante.

–Tienes una hija guapísima, Fabiola. ¿Por qué no me lo habías dicho?

–Mira, Amadeo, Honorato me está esperando en la cocina para que le haga la lista de las compras. No puedo perder más tiempo.

Fabiola apurada siguió su camino, pero Amadeo se le adelantó y le cortó el paso.

–Hey, deténgase, señora.

Fabiola se cruzó de brazos nuevamente, mirando a la pared con el ceño fruncido.

–Acaso me considera indigno de pretender la mano de vuestra encantadora hija.

–Amadeo, no estoy bromeando.

–Ni yo. Quisiera invitarla a salir. Te prometo que me comportaré como todo un caballero.

–Mira, Amadeo, para empezar, a ti no te dejan salir ni a la esquina. En segundo lugar, si tu abuelo se entera de tus intenciones, me pone de patitas en la calle y a ti te encierra en algún monasterio. Y, en tercer lugar, cuando heredes el dinero de tu abuelo tendrás

tantas mujeres que te corretearán, que –Fabiola dio un profundo respiro–, yo no quiero que mi hija sufra.

Amadeo se quedó sin habla. Fabiola lo hizo a un lado y siguió su camino.

–Alístate que está por llegar el profesor de informática –dijo sin volverse.

En la tarde, Amadeo y su abuelo se reunieron en el estudio.

Roberto Rossi ocupó su escritorio italiano en palo de rosa, firmado *Vittorio Ducrot*, delante de un enorme cuadro en blanco y negro donde estaba él con su padre, su fallecido hermano y un grupo de mineros. En el marco de la ventana, Bondo, su gato siamés, se saboreaba contemplando los gorriones que bajaban a beber el agua de la fuente.

–Muy bien, Amadeo. Si has decidido emanciparte, mañana mismo lo podrás hacer. Ya he hablado con mi abogado. La escritura pública está lista. Sólo tienes que firmar delante del notario. Mi abogado firmará por mí.

–Así de simple –murmuró Amadeo.

–Si los dos estamos de acuerdo no habrán problemas.

–Abuelo, yo…

–Espérate, déjame terminar. Desde el momento que firmes quedarás fuera de mi testamento y tendrás que irte de la casa. Con lo que has aprendido no tendrás problemas en encontrar un buen trabajo. Estoy tranquilo en ese sentido. Además, te dejaré pagado tres meses de alquiler de un apartamento amoblado, para darte tiempo a que encuentres trabajo. Y te daré mil dólares para que puedas afrontar tus primeros gastos.

–No quiero llegar a esos extremos, abuelo.

–Tú tienes la palabra entonces. Si tu decisión es quedarte, tendrás que aceptar mis reglas al pie de la letra sin variar una coma… Lo hago por tu bien, Amadeo. Mi único objetivo es que no termines siendo una víctima más del alcohol y de los placeres de la vida como lo hicieron mi hermano y tu padre. Quiero que seas una persona de bien, un profesional responsable que pueda continuar manejando nuestras empresas. Y nadie te prohíbe que pintes, puedes hacerlo como un hobby.

–Abuelo me gusta pintar, pero ahora no estoy seguro de querer ser un pintor.

El abuelo festejó interiormente sus palabras.

–Tu bisabuelo llegó de Italia sin nada. Poco a poco, con mucho trabajo y gracias a su gran habilidad pudo construir este imperio que yo he sabido seguir administrando sin apartarme de su línea. Después, gracias a que pude estudiar, he podido ampliarlo hasta

convertirlo en el número uno del país y uno de los más importantes en el mundo. Tú podrías continuar perfectamente nuestra obra. Estás muy bien preparado y eres un muchacho inteligente.

–Abuelo, quizás lo haga, pero no puedes controlar mi vida de esa manera. Tienes que confiar en mí. Te prometo que no me voy a volver a emborrachar de esa manera.

–Me desobedeciste, Amadeo. La primera vez que deposité mi confianza en ti, me fallaste. Ahora te quedan solamente dos opciones, te vas o te quedas cumpliendo al pie de la letra mis órdenes.

–Te podría ofrecer hasta no tomar nada a cambio de mi libertad. Poder salir con mis amigos, invitar a salir a alguna chica. No me puedes tratar como a un niño inválido.

Hubo un momento de silencio.

–Tú no sabes cuántas veces me juraron tu padre y mi hermano que no volverían a tomar. Que era la última vez. Que los disculpara. ¡Cuántos accidentes! ¡Cuántas veces tuve que ir a sacarlos de la comisaría en un estado deplorable! No tienes una idea, Amadeo. Las tentaciones de la vida fácil cuando uno posee tanto dinero son infinitas. Si te quedas, no te doy ninguna concesión, ¡ninguna!

Amadeo emitió un suspiro, apretó las mandíbulas y agarró con fuerza los brazos del sillón.

–Entonces me voy, abuelo. Y te demostraré que estás equivocado conmigo. Yo no terminaré como ellos.

Roberto Rossi bajó la mirada, asintiendo repetidamente con la cabeza. Hubiera querido concederle lo que le pedía, pero su obsesión enfermiza le decía que sería el inicio de una vida libertina. Estaba convencido que poco a poco caería atrapado en las garras del alcohol y las drogas y sin darse cuenta se convertiría en su esclavo. Tenía que comportarse con firmeza. Era un momento crucial en la vida de su nieto.

–Muy bien. Entonces… anda buscando un apartamento. Mañana lunes, pasa a recoger tus documentos y tus mil dólares al estudio de mi abogado.

–¿Te podré visitar?

–Sí, cuando gustes.

Amadeo se puso de pie, salió de la habitación y se dirigió a la cocina.

–Pero qué has hecho, muchacho. ¡Eres un inconsciente!

–No tenía alternativa, Fabiola. De haber aceptado sus condiciones, hubiera tenido que seguir preso por otros cinco años que dura la carrera, y por otros tres si es que después se le ocurre que tengo que seguir algún máster. Tú misma me dijiste que siguiera la voz de mi corazón.

–Amadeo –Fabiola lo agarró de los hombros–, has cometido una locura. Pero todavía estás a tiempo. Anda y rectifícate. Lo vas a perder todo.

–Está decidido, Fabiola. Me voy. Yo le había ofrecido no tomar, incluso olvidarme de la pintura para trabajar con él, pero en esas condiciones, no.

–Tu abuelo está por morirse. No le queda mucho tiempo de vida. Por qué no…

–Si aceptara sus condiciones esperando que se que muera, sería algo indigno. Está bien lo que he hecho. Ahora soy libre. Me toca demostrarle que su dinero no me interesa. Trabajaré de lo que sea y saldré adelante. Mi abuelo me pagará tres meses de alquiler y me dará mil dólares. Es más que suficiente, creo. Conseguiré un apartamento que no cueste mucho –Amadeo hizo una pausa–. Es un reto, Fabiola. Mi abuelo me ha retado… no puedo dar un paso atrás.

–Amadeo –Fabiola acarició su cara con los ojos húmedos–. Te he visto nacer, crecer y ahora te veré partir. Partir sin nada.

–Sin nada, no.

–Eres un gran chico. Dios te tiene que ayudar –lo abrazó.

–Ahora me darás permiso para invitar a tu hija. Ya no hay nadie que me lo impida y ya no voy a tener un ejército de mujeres que me persiguen por mi dinero.

Fabiola lo miró a los ojos.

–Puedes invitarla, pero si tu abuelo se entera…

–Me tiene sin cuidado. Ahora soy libre de hacer lo que quiera.

–Amadeo, si tu abuelo se entera, tratará de impedirlo, y seguramente me echará del trabajo. ¿Entiendes? Yo todavía soy el sustento de mi hija. No puedo darme el lujo de estar desocupada. Sus estudios son muy caros. No podría pagárselos ni consiguiendo otro trabajo.

–No te preocupes, Fabiola. No haré nada que pueda perjudicarte.

–Amanda, llama a Andrés Mujica. Dile que quiero verlo, urgente.

–Sí, señor Rossi.

A la media hora se apareció el abogado Mujica.

–¿Qué sucede Roberto?

–Amadeo eligió la primera opción.

–Te lo dije. Has sido demasiado severo con él. Has exagerado de una manera absurda. Yo esperaba que se hubiera ido mucho antes. Es un buen muchacho. No se parece ni a tu hermano ni a tu yerno y, además, es un chico muy inteligente. Tu nieto es una verdadera joya, y ahora por tus extremismos lo hemos perdido para siempre.

–¿Quieres un café?

–Sí, gracias.

Roberto Rossi ordenó un café y un vaso de agua por el intercomunicador.

Amanda se encargó de traérselos. El abogado no le quitó los ojos ni un instante.

–Todas tus empleadas parecen reinas de belleza. Esta Amanda es guapísima, Lidia, ni qué se diga... y Fabiola…

–Fabiola es la mejor. Todavía no hay quien la supere –Roberto Rossi carraspeó orgulloso sacando pecho–. Me gusta estar rodeado de hermosas mujeres… Bueno, como te seguía diciendo, para siempre, no. Un rotundo no. Lo recuperaremos. Ese es el motivo por el que estás aquí. Quiero que lo sigas, que intervengas su teléfono y su portátil. Quiero tenerlo bajo el satélite las veinticuatro horas.

–Te repito que es un chico inteligente. Si nos descubre será el fin de tus pretensiones. ¿Por qué mejor no hablas con él y le das otra oportunidad? Le das ciertas libertades que realmente se las merece. Déjalo al menos que pueda salir solo, carajo.

–El alcohol mató a mi hija. El error fue darle a Claudia la libertad que tú me pides. El dinero corrompe por más buena voluntad que tengas. Los amigos aprovechados, los vividores, los viciosos, los vendedores de drogas, las mujeres. Es imposible sobrevivir en ese mundo. A una sola reunión fue y mira cómo regresó, en brazos, vomitando y hablando barbaridades. Los muchachos se reúnen sólo para eso, para divertirse, y con el dinero que tiene cada uno, las diversiones que se pueden comprar son muy peligrosas y adictivas.

–Bueno, pero que pretendes espiándolo. ¿Qué ventaja sacarás de todo esto? ¿Cómo harás para que regrese? Una vez que se habrá ido, no volverá jamás a ser el de antes.

–Quiero que no consiga empleo en ningún lado. Proporciona malos informes de él, ofrece dinero a cambio de que no lo acepten en ninguna parte. Haz lo que sea para que nadie lo contrate. Quiero que se gaste todo el dinero que tiene, que lo echen del apartamento. Quiero que regrese por su propia voluntad a pedirme que le dé trabajo.

–Mejor, por qué no se lo pides directamente a la luz del sol sin complicarme la vida.

–No, es demasiado tarde. Si flaqueo se dará cuenta de que tiene la sartén por el mango y terminará haciendo lo que le da la gana como su padre y mi hermano. Disciplina, eso es lo que me faltó con ellos. No cometeré el mismo error con Amadeo.

–Una cosa es disciplina, pero tú has exagerado tanto las cosas con él que lo estás conduciendo por otro camino al mismo fin que ellos. Ningún extremo es positivo.

–Yo sé lo que hago. Te aumentaré el sueldo si logras hacer lo que te he pedido. Quiero que regrese y me pida por favor que le dé trabajo.

–Roberto, no necesito que me aumentes nada. Lo haré porque pienso que ese muchacho tiene la potencialidad para administrar esta empresa mejor que nadie. Te lo digo sinceramente.

–Consíguete los mejores hombres. Quiero un trabajo impecable.

–Está bien, Roberto. Ojalá no me arrepienta de lo que voy a hacer.

–No te arrepentirás de nada.

Mujica dio un profundo respiro.

–Esta noche intervendremos su portátil e instalaremos un micrófono espía en su teléfono celular.

–¿Un micrófono espía?

–En realidad es el mismo micrófono de su celular que lo activaremos para que podamos escuchar todo lo que dice. Bastará con eso. Vendrá un especialista a tu casa.

–Te lo agradezco, André.

Roberto Rossi se puso de pie y lo despidió con una palmada en la espalda.

3

Amadeo no veía las horas de gozar de su libertad. De improviso se habían abierto las puertas de la prisión y los grilletes de las cadenas que lo tenían inmovilizado. Tenía que escaparse antes de que los traumas de su abuelo pudieran recuperar fuerzas, reorganizarse y volver al ataque.

Esa misma tarde, en su portátil, se puso a buscar apartamento. Encontró uno en el centro. Sin perder tiempo concertó una cita y se fue a verlo. Era la primera vez que salía a la calle sin Manuel.

El encargado de mostrárselo no tuvo que hacer ningún esfuerzo para convencerlo. A Amadeo le bastó un recorrido de tres minutos y cerciorarse de que todo funcionaba bien para alquilarlo enseguida.

El propietario de la agencia inmobiliaria cuando se enteró de que era el nieto de Roberto Rossi, y que sería él el que pagaría los tres primeros meses, le entregó las llaves de inmediato.

Era un mini apartamento en el cuarto y último piso de un antiguo edificio. Estaba bien ubicado y el alquiler era bajo debido principalmente a que no tenía ascensor. Tenía un dormitorio, un baño y una habitación grande donde estaban el comedor, la sala, la cocina y

un diminuto cuarto con repisas, que servía como despensa. Los muebles estaban en perfecto estado.

Se hubiera mudado esa misma noche –tenía las maletas listas– pero no lo hizo porque su abuelo le pidió que lo hiciera al día siguiente. Quería que estuviera presente durante la cena con Joaquín Quini. Le dijo a Amadeo que era el administrador de sus minas en el África, que acababa de venir con muchas novedades consigo.

Amadeo no quiso contradecirlo y aceptó pensando que era un último tentativo de su abuelo por convencerlo a quedarse. Quizás le propondría trabajar en el África.

Mientras se deleitaban con el *coniglio al forno ai funghi porcini,* preparado magistralmente por el chef Vittorio para la ocasión, Joaquín los sorprendió sacando de su bolsillo un gigantesco diamante.

–Es una pieza rara de colección, Roberto. Lo encontraron en la mina grande.

El abuelo lo examinó atentamente y se lo pasó a Amadeo que se quedó boquiabierto cuando lo tuvo entre sus manos.

–Es mejor si lo guardas en un lugar seguro –dijo Quini.

–Irá al banco mañana mismo –repuso el abuelo sonriente por la impresión que había provocado en su nieto–. Amadeo podrías hacerme el favor de guardarlo en la caja fuerte.

–Sí, abuelo… enseguida.

Amadeo se levantó de la mesa y se dirigió al estudio mientras Joaquín vertía en su copa unos polvos para dormirlo.

Como era previsto, al poco rato de haber terminado el *tiramisú all'arancia e grand marnier*, y empezada la sobremesa, Amadeo comenzó a bostezar y a no poder seguir la conversación porque los ojos se le cerraban.

–Amadeo si quieres anda a acostarte… Se te ve rendido.

–Sí, abuelo –Amadeo se levantó de la mesa–. Disculpas, Joaquín.

–No te preocupes, Amadeo. Te comprendo. Me sucede a menudo después de un duro día de trabajo.

–Gracias por acompañarnos, hijo.

Amadeo estrechó la mano del invitado y se fue a dormir. Pensó que su cansancio se debía a la tensión del último día en esa casa. No había sido fácil tomar la decisión de marcharse ni sostenerla con firmeza delante de su abuelo. Era el inicio de su libertad que había coincidido por esas cosas raras de la vida, con la aparición de Ángela... la encantadora Ángela. Fue el último pensamiento que tuvo antes de quedarse profundamente dormido.

–Pensaba que para interceptar un móvil se podía hacer a través de Internet.

–Se puede, se puede, pero es un poco más complicado. La forma más simple y más segura de captar todo lo que habla sin que se dé cuenta es teniéndolo en mis manos.

El abuelo entró a su dormitorio cogió su celular y se lo entregó a Joaquín, que en realidad era el encargado de activar el micrófono espía en su teléfono. El diamante era falso.

Encerrados en el estudio, el especialista terminó su trabajo en menos de media hora y se marchó. El abuelo dejó el móvil en su lugar sin levantar ninguna sospecha.

Al día siguiente muy temprano, Amadeo cogió sus maletas, abrazó a su abuelo, llamó un taxi y se marchó. Esta vez no aceptó sus sugerencias para que Manuel lo llevara.

Una vez instalado se dirigió a la oficina del abogado Mujica, recogió el dinero y fueron juntos a la notaría Mendoza donde firmaron la escritura. Desde ese momento Amadeo se liberó oficialmente de la tutoría de su abuelo y quedó fuera de su testamento.

Antes de regresar al apartamento fue al mercado y se aprovisionó de utensilios y víveres. Una parte fue a parar a la despensa y otra a la nevera. Una vez que puso en orden la cocina, dejó la carne asándose a fuego lento con el ragú que había preparado previamente con la receta de Vittorio. Pensaba invitar a almorzar a Ángela. Si no aceptaba congelaría la salsa para el día siguiente.

Encima de una pequeña mesa colocada al lado de la puerta del baño, frente a su cama, puso su portátil y comenzó a revisar los anuncios de empleo. A pesar de que no tenía ninguna experiencia laboral, confiaba en que todos los conocimientos que poseía podrían abrirle las puertas de un buen trabajo.

Después de mandar su currículum a todas las compañías relacionadas con la informática, a dos bancos, a las dos más grandes empresas exportadoras de litio, a una petrolera, y a media docena de academias de artes marciales, pensó que había llegado el momento de llamar a Ángela.

Ángela vio el nombre de Amadeo en la pantalla de su celular. Antes de responderle se encerró en el baño para que no oyera Fabiola.

–Príncipe, qué honor.

–Hola, Ángela. ¿Te gustaría conocer mi apartamento?

–¿Tu apartamento? ¿Tienes un apartamento?

–Sí.

–¿Ahora? ¿En este momento? –Ángela guardó silencio–. Son las diez de la mañana.

–Si no puedes no importa. Te llamo más tarde. ¿En la tarde puedes?

–En la tarde sí… Es que estoy en pijama.

–¿Cuánto te demoras en alistarte?

–Eh… una hora.

–Perfecto. Te espero, entonces. Te invito a almorzar.

–Mi mamá está acá. No ha ido a trabajar. No se sentía bien.

–Qué tiene.

–Gripe. Está un poco afiebrada.

–Pásamela. Yo hablo con ella.

–No, no pienso decírselo. Se ve que no la conoces.

–Me dijo que podíamos vernos.

–Eso te lo habrá dicho a ti, pero a mí me dirá que no.

–No vienes, entonces.

–Sí, pero le diré que voy a la casa de una amiga.

–Toma un taxi. Yo te lo pago acá. Me llamas cuando llegues.

Amadeo le dio la dirección.

–Estaré ahí a medio día más o menos ¿El departamento es tuyo?

–No, lo acabo de alquilar.

–¿Ya no vives en tu casa?

–Mi abuelo me echó.

Ángela rio.

–No es broma.

–Qué cosa habrás hecho. Mi mamá me ha dicho que es una buena persona.

–Sí, es una excelente persona.

–Entonces...

–Es una larga historia, Ángela. Después te la cuento. Voy a preparar tallarines al ragú, asado con papas al horno y de postre, profiteroles.

–Mmm. Qué rico. Sabes cocinar.

–Sí.

–Mi mamá me está llamando, príncipe. Te llamo. Chao. Un besito.

–Es chico, pero bonito –dijo Ángela recostada en el marco de la ventana–. Tiene vista a un lindo parque. No será igual a la que tenías en tu cuarto, pero el sitio parece tranquilo. Mmmm –Ángela se volvió hacia la cocina donde Amadeo estaba con un mandil azul revolviendo la salsa–. Pero qué rico huele.

Ángela se le acercó. La salsa de tomate hervía en una olla a fuego lento y producía burbujas humeantes alrededor del asado.

–Se ve delicioso, Amadeo.

Amadeo metió una cuchara de palo y la sacó con un poco de salsa. La sopló y se la llevó a la boca. Hizo un gesto de asentimiento

con la cabeza.

–¿Puedo probarla?

Amadeo la acercó lentamente a los labios de Ángela con una mano debajo para que no chorree.

–Sopla.

Ángela sopló, y tomó un sorbito. Después que comprobó que no estaba tan caliente acabó todo el contenido.

–Mmm… Exquisita, señor chef –dijo moviendo la lengua de un extremo a otro de sus labios.

–Tiene ya dos horas y media cocinándose. Todavía hay que esperar media hora más.

–¿Quién te enseño a cocinar?

–Un chef italiano.

–¿Un chef italiano? –Ángela sonrió, no porque no le creyera, sino porque la vida de Amadeo le parecía una caricatura. Una cómica exageración de todo lo que ella consideraba normal.

–Trabaja en mi casa. Se llama Vittorio, Vittorio Donadoni. Vino de Calabria hace años. Me daba clases de cocina una vez a la semana. ¿Quieres un jugo?

–¿Jugo de qué?

–De piña, kiwi y miel, también lleva unas gotas de limón.

–Sí, gracias… wow.

Ángela se sentó en el sofá, el único mueble que había para sentarse.

Amadeo puso en la mesita lateral una bandeja con dos vasos de jugo, bocadillos salados que había preparado previamente en el horno y se sentó a su lado.

Ángela cogió su vaso y Amadeo el suyo.

–Por nosotros –dijo Amadeo proponiendo un brindis.

–Por nosotros –Ángela levantó su vaso. Tomó un sorbo y dijo entrecerrando los ojos:

–Riquísimo.

Amadeo le limpió con la servilleta la espuma de la piña que se había quedado alrededor de los labios. Ángela se acomodó con las rodillas encima del sofá y sin mayor preámbulo se besaron por un buen rato.

–Me decías que tu abuelo te echó de la casa. Qué habrás hecho –dijo Ángela con un bocadillo en la mano.

Amadeo le habló de su vida y de su decisión de no seguir obedeciendo sus estrictas reglas que, además de haberlo casi asfixiado, hubieran impedido que se vieran.

–Wow. ¡El príncipe renunció a su corona por mí! –bromeó Ángela, rodeándolo con sus brazos.

–Bueno, han sido muchos los factores, pero el principal es que, me gustas mucho…

Ángela lo llenó de besos sin dejarlo continuar.

–Nunca has ido a una fiesta.

Amadeo negó con la cabeza.

–Yo soy tu primera enamorada.

–Sí.

–O sea, nunca has hecho el amor.

–No, ¿tú?

–Tampoco, tampoco.

Continuaron besándose y Amadeo le bajó uno de los tirantes de la camiseta.

–No tenemos por qué apresurarnos, príncipe.

Amadeo se lo volvió a subir.

–Discúlpame.

–No te preocupes… está bien. Ya debe estar el asado.

Amadeo se levantó y Ángela lo siguió acomodándose el pantalón. Amadeo destapó la olla y revolvió la salsa por última vez.

–Está lista. Ahora esperemos que hierva el agua para echar la pasta.

Ángela abrió los cajones del repostero y sacó cubiertos, platos, vasos y servilletas de papel.

–¿Estás enamorado de mí? –preguntó mientras ponía la mesa.

–Desde el primer momento que te vi –respondió Amadeo sin dejar de mirarla. Luego sacó la carne de la olla, la puso sobre la tabla de picar y comenzó a cortarla con un afiladísimo cuchillo en sutiles rodajas.

–¿Y tú? ¿Estás enamorada de mí?

Ángela se encogió de hombros.

–Creo que sí. Ya acabé con la mesa ¿Quieres que te dé una mano?

–No, gracias –dijo Amadeo, levantando la mirada–. Siéntate ya voy a servir. No estás segura.

–Segura, no. Pero… vine apenas me llamaste. Tenía ganas de verte de nuevo –dijo Ángela arqueando las cejas.

Amadeo sirvió los platos y se sentó.

Ángela bendijo los alimentos como acostumbraba a hacerlo en su casa con Fabiola. Amadeo se persignó al terminar la oración pese a que nunca lo había hecho. Estuvo a punto de decir una tontería, pero se contuvo a tiempo.

–Deliciosos, Amadeo –comentó Ángela después de pasar el primer bocado–. Son los tallarines más ricos que he comido en toda mi

vida. Y el asado está exquisito y suave como la mantequilla. Me tiene que enseñar su receta, chef.

Conversaron de todo un poco, bromearon y hablaron hasta de la posibilidad de vivir juntos. Después de almuerzo Amadeo lavó los platos, Ángela los secó y los guardó en el repostero. Luego salieron a caminar por el parque. Ángela quería cortar algunas flores silvestres que había visto desde la ventana. Al regresar las puso en el florero de la sala.

–El lunes me inscribo a la universidad –dijo Ángela, sentaba en el sofá al lado de Amadeo.

–Postulas a enfermería.

–Sí. ¿Cómo lo sabes?

–Por Fabiola. ¿Por qué no medicina?

–Porque enfermería dura tres años y medicina siete, y yo necesito trabajar.

–Pero ¿te gustaría estudiar medicina?

–Me encantaría, pero no puedo. Los libros son muy caros y en medicina es difícil estudiar y trabajar. Los cursos son muy pesados. Hay un millón de nombres raros que hay que memorizar.

–¿Cuándo son los exámenes de admisión?

–Dentro de dos meses. ¿Tú vas a postular?

–No lo sé todavía. Primero pienso encontrar trabajo. Según el horario que tenga, decidiré.

–¿Qué te gustaría seguir?

–Tampoco lo sé. Al principio quería ser pintor, pero ya no.

–¿Por qué ya no?

–Quisiera seguir alguna profesión en la que pueda ayudar a mucha gente. Medicina no sería una mala idea. Podríamos seguir medicina los dos.

–Le recuerdo que renunció a su corona, príncipe Amadeo –Ángela le dio un beso en la mejilla–. Ahora es un desocupado más, con un apartamento que mantener.

–Encontraré un buen trabajo y nos compraremos todos los libros que queramos.

–Yo también trabajaré. Quizá con un trabajo a medio tiempo sea suficiente. Así tendríamos más tiempo para estudiar. Nos amaneceríamos si fuera necesario. Ningún relajo, príncipe.

–Al principio nos chocará, pero después nos acostumbraremos a dormir cuatro o cinco horas.

Ángela se levantó para arreglar el florero. Cortó las hojas secas, los gladiolos los intercaló con las margaritas sacando y metiendo tallos.

–Princesa Ángela, los momentos que he pasado a su lado son

los mejores que he tenido –dijo Amadeo mientras la contemplaba.

Ángela, cortó el tallo a un gladiolo que sobresalía entre todos los demás y lo colocó entre dos margaritas. Miró su arreglo desde todos los ángulos, movió un par de ramas más y sonrió conforme.

–Seremos médicos de la Cruz Roja Internacional. Estaremos siempre de viaje de un extremo a otro del mundo –Ángela se sentó en las piernas de Amadeo y le rodeó el cuello con sus brazos–. En medio de guerras, al lado de la gente que no tiene nada, llevando medicinas, construyendo hospitales de campaña en el África, en Sudamérica. Salvaremos muchas vidas y la gente nos pagará con gallinas o con platos típicos hechos con sus manos y nos harán padrinos de sus hijos.

–Me encanta la idea, princesa.

–Pero no todo será color de rosa. Sufriremos todas las noches pensando en que hubiéramos podido hacer algo más si hubiéramos tenido ese antibiótico que nos faltaba y que no llegó a tiempo.

Amadeo la atrajo hacía sí y la besó. Instantes después se separaron para poder respirar y vieron delante de ellos la cama que asomaba por la puerta abierta de la alcoba.

Intercambiaron una sonrisa de complicidad y terminaron bajo las sábanas compartiendo el calor de sus cuerpos recién estrenados.

Minutos después, Ángela se sentó.

–Tengo que irme, Amadeo. A las cinco va un niño a mi casa para que lo ayude con las tareas.

Amadeo vio su reloj.

–Son las tres y media.

–Sí, pero me voy en autobús. Se demora casi una hora. No quiero hacerlo esperar. Me doy un duchazo.

Ángela se puso de pie, le dio un beso y se metió al baño sin cerrar la puerta.

–Te acompaño. Vamos en taxi –Amadeo aumentó el tono de voz para hacerse oír.

–Si quieres acompañarme vamos en bus –dijo Ángela desde la ducha.

–¿En autobús?

–Así el príncipe podrá conocer cómo vive el pueblo. Además, tenemos que ahorrar ¿no? ¡Vamos, flojo! ¡Vístete!

Veinte minutos después salían abrazados dirigiéndose a la parada del autobús.

–Ese que viene es el nuestro –dijo Ángela agitando el brazo.

Subieron y se sentaron al lado de la puerta posterior por

donde bajan los pasajeros. Ángela sabía que durante el trayecto a su casa el bus se repletaba y después era muy difícil llegar a ella.

–Amadeo, me da pena decírtelo, pero tengo que hacerlo por tu seguridad. Ante todo, quiero ser sincera contigo. De igual manera, quiero que tú también me digas siempre la verdad.

–Te escucho.

–Mi barrio es pobre y muy, pero muy peligroso. Por ahí atracan a las personas que no conocen –dijo Ángela aferrada de su brazo mientras el bus se alejaba de los edificios y negocios del centro y se introducía en los barrios de la periferia.

–Se defenderme. No te preocupes.

–Si te asaltan es mejor que no opongas resistencia. No sé si me has entendido.

–Ángela, soy experto en artes marciales combinadas.

–Ah, bueno, entonces que se cuiden los ladrones de Súper Amadeo.

Amadeo asintió satisfecho.

–Déjate de bromas, Amadeo. No quiero que te maten. Quieres venir a verme ¿verdad?

–Todos los días… Pero… ¿no es que íbamos a vivir juntos?

–Sí, voy a llegar a mi casa y le voy a decir a mi mamá que me mudo a tu departamento. Hablando en serio, Amadeo. Cuando vengas a verme, ven sin dinero y sin objetos valiosos. Para empezar, sácate el *Rolex* antes de que te lo vean.

Amadeo se lo sacó y se lo dio a Ángela quien lo guardó enseguida en su cartera.

–Dios santo, Amadeo. Felizmente que todavía el bus está vacío. Nadie nos ha visto –dijo Ángela asustadísima–. ¿Cuánto cuesta tu reloj?

–No tengo idea, era de mi padre.

Ángela se acomodó el pelo detrás de la oreja y lo besó.

–Amadeo, vamos a llegar juntos a mi casa. Yo le había dicho a mi mamá que me iba a la casa de una amiga. Cuando me vea llegar contigo…

–Le decimos la verdad.

Ángela le soltó el brazo y lo quedó mirando.

–¿Qué verdad?

–Que somos enamorados.

–Ah –Ángela le dio un manazo en el brazo–. No me asustes. Sí, creo que será lo mejor. Le decimos que somos enamorados. Y me disculparé por haberle mentido.

Amadeo tomó su mano, se besaron, Ángela recostó la cabeza en su hombro y continuaron el viaje en silencio hasta que fueron

apareciendo las casas descoloridas, los perros vagabundos y la gente humilde vendiendo todo tipo de productos a los autos y camiones que circulaban entre los baches y restos de asfalto que algún histórico alcalde responsable había colocado alguna vez en sus calles.

–Bajamos en la próxima –dijo Ángela poniéndose de pie.

Amadeo bajó primero y le extendió la mano. Ángela sonrió halagada. Se imaginó que era la princesa del cuento y Amadeo el príncipe que la ayudaba a bajar de la calesa tirada por cuatro caballos blancos.

La casa de Ángela quedaba a tres cuadras. Emprendieron la caminata agarrados de las manos entre besos, bromas y abrazos, ignorando las veredas carcomidas, las paredes decoradas con grafitis, dibujos obscenos, propaganda electoral raída y amarillenta, y la bulla de los muchachos que jugaban fútbol en medio de la calle, cuando de improviso aparecieron de la nada siete hombres con aspecto de militares en misión especial que les cerraron el paso. El que parecía ser el jefe se dirigió a Amadeo en tono amenazador:

–Dame tu billetera y continúa tranquilo tu camino.

Ángela entrecerró los ojos dio un paso atrás y agarró su bolso con fuerza.

Amadeo instintivamente se cuadró en posición de combate.

–Amadeo, dales lo que te piden por favor. ¡Por favor! –suplicó Ángela con un nudo en la garganta.

–Hazle caso a tu amiga, será mejor. No queremos usar la violencia.

Los chicos que estaban jugando fútbol se percataron de lo que estaba pasando, pararon el juego y se fueron acercando para no perderse el espectáculo que estaba por empezar. Los que tenían teléfonos celulares los sacaron y se dispusieron a registrar las escenas.

Si Amadeo hubiera estado todavía bajo la protección de su abuelo, seguramente les hubiera entregado lo que le pedían, pero ahora tenía que defender los únicos recursos que tenía con su vida si fuera necesario.

El jefe hizo una señal con la cabeza y dos de sus secuaces se le fueron encima con intención de reducirlo a la fuerza, pero Amadeo retrocedió a tiempo con la velocidad de un relámpago, sorprendiendo a uno de los asaltantes con una patada en la cara que lo hizo caer de cerebro contra el piso.

Era la primera vez que se enfrentaba a alguien en una pelea de verdad.

Esquivó un golpe del segundo atacante con su antebrazo izquierdo y con su puño derecho impactó en su mandíbula, rematándolo con una patada en el mentón.

Los asaltantes habían programado desvalijarlo y escapar con el botín en un tiempo no mayor de diez segundos. Estaban convencidos de que Amadeo no iba a oponer ninguna resistencia. Pero cuando lo vieron aniquilar a sus colegas tan fácilmente, el capitán y jefe de la operación, no tuvo otro remedio que levantar el brazo con la palma de la mano abierta. Era la señal con la que ordenaba a sus hombres poner la máxima atención y utilizar los infalibles métodos aplicados durante años de actividad en el glorioso cuerpo de policía de Ravenia para reducir a un peligroso criminal.

De inmediato lo rodearon y trataron de atacarlo de diferentes maneras y por distintos ángulos. Pero a pesar del empeño que pusieron, no consiguieron golpearlo, agarrarlo ni siquiera tocarlo.

Amadeo, se movía con la rapidez de un felino para eludir sus golpes a diestra y siniestra. Simultáneamente colocaba sus puños en forma precisa y contundente en puntos claves de sus cuerpos mellando su resistencia, o se elevaba a la altura de sus cabezas lanzando demoledoras patadas que hacían siempre blanco en sus narices, haciéndolos rodar por el suelo.

Al cabo de dos minutos, tres de ellos yacían por tierra fuera de combate. Los cuatro restantes continuaban recibiendo su implacable castigo, sin haberle podido encajar un solo golpe.

Los chicos futbolistas celebraban cada patada voladora de Amadeo que se estrellaba en el rostro de sus oponentes. Ángela en cambio gritaba como loca en medio de una crisis de nervios.

Pepe, un vecino que estaba enamorado de ella desde chico, al oír sus gritos salió de su casa y sin pensarlo dos veces se metió en la pelea.

Amadeo demolió al cuarto policía con un ataque combinado de patadas y puñetes y, cuando se iba por el quinto, vio que Pepe había sido derribado de un puñete y su agresor le pegaba en el suelo. Amadeo fue enseguida en su ayuda. Mientras tanto, el capitán agarró a Ángela rodeando su cuello con el brazo y apuntándole con una pistola en la sien. Era su último recurso. No le hubiera disparado jamás, así Amadeo no se hubiera detenido.

Amadeo dejó de luchar, se metió la mano al bolsillo y le entregó la billetera a uno de los que todavía se encontraban en pie. El policía, no bien la recibió, le encajó un puñete en la cara que lo echó por tierra. Enseguida le metió una patada en el estómago. Amadeo la vio venir, apretó los dientes y contrajo los músculos, pero no hizo el menor intento por defenderse.

Los muchachos lo abuchearon como si estuvieran presenciando una pelea de wrestling.

Con Amadeo en el suelo inmovilizado boca abajo con una

rodilla en su espalda, el policía le revisó los bolsillos del pantalón y la camisa. Al no encontrar lo que estaba buscando le hizo a su jefe un gesto de negación con la cabeza.

El capitán que tenía agarrada a Ángela del pescuezo, le arranchó el bolso, lo abrió y sacó el *Rolex*. Acto seguido emprendieron la fuga en una camioneta *Nissan* de color negro sin placas, que los estaba esperando con el motor encendido.

Amadeo logró ponerse de pie con la ayuda de Pepe. Ángela se abrazó de él en un mar de lágrimas.

–Ya, cálmate, princesa. No pasó nada –dijo mientras le palmeaba la espalda.

–Se llevaron tu reloj, se llevaron todo –lloraba Ángela–. Y cómo te han dejado la cara.

–Tranquila, amor. Estamos bien, eso es lo más importante.

–No eran del barrio –dijo Pepe, sacudiéndose el pantalón.

Los chiquillos emocionados rodearon a Amadeo como si se tratara de *Spiderman* en persona. Le daban palmadas en la espalda, le tomaban fotos y cuando escucharon la afirmación de Pepe, la corroboraron en coro: “No son del barrio.”

–Jamás los hemos visto por acá –añadió Manolito otro vecino de Ángela que había llegado cuando el capitán la tenía amenazaba y no pudo intervenir en la pelea como hubiera querido.

–Al parecer te venían siguiendo –dijo Pepe.

El propietario de la bodega, que había presenciado la pelea, salió con un cigarrillo entre los labios y un vaso de agua en la mano para dárselo a Ángela.

–Gracias, Chino –dijo Ángela con respiros entrecortados–. Tomó la mitad del vaso y se lo devolvió. Estaba más calmada, pero se sentía pésimo. La nueva vida de Amadeo estaba arruinada por su culpa. Le habían robado todo lo que tenía incluido el reloj de su padre. Pensó que sería la última vez que lo vería.

–Estos no son de acá –añadió el Chino–. Te estaban esperando. Entraron a mi tienda a comprar cigarrillos antes de que tú llegaras. Hablaban de un tal Amadeo. ¿Cómo te llamas?

–Amadeo.

–Ya ves. Te estaban esperando. ¿Qué te robaron?

–La billetera y el reloj.

–Esos eran policías. Te lo puedo asegurar.

–¿Cómo lo sabes?

–Los conozco a kilómetros. Alguien los debe haber contratado –respondió el Chino–. Peleas bien. Nunca había visto nada igual. Y yo he visto peleas de todo tipo –asintió con la cabeza–. Te felicito de verdad.

–Te bajaste a cinco tú solo –dijo Manolito.

Las palmadas en la espalda le seguían llegando.

–Amadeo es experto en artes marciales –dijo Ángela, orgullosísima.

–¿Karate? ¿kun fu? –preguntó, Manolito.

–Sí, también muay thai, judo y taekwondo.

Los chicos emitieron una exclamación de admiración.

–Con razón –dijo Pepe–. ¿Enseñas en alguna academia?

–No.

–¿Nos podrías dar clases? –preguntó Manolito.

–Claro. Por qué no.

–¿Cuánto nos cobrarías?

–Para mis amigos, gratis.

Los muchachos comenzaron a vivar y a aplaudir.

–Tendrás que dar parte a la policía –dijo el Chino en tono de consejo–. Aunque no creo que te sirva de nada. De todas maneras, hazlo por tus documentos. Para el duplicado te piden la denuncia policial.

–Primero vamos a la casa, Amadeo –dijo Ángela con los ojos rojos e hinchados–. Gracias, Pepito, ¿estas bien? –le preguntó cariñosamente, tocándole el brazo.

–Sí, sí –respondió Pepe secándose el sudor de la frente.

–Gracias, Chino. Gracias Manolito. Gracias a todos. Los quiero mucho –dijo Ángela, lagrimeando. Hizo un ademán de abrazarlos tocándose los brazos.

Amadeo puso una mano en su hombro y se fueron caminando hasta la casa de Ángela con el rumor de los aplausos a sus espaldas.

El Chino regresó a su tienda junto con Pepe y Manolito. Les invitó un par de bebidas y se quedaron comentando la pelea, como seguirían haciéndolo a lo largo de los años hasta convertirse en una leyenda. Pepe se sentía muy orgulloso de haber podido participar.

Fabiola los recibió con la boca abierta. Se asombró de ver a Amadeo en el estado que venía y sobre todo de verlo llegar junto con Ángela.

–Amadeo ¿qué te pasó, hijo?

–Le robaron, mami.

–Amadeo, ¡muchacho! Dios mío. Siéntate acá. Voy a traer un poco de hielo –dijo Fabiola indicándole un sillón–. Acompáñame, Ángela.

–¿Dónde estabas, jovencita? Me dijiste que ibas a la casa de Chela.

–Estaba con Amadeo.

–¿Por qué no me dijiste que ibas a salir con él?

–Porque no me hubieras dejado. Estoy con él, mamá.

Fabiola cerró los ojos meneando lentamente la cabeza.

–Si su abuelo se entera, seguramente me despide –murmuró Fabiola con la bolsa de hielo en la mano–. Pero ya no importa. No quiero que te preocupes. A lo hecho, pecho.

–¿Y Pedrito? Tenía que darle clases a las cinco.

–Llamó su mamá para decir que no venía.

–Menos mal.

Regresaron a la sala. Amadeo estaba con la mirada en el vacío atando cabos sueltos.

–La mano la tienes ensangrentada, Amadeo –dijo Fabiola cogiéndosela con cuidado.

–No es mi sangre.

–Tienes el pómulo hinchado, ponte la bolsa. ¿Dónde te asaltaron?

Ángela se sentó a su lado y le sujetó la bolsa sobre el lado derecho de su cara.

–A cien metros de acá.

–Te robaron tu billetera con tus mil dólares.

–Había gastado un poco.

–¿Tú móvil?

–No, el móvil, no –Amadeo frunció el ceño–. Raro –dijo para sí.

–Se llevaron su *Rolex*, mamá.

–Ay, Dios mío. Ay, Dios mío –Fabiola se tocó la frente–. Pero Ángela, no le pudiste advertir que este barrio es muy peligroso. Cómo pudiste venir con ese reloj. Ay, Dios mío.

–Se lo dije cuando me di cuenta que lo llevaba puesto, mamá. Pero ya estábamos en el ómnibus –replicó Ángela.

–Los que me robaron no eran del barrio, Fabiola –intervino Amadeo–. El dueño de la tienda dijo que eran policías vestidos de paisanos. Cuando me revisaron los bolsillos, estoy seguro que estaban buscando el reloj. Uno de ellos dijo no con la cabeza, se refería al reloj. Entonces el jefe le quitó el bolso a Ángela, encontró el reloj y se fueron. Para mí que mi abuelo los contrató para dejarme sin nada y para que regrese a la casa. Te lo puedo asegurar.

Ángela, más serena añadió:

–Que yo sepa, nunca han venido rateros de otros barrios para robar en nuestra cuadra. Yo creo que Amadeo tiene razón. Nadie los conocía. Y la prueba contundente es lo que dijo el Chino.

–¿Qué dijo? –preguntó Fabiola, levantando las cejas.

–Que antes de que llegáramos entraron a la tienda a

comprar cigarrillos y mencionaron el nombre de Amadeo. El Chino nos dijo que lo estaban esperando.

Hubo un momento de silencio. Ya no hubo más dudas. Estaba más claro que el agua que el responsable era su abuelo.

Fabiola sin decir nada los dejó solos y se metió a su cuarto.

–Pero, ¿y cómo sabían que estábamos viniendo a mi casa? –preguntó Ángela.

–Seguramente me estaban espiando. Nos vieron subir en el bus de la línea que va a tu casa y se nos adelantaron. ¿Le dijiste a Fabiola lo de nosotros? –preguntó Amadeo en voz baja.

–Sí, ya se lo dije.

–¿Qué te dijo?

–Qué si tu abuelo se entera la va a despedir…

Ángela no pudo continuar hablando porque Fabiola regresó con un sobre en la mano.

–Toma, Amadeo –Fabiola hizo el intento de dárselo–. Hay mil dólares. Te los presto.

–No, no Fabiola. Te agradezco, pero no te los puedo aceptar.

–Por el momento no los necesito. Me los pagas cuando empieces a trabajar.

Amadeo dio un profundo respiro.

–¿Estás segura?

–Completamente. Agarra.

Fabiola extendió de nuevo la mano y esta vez Amadeo lo cogió.

–Muchas gracias, Fabiola. Te los pagaré apenas reciba mi primer sueldo. No sabes cómo te lo agradezco. Ahora me van a disculpar, pero me tengo que ir. Tengo que hablar seriamente con mi abuelo.

–Con mucho tino.

–No te preocupes, Fabiola. Aceptaré todas sus condiciones con tal de que no te despida.

Antes de que pudieran replicarle, el móvil de Fabiola comenzó a sonar.

–Amanda –leyó Fabiola en la pantalla–. ¿Qué cosa querrá? –dio dos pasos al interior de la casa para escuchar mejor.

Amadeo y Ángela se quedaron observándola atentamente.

–Hola, Fabiola, escucha atentamente lo que te voy a decir: ayer en la tarde escuché una conversación entre don Roberto y su abogado el señor Mujica. Hablaron de espiar a Amadeo. Han intervenido su teléfono y su portátil. Hablaron de un micrófono, pero esa parte no la entendí muy bien. Creo que le han puesto uno en su celular. Te he querido llamar antes, pero mi tía me dijo que no lo

hiciera por teléfono porque también podía estar intervenido el tuyo. Te lo pensaba decir ahora, pero no viniste a trabajar. Y toda la mañana he estado junto con don Roberto. Ahora ya no me importa si me descubren y me despiden. Tenía que decírtelo de todas maneras. No es justo lo que están haciendo con Amadeo. No es justo, Fabiola.

Amadeo paró las antenas y vio que el rostro de Fabiola se iba poniendo blanco y sus ojos se iban saliendo de sus órbitas. Pensó que le había sucedido algo a su abuelo y se puso de pie, pero Fabiola hizo silencio con el dedo sobre sus labios y con un gesto con la mano le indicó que se sentara.

–También dijeron que no lo van a dejar encontrar trabajo. Van a darle dinero a los que quieren contratarlo para que no lo hagan. Van a dar malos informes de él. Quieren que se gaste todo el dinero que tiene y regrese a pedirle trabajo a don Roberto.

–Dios mío.

–Eso es todo, Fabiola. Me dijeron que estabas afiebrada. ¿Cómo te sientes?

–Estoy mejor, gracias. Ya me bajó la fiebre.

–Ahora sí te dejo, Fabiola. Me están llamando. Si puedes, avísale. Hay que rezar, amiga. Chao, chao, chao.

–Sí, Amanda. Chao. Gracias –Fabiola colgó y antes de que le preguntaran nada puso su dedo índice en la boca. Sacó un lápiz y una libreta del cajón del aparador y escribió: "Tienes un micrófono en tu móvil." Acto seguido arrancó la página y se lo entregó a Amadeo. Ángela lo leyó junto a él.

Amadeo le hizo señas para que le diera la libreta y el lápiz. Fabiola se los dio y Amadeo escribió:

"Enciende la tele."

Fabiola nerviosísima la encendió. Amadeo subió el volumen y colocó su *iPhone* al costado de uno de los parlantes. Luego escribió de nuevo: "Vamos a la habitación más alejada."

Fabiola hizo una seña con la mano para que la sigan. Se dirigió a un jardincito que tenían al lado de la cocina, cerró la puerta y abrió tres sillas de plástico plegables.

–¿Qué fue lo que te dijo Amanda? –preguntó Amadeo en voz baja.

Fabiola tomó aire entrecerrando los ojos como si tuviera que tirarse a una piscina de agua helada.

–Ayer oyó una conversación entre tu abuelo y el abogado Mujica. Te han estado espiando por el teléfono, le han puesto un micrófono.

–Por eso que no me lo robaron –Amadeo se refregó la frente, en un gesto de reproche. Él lo había sospechado, pero no lo quiso

creer. Pensó que estaba fantaseando con una película de espionaje.

–También se han metido en tu portátil.

–Mi portátil.

–Harán de todo para que nadie te contrate. Tu abuelo quiere que te gastes todo el dinero para que regreses...

–Empleó el método más rápido –la interrumpió Amadeo mientras se ponía de pie. Hasta hacía unos instantes no se sentía tan descorazonado pese a que estaba casi seguro de la culpabilidad de su abuelo. Pensó que la presunción de inocencia, por mínima que fuera, le había impedido derrumbarse–. Voy a hablar con él. Recojo el teléfono y se lo llevo. Es la prueba de lo que ha hecho.

–Recuerda que sufre del corazón, Amadeo –dijo Fabiola–. Hazlo con mucho cuidado. Quizás ahora lleguen a un acuerdo que sea favorable a los dos. Tu abuelo no ha podido superar el trauma desde que murió tu mamá. Compréndelo. Y si ha hecho todo lo que ha hecho es porque te quiere. En su locura, en su paranoia, te quiere proteger, Amadeo.

–Contratando a matones para que me roben, me peguen, y amenacen a Ángela con una pistola.

–Estoy segura de que no estaba en sus planes que sucediera así. Quizás pensó que tú no te ibas a defender y que todo terminaría sin violencia.

–Me voy, Fabiola. Gracias por todo.

–Te acompaño –dijo Ángela, agarrándolo del brazo.

–Amadeo –dijo Fabiola con los ojos húmedos–, por si acaso, a mí no me interesa quedarme sin trabajo. No quiero que te vayas a pelear con tu abuelo por defenderme. No te lo perdonaría, Amadeo.

–Tú no vas a perder tu empleo, Fabiola. Soy yo el que no me lo perdonaría. Aceptaré todas sus condiciones, te lo repito. Me meteré de monje en la montaña más apartada del Tibet si así me lo pide, pero tú no perderás tu trabajo. Te doy mi palabra.

–No quiero arruinar tu vida tampoco. Conversa bien con él. Ahora que sabe que estás dispuesto a dejar todo a cambio de tu libertad, te aseguro que será más comprensivo.

Amadeo le devolvió el sobre conteniendo el dinero del préstamo.

–Ya no los necesito, recuperaré los míos. Gracias de todos modos.

Fabiola sacó un billete de diez y se lo entregó.

–Para que pagues el taxi.

Amadeo le dio un beso en la frente, recogió su teléfono, y se fue caminando de la mano de Ángela hasta la avenida.

–Me alegro de que el reloj de mi padre no me lo hayan

robado de verdad.

–Algo positivo. Y lo que te ha dicho mi mamá también es positivo. Hazle caso.

–Sí.

–¿Le dirás lo de nosotros? –susurró a su oído para no ser escuchada.

–Ya lo sabe. Y no creo que se atreva a decirme nada. Lo nuestro no será tema de discusión.

–¿A los monjes del Tibet los dejan tener enamorada?

Ángela le arrancó una sonrisa.

–Espero que sí.

Amadeo paró un taxi.

–Te llamo más tarde –Amadeo le dio un beso, subió al auto y cerró la portezuela.

Ángela, con los ojos vidriosos, le hizo un tímido adiós con la mano y se quedó mirándolo hasta que desapareció en medio del tráfico.

Andrés Mujica cogió su maletín y se dirigió a toda velocidad a la casa de don Roberto Rossi. Se reunieron en el estudio. El abogado le hizo oír la última parte de la grabación, donde Amadeo decía que estaba regresando para quedarse, aceptando todas las condiciones que le pusiera para evitar que despidiera a Fabiola. Los dos rieron celebrando el triunfo.

–Un gran trabajo, Andrés.

–Mérito de la escuadra.

–Pero lo que no me ha gustado para nada es que esté con la hija de Fabiola y que Amanda me haya traicionado. La comunicación se interrumpe con su llamada y después se siente solo la televisión.

–Bah, tú sabes el cariño que le tienen todos a Amadeo. Tú no podrás competir jamás con él. En cuanto a Ángela, se le pasará. Ya verás. Es su primera enamorada.

El abogado se puso de pie y cogió su maletín.

–Bueno, Roberto, es mejor que me vaya. Debe estar por llegar. Te deseo buena suerte.

Don Roberto Rossi se levantó de su asiento y lo cogió del brazo.

–No, tú no te mueves de acá. Compartiremos juntos sus

reproches. Y tú te llevarás la peor parte.

–Tengo un asunto importante que hacer, Roberto.

–Tú te quedas. Cualquier cosa que tengas que hacer, la postergas.

Amadeo se bajó del taxi, abrió la reja de la residencia y atravesó los jardines pensando en que no le había durado mucho su vida en libertad. Sin embargo, había sido suficiente para conocer a Ángela, la mujer de su vida, la más bella criatura que se había cruzado en su camino.

El recuerdo de los momentos que pasaron juntos, los más felices de su vida, fue disipando la rabia y aclarando su mente. Pensó que, si su abuelo estaba obsesionado con la idea de que regresara, él podía darle gusto tranquilamente. Total, no sería, después de todo, una cosa negativa si cambiaban las condiciones. No sería mucho lo que le pediría: Que no despidiera a Fabiola, que no interfiriera en su relación con Ángela y que lo dejara seguir viviendo en su apartamento. El alcohol estaba dispuesto a dejarlo por completo. Se convertiría en abstemio. Estudiaría ingeniería de minas como quería. Pero cuando le tocara el momento de presidir la empresa haría muchos cambios en beneficio de los trabajadores, así estaría cumpliendo con su propósito de ayudar a mucha gente.

Tendría que negociarlo muy bien. Estaba seguro de poder lograrlo, de lo contrario, regresaría al apartamento, conseguiría un buen trabajo y se haría cargo de ellas. Confiaba en que podría proporcionarles un ingreso mucho mayor del que les daba su abuelo. Pospondría sus estudios de medicina. Ángela le llevaría la delantera.

Cuando estuvo frente de la imponente fachada dio un profundo respiro y apretó los dientes. Abrió la puerta y cuando se disponía a entrar, abrió los ojos y retrocedió instintivamente dando un grito de espanto. El cadáver de Amanda yacía en el piso del recibidor en medio de un charco de sangre.

Vio que la puerta del estudio estaba abierta de par en par –siempre estaba cerrada, estuviera o no su abuelo adentro–. Entró corriendo fuera de sí sin medir el peligro. El cuerpo de su abuelo estaba tirado en el suelo a un metro delante del escritorio. Se agachó a su lado. La sangre le seguía saliendo por un orificio en el pecho a la altura del corazón.

–Abuelo –imploró que estuviera todavía con vida–. Abuelo –le tomó el pulso en la yugular, sintió la tibieza de su piel, pero ningún latido. Ya no respiraba. A unos pasos repitió la operación con el cuerpo inerte del abogado, comprobando que también estaba muerto. Recorrió con la vista toda la habitación. Sobre el escritorio estaba el anexo del testamento con el que su abuelo lo había desheredado.

–Vittorio –dijo para sí.

Corrió a la cocina y encontró al chef extendido en el piso con los ojos abiertos empuñando un hacha, señal de que se había querido defender de los asesinos.

Regresó al estudio como loco. Con el alma en vilo sacó de su bolsillo el celular para llamar a la policía, pero no pudo ni siquiera marcar el número porque recibió un golpe en la cabeza que lo dejó sin sentido. Su cuerpo quedó tendido en el piso boca abajo.

–Haz que se dispare un tiro en la sien. Tiene que tener rastros de pólvora en la mano.

–Ayúdame a voltearlo, no puedo solo.

Mientras colocaban la pistola en su mano. Un ruido en la ventana los hizo volverse hacia ella. Era Bondo, el gato siamés que huía hacia el jardín sin ser visto. Los dos homicidas cruzaron una mirada de pánico.

–¡Apriétale el dedo, carajo!

Se sintió un disparo y la sangre comenzó a salir de la cabeza de Amadeo mientras los criminales escapaban.

4

Amadeo abrió los ojos. Vio una botella de suero en lo alto de la cama y el tubito que descendía hasta la vena de su brazo derecho. En la muñeca tenía un brazalete de fierro encadenado a una de las barandas laterales. Las dos estaban alzadas. Pestañeó repetidamente para aclarar la visión. En medio de su confusión inicial, se fue dando cuenta de que estaba en el hospital. Se tocó la cabeza con la mano izquierda. La tenía vendada. Trató de acordarse el motivo que lo había llevado ahí, pero no recordaba nada. Apretó el botón de un interruptor que colgaba cerca de su almohada. Casi en forma instantánea se apareció el doctor acompañado de una enfermera.

–Soy el doctor Cahuas, Amadeo. ¿Cómo te sientes?

Amadeo se tocó la cabeza.

–¿Qué me ha pasado, doctor?

El doctor y la enfermera cruzaron miradas.

–¿No te acuerdas?

–No, doctor.

El doctor Cahuas ante la duda de que estuviera fingiendo la pérdida de la memoria, optó por no decirle la verdad para no provocarle una impresión que vaya a empeorar su estado.

–Sufriste un accidente. Has estado veintitrés días

inconsciente.

–Veintitrés días –susurró Amadeo–. ¿Mi abuelo lo sabe?

El doctor carraspeó.

–¿Te acuerdas cómo te llamas?

–Amadeo Rossi.

Amadeo dio su dirección, contestó con pormenores todo lo que el doctor le preguntó, excepto lo que le había sucedido esa tarde. Se acordaba vagamente del momento en que había salido de la casa de Fabiola y había tomado un taxi. Después, nada de nada. Insistió que le contara cómo había ocurrido el accidente.

El doctor Cahuas le dijo que el taxi se había estrellado contra un muro.

–¿Le ha avisado a mi abuelo, doctor? ¿A Fabiola? Mi abuelo es Roberto Rossi.

–No, no hemos querido avisarle todavía. Su corazón está muy delicado.

–Pero ¿qué le ha dicho? Mi ausencia igualmente lo debe tener preocupado.

–Que tuviste que viajar por un trabajo.

–Ahora ya me siento bien. Quisiera hablar con él, por favor.

–Está bien. Lo llamaremos más tarde, pero ahora procura descansar. Te acabas de despertar. No debes alterarte.

–No me estoy alterando, doctor. Mi abuelo sufre del corazón y no quiero que le pase nada.

Amadeo intentó sentarse torpemente. El doctor lo sujetó de los hombros.

–Tranquilo, Amadeo. Tengo que auscultarte primero. Recuéstate por favor.

Amadeo se volvió a echar. El doctor puso su estetoscopio en diferentes partes del pecho. Luego se lo colgó en el cuello y le hizo una señal a la enfermera, quien procedió de inmediato a cargar una jeringa y a inyectársela lentamente a través del catéter.

–Es un tranquilizante muy ligero, Amadeo. No conviene que te agites.

–Doctor me podría sacar esta cadena que no me deja levantar.

–Mañana, Amadeo. Mañana.

–Tengo ganas de ir al baño.

–Tienes pañales, Amadeo. Hazla sin cuidado –le dijo la enfermera.

–Ahora procura relajarte. Hablaremos más tarde –dijo el doctor y se retiró del cuarto seguido de la enfermera.

A Amadeo le llamó la atención ver a un policía armado de

un fusil en la puerta, pero no pudo pensar más porque los efectos del narcótico comenzaron a hacerle efecto y al poco rato se quedó dormido.

La noticia del homicidio del millonario Roberto Rossi, de tres de sus empleados, y del fallido intento de suicidio de su nieto, habían ocupado los titulares de los diarios, televisión y redes sociales de todo el mundo.

La versión de la policía era que Amadeo, ante la persecución implacable de su abuelo, que había incluso mandado a golpearlo y robarle para hacerlo regresar a su casa después de haberlo desheredado –declaración de Fabiola, aconsejada por el abogado Larrañaga– lo habían llevado a cometer uno de los crímenes más horrendos acaecidos en el país.

Los periodistas rondaban día y noche el hospital. La policía y el personal de seguridad tenían que lidiar con ellos las veinticuatro horas del día para alejarlos.

Sus amigos lo habían abandonado y nadie fue a visitarlo creyendo que se había transformado en un psicópata asesino. Las únicas que iban todos los días eran Fabiola y Ángela, a pesar de que no las dejaban entrar a verlo.

Una hora después que Amadeo se despertó, el doctor Cahuas llamó por teléfono a Fabiola. Le contó de su recuperación y de la parcial pérdida de la memoria que había sufrido, y le pidió si podía ser ella la que le dijera lo que realmente había pasado. Era inútil seguir escondiéndole la verdad. En unos días más le darían de alta y tendría que ir a descontar su pena en el reformatorio hasta que cumpliera la mayoría de edad. Después, corría el riesgo de que el juez pudiera condenarlo a la pena de muerte.

Al día siguiente, Fabiola llegó al hospital a las nueve de la mañana, sola, pese a las protestas de Ángela que quiso acompañarla. Los auxiliares y los encargados de la limpieza, acicateados por incentivos pecuniarios, habían filtrado a la prensa la noticia de su llegada. Los periodistas de todos los medios la estaban esperando en la puerta del hospital. La policía la tuvo que escoltar hasta el tercer piso. Las miradas curiosas del personal la siguieron por todo el trayecto hasta llegar al consultorio del doctor Cahuas.

–Toma asiento, Fabiola.

–Gracias.

–Gracias a ti por haber aceptado mi pedido. Como te había adelantado por teléfono, el motivo por el que quiero que seas tú la que le diga lo que pasó, es para que no vaya a tener una recaída. Pienso que sería un golpe muy duro si es la policía la encargada de comunicárselo. Podría incluso perder la razón. Hemos tenido un

reunión con el responsable del reparto y con las autoridade, y han aceptado mi consejo, que seas tú, como la persona más allegada que tiene, para que le des la triste y seguramente desgarradora noticia.

Fabiola, tragó saliva y asintió repetidamente.

–¿Estás lista?

Fabiola volvió a asentir.

–No te vayas con rodeos, Fabiola. El tiempo apremia.

Nuevamente la cabeza de Fabiola se movió en forma afirmativa.

Se pusieron de pie y salieron. El doctor la acompañó por el corredor hasta el cuarto de Amadeo.

Fabiola se impresionó cuando vio a dos policías armados en la puerta.

–Deje su cartera acá, señora –le dijo el teniente Otero.

Fabiola se la entregó como una autómata. Entrecerró los ojos y se persignó mientras el guardia le abría la puerta invitándola a pasar.

Se quedó en el umbral por unos instantes. Se imaginó a Amadeo con una camisa de fuerza, despeinado, ojeroso y con los ojos desorbitados.

–¡Fabiola! ¡Por fin! –exclamó Amadeo.

Fabiola vio que su semblante era normal. Apuró el paso y lo abrazó.

–¿Cómo está mi abuelo?

Fabiola, siguiendo las indicaciones del doctor, fue directo al grano. Si no le decía ella lo que había sucedido, se lo diría la policía en el momento de su arresto definitivo, que se produciría en cualquier momento. Ya le habían quitado el suero, la sonda, y los últimos exámenes indicaban que se encontraba totalmente recuperado. No había ningún impedimento para que le dieran de alta.

Fabiola le puso las manos sobre sus hombros, esforzándose por no llorar. Dio un respiro profundo y con voz temblorosa le dijo:

–Amadeo… te tengo que decir la verdad de lo que ha pasado. Tienes que ser muy fuerte, hijo.

–Le ha dado un infarto ¿verdad? Está muerto.

Fabiola agradeció interiormente de que ya se había hecho la idea de la muerte de su abuelo. Era como si estuviera seguro de la llegada de la lluvia al ver el cielo cubierto de nubes negras. Lo que no se imaginaba era la magnitud de la tormenta que se avecinaba.

–Sí, Amadeo. Tu abuelo murió, pero no de infarto. Fue asesinado junto con su abogado, el señor Andrés Mujica.

–¿Qué cosa dices, Fabiola? –susurró Amadeo, achinando los ojos.

–Los encontraron muertos en su estudio. También mataron a Amanda y a Vittorio.

Amadeo se quedó mirando el vacío sin ninguna reacción.

–Amadeo –susurró Fabiola.

Amadeo se había quedado ausente con la mirada fija en la nada.

–Amadeo.

Amadeo movió la cabeza sin escucharla.

"Quizás perdió la razón como ahora y los mató sin darse cuenta," pensó Fabiola. Era la primera vez que dudaba de su inocencia.

Fabiola le acarició las mejillas. Amadeo cerró los ojos lentamente y se derrumbó en la almohada sin sentido.

–Ay, Dios mío –dijo Fabiola–. ¡Doctor Cahuas! ¡Doctor Cahuas! –exclamó mientras se dirigía a la puerta. El doctor, que estaba al otro lado, entró enseguida.

Fabiola le contó lo ocurrido. El doctor le explicó que la fuerte impresión causada por la noticia le había provocado esa reacción. Su razón no había podido soportarla. Estaba todavía débil y había preferido regresar a su estado de inconsciencia. Le recordó que lo había previsto.

Fabiola regresó a su casa en un auto patrullero. La policía se quedó en la puerta hasta el día siguiente para protegerla del acoso de los periodistas que querían entrevistarla.

Al día siguiente el doctor Cahuas la volvió a llamar para que terminara de decirle lo que había pasado. Amadeo estaba despierto y completamente lúcido. Era necesario que supiera que, él era el único sospechoso del crimen, que debía ser juzgado y con toda probabilidad condenado.

Si después de recibir la noticia no sufría otro desmayo y permanecía consciente, se lo llevarían a encerrar.

Fabiola, esta vez, acompañada del abogado Larrañaga y con la escolta policial resguardándola, regresó al hospital a las ocho de la mañana.

Amadeo se había despertado a medianoche y no había podido conciliar el sueño tratando de recordar algo. No había aceptado el desayuno y estaba de mal humor porque nadie quería darle mayor información de lo que le había sucedido a su abuelo y a sus amigos. El doctor Cahuas le dijo que Fabiola estaba afuera y quería hablarle. Amadeo accedió de inmediato y se acomodó en la cama. El doctor lo dejó sentado, salió del cuarto y le dijo al abogado que era preferible que Fabiola entrara sola. El abogado asintió y se quedó en la sala de espera, revisando sus apuntes.

Cuando Amadeo vio entrar a Fabiola, cerró los ojos. Fabiola se le acercó y sin decir nada lo estrechó entre sus brazos. Amadeo estalló en llanto.

–Amadeo, mi niño –repetía Fabiola mientras acariciaba su cabeza y lo acompañaba con lágrimas silenciosas. Pensó que el llanto era beneficioso para que pudiera desahogar su pena.

Cuando Amadeo se tranquilizó le pidió que se sentara.

Fabiola arrimó la silla hasta ponerlo junta a la cama y cogió su mano.

–¿A mí también me dispararon?

–Lo que te voy a decir yo no lo creo, Amadeo. Es la versión policial. Yo creo que has sido víctima de un complot.

–Qué fue lo que pasó.

–Te encontraron desmayado con el arma en la mano. Según los peritos, después de matarlos te disparaste para quitarte la vida, pero la bala sólo te rozó la cabeza y se fue a estrellar en el sofá.

–Lo supuse por esta cadena –Amadeo levantó la mano haciéndola sonar contra la baranda–, y por la policía que está en la puerta día y noche.

–¿Tú no te acuerdas de nada?

Amadeo negó con la cabeza.

–Parece que estoy en una pesadilla y que me voy a despertar en cualquier momento. De lo que estoy seguro es que yo no mataría a mi abuelo ni a mis amigos… a menos que,... haya perdido la razón.

–Eso es lo que dicen, pero yo sé que eres inocente y Dios nos va a ayudar a descubrir la verdad. El juicio, según me he enterado, será muy breve. Todas las pruebas te acusan, Amadeo –Fabiola acarició su cabeza–... Si al menos te acordaras de algo, el abogado podría defenderte mejor.

–¿Quién es mi abogado?

–Se apellida Larrañaga. Es un amigo de mi comunidad. Los abogados de tu abuelo no han querido defenderte. Yo he ido a hablar con ellos, pero todos se negaron.

–¿Qué comunidad?

–Es una comunidad cristiana que se ha formado hace poco en mi barrio. Un vecino mío tuvo un accidente de tránsito, los médicos de la ambulancia lo declararon muerto. Después cuando llegaron a la morgue, se despertó milagrosamente. Dijo que había estado en el cielo y que le habían dado la misión de predicar para que la gente se convierta. Ha salido en todos los noticiarios, en los periódicos. Sucedió cuando tú estabas inconsciente.

–Ten cuidado con los charlatanes, Fabiola. Están siempre buscando incautos para sacarle dinero.

–No es un charlatán. Nunca nos ha pedido nada. Ha hecho milagros. Ahora lo sigue mucha gente. Se llama Frank… le dicen el Profeta. Le hablé de ti desde el día que pasó lo que pasó. Nos pusimos a orar todos y después preguntó si entre los presentes había algún abogado que quería hacerse cargo de tu caso. El abogado Larrañaga levantó la mano. También la levantó un policía retirado que se ofreció para investigar. Luis Celsius, se llama. Me dijeron que tengas paciencia y que no dejes de confiar en Dios.

–Que tenga paciencia... Fácil es decirlo.

–Yo sé que no es fácil, Amadeo, pero…

–¿Tú crees en mi inocencia?

–Sí, por supuesto. Te conozco desde que naciste y sé que tú no serías capaz de cometer semejante cosa –Fabiola movió la cabeza–. Aparte, el día que sucedió lo que sucedió tú ya habías renunciado a tu herencia sin hacerte problemas. ¿Lo recuerdas?

Amadeo asintió con la cabeza.

–Si regresaste ese día a tu casa no fue para matar a nadie, sino para pedirle a tu abuelo que no me despidiera.

–Hasta ahí me acuerdo, después tengo un vacío en el cerebro.

Amadeo se acordó que había estado con Ángela, pero no había podido recordar su rostro por más esfuerzos que había hecho.

–Y… ¿Ángela también cree en mi inocencia?

–Sí, ella cree en ti a pesar de todo. Quiso venir a verte, pero la policía dijo que era mejor que venga sola. Te manda muchos saludos y besos.

–Salúdala también. Dile que la quiero mucho.

La puerta se abrió y entraron el doctor y la enfermera. Fabiola se despidió con la promesa de visitarlo. No bien salió entró el abogado Larrañaga y se quedaron hablando por casi una hora.

El doctor Cahuas, después de examinarlo exhaustivamente, dijo que tenía que quedarse internado siete días más hasta su completa rehabilitación. No le dio de alta de alta, a pesar de la presión de la policía.

El doctor dudaba de su culpabilidad. Su duda se basaba en el resultado de las pruebas. Ninguna daba señales de una personalidad agresiva. Todo lo contrario. Indicaban que Amadeo era una persona juiciosa, paciente y de buenos sentimientos. Además, Fabiola lo consideraba un santo, al igual que el resto del personal que trabajaba en su casa. Y sus amigos del colegio afirmaban más o menos lo mismo.

Se trataba de un caso sumamente interesante, encontrado casi al final de su larga carrera ejerciendo la psiquiatría. El doctor García, jefe del reparto, opinaba exactamente lo mismo. Él también

estaba interesado en profundizar en el estudio de la personalidad de Amadeo, hasta encontrar algún rasgo sospechoso que, de algún modo pudiera justificar los crímenes que había cometido. Si no aparecía, la duda en favor de su inocencia aumentaría, o estarían delante de uno de esos casos extraños (excepciones a la regla) dignos de ser investigados más a fondo por la comunidad médica.

Amadeo, con la venia del doctor, aprovechó esos días para recuperar la movilidad de sus músculos, entrenándose en el reparto de fisioterapia, ante la atenta mirada de los guardias que lo vigilaban día y noche.

5

Días antes del juicio, Fabiola se reunió en el despacho del abogado Larrañaga, con Frank, el Profeta, y con el investigador privado Luis Celsius.

Larrañaga, era uno de los mejores abogados de la ciudad y como todos los miembros de la comunidad del Profeta, había vendido sus propiedades y el dinero lo había repartido entre la gente pobre. Se había quedado con algunos ahorros y un pequeño apartamento que le servía para vivir y para atender a la gente sin recursos. Celsius, era un ex teniente de policía del departamento de homicidios que se había jubilado un año atrás.

–¿Podremos ayudar al chico? –preguntó el Profeta.

Larrañaga cruzó miradas con Celsius.

–Es un caso difícil, Frank –murmuró Larrañaga bajando la mirada con con un gesto de impotencia.

–El perímetro de la casa está rodeado por cámaras de televisión –dijo Celsius–. Es imposible entrar y salir sin ser visto. El día del crimen, los únicos que entraron en la casa fueron Vittorio, el chef, Amanda, la empleada de servicio, el abogado Mujica y Amadeo. Los tres primeros fueron asesinados junto con el abuelo. Amadeo llegó a la hora que ocurrieron los homicidios El chófer llegó media hora más

tarde y fue él el que avisó a la policía. Todas las llegadas a la casa fueron debidamente registradas por las cámaras. Y si a alguien se le hubiera ocurrido entrar por algún otro lado, escalando las paredes, por ejemplo, además de haber sido filmado hubiera activado el sistema de alarmas.

–Podían haber entrado días antes y haberse escondido –dijo el Profeta.

–He controlado los videos de una semana atrás. Todos los que entraron, salieron –dijo Celsius.

–Otra prueba fundamental en su contra es que la pistola tiene las huellas de Amadeo –agregó Larrañaga–. Además, era la pistola de su abuelo, según el registro. Tú lo has confirmado, Fabiola.

–Sí, era la pistola de don Roberto.

–Y la guardaba en la librería, dentro de un libro falso.

–Sí.

–Los únicos que sabían dónde estaba, además del abuelo, eran tú, Fabiola, Amadeo y el abogado Mujica.

–Así es –afirmó Fabiola.

–El abuelo murió con su abogado, tú te encontrabas en tu casa y a Amadeo lo encontraron con el arma en la mano. Creo que esta prueba es irrefutable. El único que pudo haberla sacado de su escondite era él y nadie más.

–¿Cómo puede alguien errar un tiro en la sien? –preguntó el Profeta.

–Después de haber matado a cuatro personas le podía estar temblando la mano –acotó Celsius.

–El fiscal dirá que Amadeo tenía suficientes motivos para perder la cabeza: Su abuelo lo había desheredado –dijo el abogado Larrañaga.

–No lo desheredó como castigo –replicó Fabiola–. Le dio a escoger entre quedarse cumpliendo sus reglas y marcharse sin nada. Amadeo fue el que tomó la decisión de irse.

–Escogió liberarse de él, porque hasta los diecisiete años no lo había dejado salir solo a ninguna parte –repuso Larrañaga–. Su abuelo tenía un serio problema mental desde que murió su hija. Son tus declaraciones, Fabiola. Y cuando por fin Amadeo pudo salir y se tomó unos tragos con sus amigos, en vez de una simple recriminación, le planteó la desquiciada disyuntiva de quedarse bajo su dictadura o irse desheredado. Cuando Amadeo decide marcharse, como lo hubiera hecho cualquier persona en su sano juicio, intervino su teléfono y contrató a unos matones para que le robaran todo lo que tenía y obligarlo a regresar.

–Y no sólo le robaron –añadió Celsius–, sino que le pegaron

y amenazaron a tu hija con una pistola en la cabeza. Dime si no es para sacar de sus casillas al más santo.

–De la casa él se fue sereno. Quería hablar con su abuelo para que no me despidiera y para… –Fabiola se abstuvo de decir lo que tenía en mente.

–Para increparle su actitud –completó la frase Celsius–. ¿En qué tono lo hizo? No lo sabemos. Pero es muy probable que los ánimos estaban caldeados. Con el abogado Mujica presente, cómplice de sus desgracias, y el anexo del testamento en el que se le desheredaba, encima del escritorio, no creo que siguiera todavía tan sereno. Imagínate que su abuelo le haya dicho alguna barbaridad provocándolo. ¿Cómo hubiera reaccionado Amadeo, por ejemplo, si le hubiera hablado mal de tu hija? que según nos has contado habían iniciado una relación sentimental.

–No he hablado de eso con la policía.

–Hiciste bien –intervino el Profeta–. Los periodistas no la hubieran dejado en paz.

–Todas las pruebas lo condenan –dijo Larrañaga en forma concluyente–. Y para agravar su situación no se acuerda lo que pasó. No tenemos cómo defenderlo. Lo único que podríamos hacer para salvarlo de la pena de muerte es aducir locura temporal, pese a que el uso de este argumento no siempre da buenos resultados. Es una estratagema difícil de probar. La ventaja que tenemos nosotros es que, en el caso de Amadeo, será muy fácil convencer al jurado que cualquier ser humano en su lugar, hubiera terminado loco de remate con un abuelo así.

–Amadeo es inocente –dijo Fabiola, levantándose del sillón–. Tengo que hacer, Frank.

El Profeta, la acompañó a la puerta.

–Ellos seguirán investigando, Fabiola y si Dios quiere aparecerá alguna pista que nos ayude a probar su inocencia.

Cuando Fabiola se marchó, el abogado dijo en un tono de resignación:

–Las pruebas que lo acusan son irrefutables, Frank –comentó Larrañaga.

–¿Tú que dices Celsius?

–Que es imposible probar su inocencia. Esperemos cómo tú dices, que algo aparezca. Por el momento es culpable con letras mayúsculas y luminosas.

–No hay que descartar completamente la posibilidad de que se trate de un complot –replicó Frank.

–¿Un complot? –preguntó Celsius con un tono de incredulidad. ¿Un complot que lo hayan urdido los actuales

propietarios de sus empresas?

–Son dos senadores del partido del presidente –acotó el Profeta.

–Senadores, diputados o lo que sean… ¿Para qué lo iban a matar? No tiene lógica, Frank. El abuelo desheredó a Amadeo y, a ellos, los únicos sospechosos de un posible complot para quedarse con sus empresas, les dejó toda su fortuna en el nuevo testamento que hizo en la más absoluta legalidad. En consecuencia, no tenían ninguna necesidad de matar a nadie ni de complicarse la vida con un cuádruple asesinato. La idea de un complot no tiene ni pies ni cabeza, Frank. Y que yo sepa, Amadeo no tenía despiadados enemigos interesados en cometer un crimen de semejante magnitud para culparlo. Era más bien una persona muy querida por todos.

–Bueno, no hay que perder la esperanza de que el Señor nos pueda ayudar.

–Es lo último que se pierde, Frank, pero hay que pensar también que puede ser culpable –dijo Larrañaga, poniéndose de pie y dando por concluida la reunión.

–Es lo más probable –añadió Celsius–. Y en el remoto caso de que haya sido víctima de un complot. No tenemos ninguna prueba ni testigo ni pista alguna que podamos usar en su defensa.

–Sí, lo sé. Aun así, te pido que sigas investigando.

6

Como era previsto, Celsius no pudo encontrar ningún indicio que probara su inocencia y el juez declaró culpable a Amadeo. Pero, gracias a la defensa del abogado Larrañaga que adujo locura temporal, lo condenó a cadena perpetua que comenzaría a cumplir cuando alcanzara la mayoría de edad.

Mientras tanto permanecería recluido en el Centro de Rehabilitación de Menores de Ravenia, que estaba a años luz de ser un centro de rehabilitación. Era en realidad una cárcel para menores. El presupuesto asignado por el gobierno para su funcionamiento era escaso y se reflejaba en la pobreza de sus muros, en el deterioro de sus instalaciones y en el hacinamiento en que vivían sus jóvenes ocupantes.

En lugar de profesores y profesionales especializados en muchachos con problemas, había sólo guardias irresponsables que se encargaban de maltratarlos y extorsionarlos en forma cruel y despiadada cometiendo con ellos todo tipo de abusos.

Era un lugar donde no había lugar para sentimientos como la amistad, lealtad o cualquier gesto de solidaridad entre ellos. Primaba la ley de la selva y cada uno estaba obligado a velar por sí mismo y a desconfiar hasta de su sombra. Había que obedecer las

órdenes sin chistar por más injustas que fueran, y jamás levantar la cabeza ni reclamar nada a los vigilantes ni a los reclusos que trabajaban para ellos.

Los chicos venían de hogares muy pobres. Sus parientes, en vez de preocuparse por su difícil situación, se sentían liberados. No más problemas en el barrio ni con la policía y una boca menos para alimentar.

El primer día, Amadeo, después de su registro y revisión, fue acompañado por un guardia a través de un largo pasillo hasta llegar a una reja colindante con el patio. El guardia la abrió, le hizo un gesto de entrar con la mano. Amadeo pasó al otro lado y el guardia la cerró a sus espaldas, dio tres vueltas a la llave y se marchó.

Amadeo dio una mirada a su alrededor. Había grupos de muchacho por todas partes. Notó que nadie se había dado cuenta de su llegada. Pensó que era mejor ponerse a caminar. Su instinto le decía que era preferible hacerse presente, dar la cara, respirar el ambiente, que tratar de esconderse o querer pasar desapercibido. Era, además, una forma de conocer a sus compañeros de encierro y quizá, hacer amistad con alguno de ellos.

Los más grandes se encontraban a unos diez metros de la entrada. No tenían cara de querer hacer amistad. Algunos estaban recostados en la pared y otros sentados en el suelo. Cuando Amadeo pasó a su lado lo siguieron con una mirada llena de tensión y se pusieron alerta como lobos cuando un intruso atraviesa su territorio. Percibiendo el peligro, siguió su camino por el costado del campo de fulbito. Se jugaba un partido cinco contra cinco y había otros dos equipos esperando su turno. La mayor parte de los internos se encontraba ahí. Se quedó viendo por algunos minutos hasta que se produjo un *foul* mal intencionado por parte de uno de los jugadores, originándose un conato de bronca que empezó entre los jugadores y terminó entre los simpatizantes que afuera del campo.

Amadeo se alejó del lugar. Se sintieron unos pitos disuasivos provenientes de los guardias y el partido continuó entre insultos y los ánimos calientes. Amadeo llegó hasta el otro extremo donde se encontraban las escaleras al lado de los baños.

Un muchacho de color se encontraba sentado en las gradas leyendo un libro.

–Hola –dijo Amadeo, calculando que uno que leía no podía ser una mala persona.

–Eres nuevo.

–Acabo de llegar. Me llamo Amadeo.

–Marcos.

El muchacho le extendió la mano, Amadeo se la estrechó y

se sentó a su lado.

–¿Qué lees?

–“Papillon.”

–Estás pensando escaparte.

–Ojalá se pudiera –sonrió Marcos–. Pero no es el caso, me gusta leer. Es lo único bueno que se puede hacer en el purgatorio.

–No juegas fulbito.

–Sí, de vez en cuando, pero ahora prefiero leer –Marcos palmeó la portada del libro–. Está interesantísimo.

–Es una forma de escapar.

–Exactamente.

–Yo he traído algunos libros. Te los puedo prestar cuando termines ese.

–Genial –Marcos lo quedó mirando–. ¿Qué hiciste? No tienes pinta de delincuente.

–Cuádruple homicidio. Maté a mi abuelo, a su abogado y a dos empleados.

Marcos tomó distancia instintivamente con los ojos muy abiertos.

–Tú eres el nieto del millonario… Rossi, sí, Rossi se apellidaba tu abuelo.

–Así es. Pero aunque no me creas yo no me acuerdo de haber matado a nadie. Me encontraron tirado en el piso con la cabeza sangrando. Según la policía, por un fallido intento de suicidio.

Marcos recobró la compostura.

–Tu caso es famoso… por ahí leí que podía tratarse de un complot…

–Espero poder recobrar la memoria algún día para saber la verdad. ¿Y a ti por qué te encerraron?

–Asalto a mano armada a un banco. En medio del tiroteo murieron un policía y una señora, pero a diferencia tuya, yo estoy seguro que soy inocente. El día del asalto estaba en mi casa estudiando.

–No pudiste probarlo.

–No. Cuando la policía allanó mi casa nos capturaron a mi hermano mayor y a mí. Él si participó en el atraco. Tuve la mala suerte de que un policía declaró que me había visto a su lado el día del asalto. Lo hizo por venganza. Su compañero fue el que murió abaleado. Me dieron dieciocho años. Tengo diecisiete, saldré a los treinta y cinco, pero espero obtener el descuento por buena conducta. A ti seguramente te dieron...

–Cadena perpetua. Mi abogado me salvó de la pena de muerte.

–Cuántos años tienes.

–Igual que tú. Diecisiete –Amadeo dio un suspiro–. ¿Cómo es el ambiente por acá?

–De lo peor. No te quiero alarmar, pero seguro que te deben estar buscando para bautizarte.

–Yo ya estoy bautizado.

Marcos sonrió.

–Fuera de bromas. Es mejor que sepas cómo funcionan las cosas acá. Te cuento cómo fue mi bautizo cuando llegué.

–Trajeron a un padre.

–No, ni padre ni padrinos. Me metieron la cara en el váter lleno de mierda y orines. Estuve a punto de morir ahogado. Me dijeron que tenía que traerles dinero, cigarrillos o licor, de lo contrario me iban a violar la próxima vez.

–Disculpa, no pensé que...

Marcos no lo dejó terminar.

–Después cometí el error de quejarme con uno de los guardias. Recibí un bofetón por espía y me dejaron todo el día sin comer.

–Los que te bautizaron trabajan para los guardias.

–Sí. Las cosas que nos piden son para ellos.

–¿Quién es el jefe?

–El jefe de los guardias se llama Aquiles, Aquiles Maldonado. Nosotros lo llamamos Malclonado. El jefe de los presos es el Bagre.

–¿El Bagre?

–Así le dicen. Es un maldito.

–Pelea bien.

–Es el mejor. Después de los guardias está él y su banda.

–Nosotros estamos al último.

–Somos sus esclavos. Si no les traes lo que te piden estás jodido. Y si tus parientes no te traen nunca nada, quiere decir que no le interesas a nadie y esto les da derecho a que puedan hacer lo que quieran contigo. Desde comerse tu comida hasta prostituirte, y, por supuesto, golpearte cuando les da la gana.

–Un poco abusivos.

–Más que un poco. Son sádicos. Les gusta lucirse golpeándonos y humillándonos para amedrentarnos. Así te ves obligado a traerles puntualmente las cosas que te piden. Y si se las traes, tampoco estás tranquilo. Para la semana siguiente aumentan el pedido y nunca están contentos. Siempre tienen algún motivo para meterte una cachetada o un patadón. Claro, a los que les traen cosas no les pegan tanto como a los que no les traen nada.

–Bagre –repitió Amadeo asintiendo con la cabeza–. ¿Cuántos son los de su banda?

–Bagre y otros diez.

–¡Sólo once! ¿Y entre todos no pueden defenderse?

–Son los más fuertes, pero, sobre todo tienen el apoyo de los guardias. Si no lo tuvieran, te aseguro que estarían muertos… Mira al fondo disimuladamente. El Bagre es el que está recostado en el arco con el cigarrillo en la boca.

–El más alto.

–Sí. Parece que te están buscando. Prepárate para tu bautizo. Ya se deben haber enterado que llegaste.

Amadeo observaba con atención sus movimientos.

–No lo mires. Va a pensar que lo estás provocando. Por la mínima cosa se convierte en una bestia.

Amadeo levantó una ceja.

–No te estoy exagerando. Imagínate que has llegado al infierno. Ayer, al muchacho que duerme en la cama de arriba de mi camarote lo flagelaron los guardias. Le dejaron la espalda y el culo negros de tantos golpes. Tenía un tajo en la espalda que necesitaba puntos, pero lo mandaron así al dormitorio, sangrando. Catorce años tiene. Yo le improvisé una venda con unos trapos. No podía subir a su cama así que durmió en la mía y yo tuve que dormir en la suya. Ha llorado toda la noche del dolor y nadie dijo nada ni reclamó porque eso equivale a que te hagan lo mismo. En la mañana no se levantó, se lamentaba. Yo lo toqué y estaba con fiebre, se le veía muy débil. Se lo dije a uno de los guardias, a José, que es el más gentil de todos y se lo llevaron. Ya no tenía fuerzas ni para llorar. Se lo llevaron cargado en una sábana como un paquete.

–¿Adónde?

–Afuera del centro hay una casa de color amarillo. La llaman la casa de las torturas. Ahí los llevan para castigarlos. Ahí les pegan, los violan y a los que se rebelan los dejan varios días amarrados sin comer. Y a veces... a veces no regresan.

–¿Los matan?

–Si los llevaran al hospital en ese estado, cerrarían el burdel e irían todos a la cárcel.

–Y seguro nadie pregunta por ellos.

–Nadie se atreve. Son chicos que no tienen parientes, no tienen a nadie. Están abandonados acá.

–Habría que escribir un informe y mandarlo a los periódicos.

–Ya te vieron. Están viniendo para acá. El que está al lado del Bagre le dicen Tiburón. Es su mano derecha, y atrás, los que se han quedado en el arco son los miembros de su banda. Es mejor si nos

vamos para otro lado.

–Anda tú si quieres. Yo me quedo. Es mejor afrontar las cosas de una vez.

Marcos, que se había puesto de pie, se volvió a sentar.

–No les contradigas en nada si te dicen algo. Te van a pedir cosas. Diles que está bien a todo.

El Bagre se paró al frete de Amadeo y Tiburón a su lado derecho.

–Hola, me llamo Amadeo. Soy nuevo. Acabo de llegar.

Amadeo les ofreció su mano en forma amigable, pero ninguno de los dos le devolvió el saludo.

–Me gustan tus Adidas –dijo el Bagre, con una patadita en la punta de su pie.

–A mí también –respondió Amadeo.

–Sácatelas… Ahora son mías.

Amadeo las desamarró lentamente sin inmutarse, se las sacó y se las entregó muy educadamente.

–¿Me dejas las tuyas? No me voy a quedar descalzo.

Bagre ignoró su propuesta y dijo con el mismo tono sereno, autoritario y amenazador:

–Los jueves son los días de visita. ¿Vendrán a verte?

–Espero que sí.

–Diles a tus parientes que nos traigan, dinero, licor o cigarrillos, de preferencia ron o whisky. Te damos más de una semana de tiempo para traernos el pedido. ¿Claro?

Amadeo asintió muy serio, dispuesto a obedecer al pie de la letra sus indicaciones.

–Si no lo haces pregúntale a Marcos lo que te haremos.

–Me lo ha contado.

–Marcos, tus parientes esta semana nos han traído solo una botella de ron –interrumpió el diálogo Tiburón–. Nada de cigarrillos.

–Los dejaron en la casa… se… se olvidaron el paquete. El jueves te traen todo.

–No, no. Así no funciona la cosa. Ahora nos acompañas al baño. Nos pagarás de otra manera.

Bagre lo cogió del brazo y lo obligó a levantarse.

–El jueves sin falta te traen todo –suplicó Marcos a punto de ponerse a llorar.

–¡Déjalo! –exclamó Amadeo–. Ya tienes las zapatillas. ¡Qué más quieres!

–Aaaah, es tu novia. No lo sabíamos. Disculpa –dijo Bagre en tono burlón mientras Tiburón hacía una señal a los demás integrantes de la banda para participar en la fiesta que estaba por comenzar.

El Bagre, tratando de sorprender a Amadeo, enfiló un puñete dirigido a su nariz con la intención de reventársela, pero Amadeo estaba muy atento y lo esquivó fácilmente. Se puso de pie con la velocidad de un gato y le aplicó un golpe seco en la mandíbula con la mano derecha y con la izquierda, casi simultáneamente, otro en la frente que lo mandó a dormir en el acto. Tiburón intentó írsele encima y Amadeo se le adelantó con la mejor patada de su repertorio, haciéndolo volar por los aires rodeado de nubes y pajaritos cantores.

Los integrantes de su banda y el resto de muchachos que se encontraban en los alrededores los rodearon. Amadeo se cuadró para defenderse de un posible ataque en masa, pero ningún integrante de su banda se atrevió a dar el primer paso después de ver a sus jefes tirados por el suelo con la boca abierta y sin sentido.

Los muchachos que habían sido víctimas de sus abusos se sintieron reconfortados al verlos derrotados en una pelea relámpago en la que no habían podido siquiera tirar un solo golpe. Quisieron aplaudir y cargar en hombros a Amadeo declarándolo héroe nacional, pero tuvieron que reprimir su alegría para evitar futuras represalias.

–Vamos –dijo Marcos, palmeándole la espalda–. Vienen los guardias.

Amadeo recuperó sus zapatillas y se perdieron entre la multitud.

Los muchachos se dispersaron. Los guardias, sorprendidos de encontrar a sus protegidos fuera de combate, preguntaron qué había pasado, pero como era costumbre en el centro, nadie había visto nada.

–Gracias, amigo. Me salvaste la vida. Estoy en deuda contigo –dijo Marcos con las piernas que todavía le temblaban.

–De nada… ¿Y ahora?

–Ahora… cuando se entere Aquiles lo que has hecho con su engreído, mandará a sus guardias para castigarnos. Lo que le has hecho al Bagre es como si se lo hubieras hecho a uno de ellos.

–Pediré disculpas.

Marcos sonrió meneando la cabeza.

–No es tan sencillo. Lo más probable es que recibiremos un castigo ejemplar.

–En la casa amarilla.

Marcos asintió en silencio.

–Estamos jodidos, Amadeo.

7

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Fabiola estaba lista para ir a visitar a Amadeo. Era la primera vez. El centro quedaba en las afueras de la ciudad. Ya se había averiguado que tenía que tomar un bus hasta la plaza San Carlos y de ahí tomar otro hasta el reformatorio.

Había visto por la ventana a dos periodistas que estaban merodeando por los alrededores de la casa desde temprano. Seguramente la estaban esperando para pedirle una entrevista.

Para evitar que la persiguieran, había llamado a Pepe por teléfono. Le pidió que la llevara al paradero del autobús. Esperaba subir apenas llegara. Ni siquiera pensaba verlos.

Se sentó a tomar su desayuno. Vertió el café en la taza y cogió el azucarero en el momento que Ángela, vestida y acicalada, salió de su cuarto y se sentó al otro extremo de la mesa.

–Vas a ver a Amadeo.

–Sí. Estoy esperando a Pepe.

Fabiola pensó que le iba a pedir acompañarla y estaba preparada para decirle que no. No quería que los periodistas se enteraran de la amistad que había entre ellos.

–Mamá, estoy encinta.

Fabiola dejó de girar la cucharita en la taza y la quedó mirando con los ojos muy abiertos.

–No bromees, Ángela.

–No es una broma, mamá.

Fabiola sintió que el cielo se despedazaba y le caían los trozos en la cabeza.

–Es lo único que nos faltaba –Fabiola reinició a remover lentamente el azúcar con el café–. Eres una inconsciente, una irresponsable. Eso es lo que eres. Yo sin trabajo… Y ahora, un bebé.

Su tono de voz aumentaba en cada palabra al igual que el ritmo de su respiración. Sus mejillas se encendieron como si toda la sangre se le hubiera concentrado en el rostro.

–Desconsiderada, eres una desconsiderada.

Ángela no bajó la mirada ni un instante. En lugar de conseguir que se arrepintiera, su mamá le estaba produciendo un gran dolor. Ella amaba a Amadeo y amaba al hijo, fruto de ese amor. Nadie tenía el derecho criticarlos.

–¡Un bebé! ¡Acabas de terminar el colegio! ¡Qué va a ser de tu vida! Los ahorros se acabarán en un par de meses.

Ángela no pudo aguantar más y estalló en llanto.

Fabiola cerró los ojos y se frotó la frente tratando de serenarse. Todas las palabras acerca de amar y perdonar recibidas a diario en la comunidad, las había ignorado por completo. “Casi siempre la violencia produce heridas incurables”. Recordó las palabras del Profeta. Quiso disculparse de su reacción. Su hija la necesitaba ahora más que nunca. Lo peor de todo era que, antes de que le dijera quién era el padre, la había empezado a reprochar.

Ángela estaba dispuesta a contarle todo y ella se lo había impedido con su actitud. Sus regaños no tenían sentido en ese momento. Reprendiéndola no iba a componer nada. Además no había nada que componer. Su hija la necesitaba y ella tenía que apoyarla con cariño y comprensión. Eso era todo lo que tenía que hacer. Se puso de pie, se sentó en la silla que estaba al lado de Ángela y la abrazó tratando de calmarla.

–Discúlpame, hija.

Ángela no paraba de llorar.

–¿Quién es el padre? –preguntó con dulzura, acariciando sus cabellos.

Ángela la apartó de su lado y se levantó de la mesa.

–Me iré de la casa, mamá. No seré una carga para ti ni para nadie.

Salió corriendo a su cuarto y tiró un portazo que hizo remecer los vidrios.

Fabiola la siguió.

–Ábreme, Ángela.

–Vete, mamá. Déjame sola.

Fabiola la sentía sollozar.

–No me moveré de aquí hasta que me abras.

–¿Quieres saber quién es el padre?

A Fabiola se le heló la sangre.

–Amadeo, es el padre.

–Amadeo –musitó Fabiola.

–¡Un asesino psicópata es el padre!

–No hables así, Ángela.

Los ojos de Fabiola se llenaron de lágrimas.

–¡El peor criminal de la ciudad es el padre!

–No hables así. Te lo suplico.

–Y no me importa lo que sea ni lo que diga la gente. Yo lo amo. ¿Me entiendes? Lo amo, lo amo, lo amoooooo –Ángela dio un grito histérico y continuó llorando.

Fabiola ya no pudo decir nada. Se quedó sin fuerzas. Se recostó en la pared y ya no le importó dejar correr sus lágrimas.

Ángela, al no escucharla, se preocupó y abrió la puerta. Encontró a Fabiola haciendo esfuerzos para no derrumbarse. Intercambiaron una mirada de angustia y se abrazaron. Las dos lloraban y se consolaban mutuamente. Cuando se fueron calmando, se sentaron en la cama, una al lado de la otra, y empezó un diálogo entre viejas amigas dispuestas a hacer las pases.

–¿Cuánto tiempo tiene?

–Dos meses. Se lo conté al Profeta, y me mandó a la doctora de la comunidad.

Fabiola frunció el ceño en actitud pensativa.

–Estuvieron solo un día… El día del crimen.

–Sí, mamá. Un día. El más feliz de mi vida. Y no lo cambiaría por nada.

Fabiola la quedó mirando.

–Nos queremos de verdad y Dios nos ha bendecido con un hijo. Habíamos pensado estudiar y trabajar. En serio, mamá. Estábamos seguros de salir adelante. Ahora quiero ir a verlo. Tiene derecho a saberlo. Es el padre. Además, yo quiero verlo.

–Hija, sería mejor dejar que pase un tiempo. Yo cada vez que iba a visitarlo al hospital, al día siguiente salía en todos los periódicos. ¿No has visto que los periodistas rondan la casa para que les conceda una entrevista? Te imaginas si se enteran que tú estás esperando un hijo de él. No te dejarán en paz. Fotos por aquí, fotos por allá.

–No me interesan los periodistas. No me interesa que se entere todo el mundo que estoy esperando un hijo de él. Sólo quiero verlo.

–Cuando tu hijo crezca, no sabes lo crueles que pueden ser algunos niños. Le dirán barbaridades de su padre. Le harán la vida imposible.

–Él es inocente, mamá.

–Sólo tú y yo lo creemos.

–Quiero hablar con él, mamá.

–Haz como quieras, pero al menos que pase un poco el alboroto. Yo le explicaré tu situación.

–¿Le dirás que estoy encinta?

–Si tú quieres, se lo diré. Y le diré lo mismo que te he dicho. Que tiene que ser fuerte por el bien de su hijo.

–¿Se lo dirás ahora?

–Sí.

–Dile que lo quiero, que lo quiero con toda mi alma y que lo voy a esperar toda mi vida. Y así no salga nunca, lo voy a seguir queriendo toda mi vida.

Fabiola asintió conmovida.

–Ángela, si Amadeo se entera que estás esperando un hijo, es capaz de quererse escapar. Yo lo conozco. Es muy impulsivo. Yo tengo la esperanza de que se descubra la verdad y puedan dejarlo libre, pero si se escapa… Piensa un poco, por ti dejó su herencia, imagínate lo que hará por su hijo.

–Está bien, mamá. Esperaré un tiempo más. Después se lo diré.

–Por qué no vas a hablar con el Profeta para que te aconseje.

–Hoy día voy a hablar con él. Sí.

El timbre sonó.

Ángela la acompañó hasta la puerta.

–Dile que lo quiero mucho. Dile solamente eso.

Fabiola hizo un gesto de asentimiento y abrió la puerta. Era Pepe, el vecino que estaba enamorado de Ángela desde que era un niño.

Fabiola acarició la mejilla de su hija y salió rápidamente. Ángela se quedó mirando por la ventana como su mamá subía al auto ignorando a los periodistas que se le acercaban.

Fabiola se puso en la fila esperando su turno para entrar. Los periodistas, no bien la vieron, la comenzaron a asediar, fotos, preguntas, propuestas con ofrecimiento de dinero para una entrevista exclusiva.

Fabiola permanecía impávida como si fuera sorda, ciega y muda.

Después de una hora la hicieron pasar y la dejaron esperando en una mesa al lado de la ventana que daba al campo de fulbito.

A los pocos minutos se apareció Amadeo acompañado de un guardia.

La besó y la estrujó entre sus brazos. Fabiola hacía grandes esfuerzos por contener las lágrimas.

–¿Cómo está Ángela?

Fabiola tragó saliva. Esperaba que Amadeo no le hiciera una pregunta directa. El Profeta le había dicho que por ningún motivo debía mentir porque la mentira era hija del demonio.

–Está bien. Me encargó decirte que te quiere mucho.

–¿Todavía cree en mi inocencia?

–Por supuesto, Amadeo. Nunca ha dudado de ti.

–Dile que yo también la quiero. Dile que la quiero muchísimo. Dile que pienso en ella en todo momento.

–Se lo diré.

–¿Tú crees que quiera venir a visitarme? O es que... se avergüenza.

–Lo que más quiere es venir a verte. Si no ha venido es porque no la dejé. Una vez que los periodistas nos dejen en paz, vendrá.

Amadeo bajo la mirada e hizo un gesto de negación con la cabeza.

–Te aseguro que vendrá, Amadeo. Te doy mi palabra que vendrá –Fabiola suspiró y prefirió cambiar de tema–. El Profeta me ha dicho que quiere venir a verte.

–¿El Profeta?

Amadeo se encogió de hombros.

–Preferiría que venga Ángela.

–Ella vendrá más adelante.

–Si el viene, tú no vendrás. Dejan entrar a uno solo.

Fabiola asintió.

–¿Cuándo?

–No me ha dicho. Quiere conocerte.

–Está bien. Si eso es lo que quiere. Pero la próxima vez me gustaría ver a Ángela.

–No es prudente todavía. Los periodistas no la dejarían en paz. Más adelante, cuando se olviden un poco de nosotros.

–Más adelante será ella la que me olvidará.

–No creo que se podrá olvidar nunca de ti.

Fabiola se mordió la lengua y se arrepintió de haber hablado demás.

–Tarde o temprano lo hará. Yo soy un caso perdido.

–Ten fe, Amadeo. Estamos rezando para que se descubra la verdad.

El guardia indicó a los parientes que las visitas habían terminado. Amadeo se despidió y salió cabizbajo de la sala junto con Marcos. Su hermana le había traído en una bolsa el pedido del Bagre que quedó en las manos de los guardias.

–¿Le pediste a Fabiola que te traiga las cosas que te pidieron?

Amadeo se tocó la frente.

–Me olvidé por completo.

Marcos le palmeó la espalda.

–Ya no interesa. Total… Estamos muertos. Por uno o por mil. Qué más da.

8

Aquiles Maldonado, se apareció en el patio acompañado de dos guardias. Se dirigieron donde se encontraban Amadeo y Marcos conversando con otros dos muchachos acerca de la inminente represalia del Bagre y su banda.

–Malclonado a la vista –dijo Toribio, alertando a los demás.

–Vienen para acá –dijo Draculín, buscando escapar.

–Vienen por nosotros, Amadeo –susurró Marcos, apretando los dientes–. Prepárate.

Toribio y Draculín se apartaron disimuladamente.

Aquiles se detuvo a un metro de ellos.

–Amadeo, acompáñanos a mi despacho –ordenó en forma serena y con un tono amable.

Marcos se interpuso entre ellos.

–La culpa es mía... El castigo lo merezco yo. Él no conocía las reglas. Sólo quiso defenderme. No sabía quién era el Bagre –dijo suplicante.

Aquiles lo quedó mirando despectivamente. Uno de los guardias le dio un empujón haciéndolo caer de espaldas. Aquiles dio media vuelta, hizo una señal con la cabeza y se dirigió a su oficina seguido de los dos guardias, uno a cada lado de Amadeo.

Todos los muchachos del centro dejaron lo que estaban haciendo para seguir el corteo fúnebre. Nadie dudaba que sería el fin de Amadeo. A pesar de que la compasión era un raro sentimiento que no existía entre esas cuatro mugrosas paredes, hasta el más duro de corazón sintió pena por él.

–Se jodió.

–Todo por culpa mía –se lamentó Marcos–. Lo dejarán encerrado en el cuarto oscuro.

–Si sale vivo de la casa amarilla –dijo Iker, un ex integrante de la banda del Bagre.

–Mejor prepárate. Tú eres el próximo –dijo Toribio.

–Esta no te la perdona el Bagre –añadió Iker.

Marcos, hizo un gesto de asentimiento. Tenía los ojos vidriosos.

Aquiles Maldonado y Amadeo entraron en el despacho. Los dos guardias se quedaron afuera.

En un cuarto impregnado de humo de cigarrillo, Aquiles se recostó delante de su escritorio con los brazos cruzados mientras Amadeo recorría con la mirada toda la oficina.

–Peleas bien.

Amadeo no respondió.

–Me sirve uno como tú para que me ayude con la disciplina acá adentro.

Amadeo lo miró fijamente sin inmutarse.

–Escoge un par de muchachos para que trabajen contigo. Tendrás todos los beneficios que tienen mis guardias, su apoyo incondicional y total inmunidad. Además, buenas raciones a la hora de comer. Y lo más importante, daré muy buenos informes de ti a la comisión evaluadora para que te ayuden a reducir la pena.

Aquiles Maldonado, estaba cansado del Bagre y su banda. Estaban resultando ingobernables. Ya no hacían caso a las órdenes de los guardias desde hacía tiempo y encima tenía que darles una parte del botín. Comían el doble de los demás presos, y además, el Bagre en un par de meses cumpliría los dieciocho años y sería transferido a la cárcel. A Amadeo lo tendría por casi un año.

Tocaron la puerta. Aquiles fue a abrir. El vigilante le dijo algunas palabras al oído que lo incomodaron y lo hicieron meditar algunos instantes.

–Está bien, Amadeo. Puedes retirarte –exclamó Aquiles desde la puerta–. Mañana en la mañana vienes para terminar de hablar.

Amadeo salió de la oficina mientras Aquiles y el guardia se dirigieron a la calle a paso ligero.

Marcos no se había movido de la puerta. Se sorprendió al igual que los demás de verlo salir sano, salvo y con buen semblante. Poco a poco lo fueron rodeando para saber lo que había sucedido.

–¿Qué pasó? –preguntó Marcos.

–¿Qué te dijo? –preguntó Draculín.

–Que me debo portar bien.

Todos rieron.

–¿No te hizo nada?

–Cuando iba a empezar a flagelarme, lo llamaron. Mañana ha prometido que acabará conmigo. Ahora, ¿qué les parece si jugamos el partido de la despedida? –preguntó Amadeo mientras dominaba un balón que le había llegado a sus pies.

Bagre y Tiburón lo miraban desde lejos. Sabían por un guardia que Aquiles los había despedido y que Amadeo sería el que los remplazaría. La voz comenzó a difundirse rápidamente y un aire más fresco y limpio comenzó a respirarse en el ambiente.

Cuando terminó el partido, Amadeo le agradeció a Marcos por haberse expuesto y le contó lo que había pasado en la oficina de Aquiles.

–¿Qué vas a hacer?

–Voy a ser el nuevo jefe y tú mi lugarteniente.

Rieron.

–Bromas aparte, si no aceptas la pasaremos muy mal.

En su primera noche, Amadeo se dio con la sorpresa que le habían dado la parte de arriba del camarote de Marcos donde dormía Federico, el muchacho víctima de la brutal paliza.

No había regresado, y por lo visto no iba a regresar. Nadie sabía que había sido de su vida ni se atrevía a preguntar por él, por temor a recibir un bofetón como respuesta.

Amadeo al borde de la cama, con la cabeza inclinada hacia la parte baja del camarote, dijo en voz muy baja:

–Tal parece que mataron a Federico.

–Así parece.

–Y si todavía está vivo.

–No te hubieran dado su cama –Marcos hizo una pausa–. Pobre. No tenía a nadie. Estaba harto de los abusos. Se rebeló, lo golpearon y al parecer se les pasó la mano. No es la primera vez que sucede. Duerme.

–¿Y qué hacen con los cuerpos?

–He escuchado que detrás de la casa amarilla hay un cementerio donde los entierran. Seguramente ha ido a parar allá.

–¿Dónde está la casa amarilla?

–No lo sé. Lo que he oído decir es que está a la espalda del

muro que da a los baños.

–Iré.

–Te alocaste. Mejor duerme.

–Sé cómo salir.

–Para empezar la reja del dormitorio está cerrada con llave.

–Tienes que ayudarme.

–¿Cómo?

–Quéjate con todas tus fuerzas. Haz que se despierten todos. Cuando el guardia abra la puerta y entre para ver qué pasa, yo me escapo.

–No hay duda que te alocaste.

–Cuando el guardia encienda la luz, te quedas callado.

–Me castigarán.

–Nadie dirá nada.

–Nos acaban de perdonar. La próxima...

–Me voy yendo hacia la puerta –lo interrumpió Amadeo mientras se bajaba de la cama–. No me verán. Está oscuro. Cuenta hasta diez y empieza a gritar.

–¿Cómo vas a hacer para escalar el muro y la alambrada?

–Parkour. Dame tu almohada para ponerla debajo de mi frazada.

–Estás loco. Ahora si dudo de que seas inocente. Tienes un tornillo flojo.

Amadeo se tiró en el piso y comenzó a arrastrarse hasta la puerta. Cuando Marcos finalizó de contar hasta diez comenzó a quejarse a viva voz.

Los muchachos empezaron a vociferar y a reclamar que se callara. El guardia de turno abrió la puerta por el alboroto que estaban causando. Amadeo estaba escondido detrás de ella

–¡Qué pasa! –exclamó desde la entrada.

–Hay uno al fondo que no nos deja dormir con sus gritos. Cállalo

El guardia caminó dos pasos hacia el interior del dormitorio hasta donde estaba colocado el interruptor y encendió la luz. Amadeo aprovechó esos segundos de oscuridad, con el guardia dándole la espalda para salir en cuatro patas, tan ligero como una lagartija. Ya afuera, corrió por el corredor hasta llegar a las escaleras y las bajo de dos saltos.

–¿Quién es el gracioso que chillaba? –preguntó el guardia mientras golpeaba amenazadoramente la vara en la palma de la mano.

Se paseó por todo el galpón y como nadie decía nada pensó que el afectado por los dolores se estuviera aguantando para no ser castigado.

–A ver ¿quién era el gritón?

Silencio total. Ni los vecinos de Marcos, que sabían que había sido él, abrieron la boca.

–Vuelvo a oír un ruido y los saco a todos al patio para hacer ranas toda la noche.

El guardia apagó la luz, cerró la puerta con llave y se recostó de nuevo en su silla.

Amadeo tomó impulso y se trepó como un gato por la pared que estaba junto a los baños. Escaló el cerco de metal, pasó al otro lado y se descolgó por la reja como una araña hasta tocar de nuevo el muro con el pie. No se veía nada abajo. Se colgó del borde y se dejó caer encima de unos matorrales sin hacerse daño.

La oscuridad de la noche lo envolvió. Sólo se podían ver las estrellas y escuchar el concierto que daban los grillos. No había ninguna casa por ahí. Se dirigió a la espalda del correccional. A cuarenta metros vio una luz que provenía de una pequeña casa. Era la casa de las torturas y en su interior se podía ver la silueta de dos personas. Dio un giro por la parte lateral para no ser descubierto por la luz. Llegó agachado hasta la ventana que estaba abierta y se quedó a escuchar lo que decían.

–Está muy mal. No para de quejarse. Este ya no se recupera.

–Aquiles ha dicho que lo matemos.

–Por qué no lo hace él mismo.

–Vamos. Le hacemos un favor para que no sufra más.

–Cómo lo ha dejado este desgraciado. Yo ya estoy harto de todo esto.

–Ya, déjate de cosas y ponle la almohada en la cara de una vez. Todavía tenemos que excavar la fosa para enterrarlo. Quiero irme a dormir temprano –dijo Fridolino mientras abría un armario y sacaba una pala.

–Yo no lo haré esta vez. Hazlo tú si quieres.

Amadeo entró por la ventana de un salto y sin darles tiempo para que reaccionen, descargó certeras patadas voladoras en sus caras terminando con ellos con veloces y contundentes puñetes en sitios claves de la cabeza y el tórax hasta dejarlos sin sentido.

Los ató con unas sogas que utilizaban para amarrar a los chicos y con el móvil de uno de los guardias llamó a la policía.

–Hay un chico de catorce años gravemente herido en la casa que está a la espalda del centro correccional de menores. Ven en un helicóptero trayendo médicos si quieres salvarlo. Yo he capturado a dos de sus agresores y los he dejado amarrados al lado de su cama.

–¿Quién habla?

–No te puedo decir mi nombre. El chico está agonizando.

Será mejor que no pierdas tiempo.

–Mándame una foto o un video. No voy a realizar un despliegue semejante si no estamos seguros de que no se trata de una broma.

–Te mando un video.

Amadeo comenzó a enviar las imágenes.

–Este muchacho está encerrado en el correccional de menores. Lo violan constantemente y como se resistió la última vez lo han flagelado hasta dejarlo moribundo. Estos son sus agresores. Enfocó a los guardias amarrados y sin sentido.

–¿Cómo sabemos que no es un montaje?

–Puedes ver mi posición. Estoy en la casa amarilla a pocos metros del correccional. La llaman la casa de las torturas.

Amadeo descubrió al muchacho y enfocó las heridas de la espalda.

–Estamos yendo. ¿Por qué no me dices tu nombre?

–Será mejor que no te demores. En este momento estoy mandando este mismo video con nuestras voces a los periódicos. Si no te apuras llegarán antes que tú.

Amadeo colgó. Encima de la mesa encontró papel y lápiz. Escribió resumidamente todo lo que sucedía en el centro. Acto seguido, dudando de que la policía viniera con un médico, llamó a la ambulancia y realizó la misma operación de solicitar su ayuda mandando el video del muchacho. Después se lo envió a los principales periódicos, canales de televisión y lo subió en redes. También adjuntó la foto del papel con todo lo que había escrito.

Mientras tanto, uno de los guardias recobró el sentido.

–¿Quién eres? –preguntó todavía grogui.

–¿Dónde entierran a los chicos?

El guardia se quedó mudo.

Amadeo no tenía mucho tiempo. La policía estaba en camino. Agarró la pala y se la puso en el cuello con un pie apoyado en la parte superior de la hoja.

–¿Dónde los entierran?

El guardia estalló en llanto.

–No me mates. Por favor no me mates. Yo te diré dónde los entierran...

–Llévame.

El guardia con los remordimientos y las pesadillas que no lo dejaban dormir, pensó que era una buena oportunidad para recobrar la paz, revelando a Amadeo todo lo que sabía. Soñaba todas las noches que estaba en un bosque oscuro y nublado. Los muchachos que había enterrado salían de sus tumbas y lo perseguían. Salían por todos lados.

Le cortaban el paso hasta que lo agarraban, le arranchaban la ropa y lo mordían ferozmente con intención de comérselo vivo.

–Está bien, pero no me mates.

Amadeo le desamarró los pies y se dirigieron al bosque con una linterna y la pala. Amadeo lo tenía amarrado del cuello como si fuera un perro. Caminaron doscientos metros hasta llegar a una pequeña explanada rodeada de árboles.

–Aquí están. Aquí es –dijo llorando mientras se postraba de rodillas. Aquiles es el culpable. Él es el jefe. Nosotros sólo cumplimos sus órdenes.

Amadeo lo amarró de nuevo y comenzó a excavar lo más rápido que pudo hasta que la pala puso al descubierto una bolsa de plástico de color negro. La sacó y la desató. Al abrirse salió de su interior con la fuerza de la erupción de un volcán, un olor putrefacto que lo hizo soltarla al lado de la fosa y retroceder unos pasos. Con una mueca de asco, aguantó la respiración la agarró de los bordes y la rasgó en dos. El cadáver de un chico de no más de quince años se desparramó a sus pies. Los gusanos habían devorado gran parte de la carne y los huesos del esqueleto saltaban a la vista en diversas partes del cuerpo.

Amadeo cerró los ojos, se alejó unos pasos del nauseabundo olor y se puso a vomitar. “No me queda mucho tiempo. Vamos Amadeo”. Se llenó los pulmones de aire, cogió el móvil, se acercó de nuevo a los restos del chico y registró la macabra escena. Se limpió con el dorso de la mano las lágrimas mezcladas con la tierra que había en su rostro y volvió a llamar a la policía.

–Hay un cementerio de niños a doscientos metros de la casa amarilla. Dejo ahí a uno de los guardias que colaboró a dar con el lugar. Si te interesa, está arrepentido.

–¿Quién eres?

–Tengo todo registrado. No trates de encubrir a los tuyos y ocultar esta masacre, porque este video ya está en poder de los medios.

Amadeo colgó y regresó de prisa a la casa amarilla. Cubrió al muchacho con una manta y salió corriendo hasta llegar al reformatorio. Escondió el móvil entre los arbustos, escaló el muro y regresó al dormitorio.

Se detuvo a unos metros de la puerta donde estaba el vigilante sentado dormitando. Como una sombra se le fue acercando y cuando estuvo al alcance de sus puños le desencajó uno directo a la mandíbula asegurándose de que no se despertara por un buen rato. Lo amarró y le cubrió la boca, después se fue al baño a lavarse. Luego abrió la reja del dormitorio. Entró, la cerró con llave y la tiró por

entre los barrotes encima del cuerpo del guardia. De la misma forma que había salido, arrastrándose como un soldado en pos de una trinchera, llegó hasta su camarote sin hacer bulla.

–¿Todo bien? –susurró Marcos. Era el único despierto.

–Sí –duérmete.

Amadeo tenía un nudo en la garganta. Puso un brazo detrás de la nuca. Sentía que los latidos de su corazón se habían concentrados en sus sienes y su respiración era la de un jugador de fútbol que acaba de de jugar un partido con tiempo suplementario.

–Estuviste afuera.

–Sí.

–¿Lo encontraste?

–Sí.

–¿Estaba vivo?

–Está agonizando. Espero que la ambulancia llegue a tiempo.

–¿Has llamado a la ambulancia?

–A la ambulancia, a la policía y a los periódicos.

–¿Por qué no te escapaste?

–Porque si es verdad que soy un psicópata asesino, no quisiera volver a hacerle mal a nadie.

A los pocos minutos sintieron el rumor de un helicóptero. Algunos se despertaron con el ruido. Instantes después el local estaba lleno de policías.

La noticia y el hallazgo de treinta cadáveres de adolescentes y niños desgarraron la sensibilidad del mundo entero. El muchacho herido fue internado en el hospital y le salvaron la vida. Aquiles Maldonado, los guardias y el director del correccional fueron detenidos y encarcelados.

El presidente de la República pidió disculpas en un mensaje a la nación y prometió la reestructuración inmediata del centro. Los muchachos fueron llevados provisionalmente a un hotel.

A los tres meses regresaron y quedaron gratamente sorprendidos con el nuevo instituto que se asemejaba más a un colegio con aulas bien cuidadas, laboratorios, ordenadores, talleres de carpintería, mecánica, electricidad, una biblioteca y un campo de fútbol.

A pedido de los chicos, a Amadeo le dieron una hora diaria para enseñar karate. El patio, durante sus lecciones parecía un templo de artes marciales. Todos se empeñaban como si estuvieran preparándose para ir a las olimpiadas. La dirección les daba permiso a los mejores luchadores para participar en los torneos nacionales. A Amadeo, dada la gravedad de su delito, no se lo permitieron. También

daba clases de matemáticas, física, química, informática, inglés y pintura. Todo el día estaba ocupado.

Una parte de la prensa lo relacionó con el desbaratamiento de la organización criminal. Él era el único que sabía karate y la descripción que dieron los guardias era la de él.

La opinión pública comenzó a dudar de su culpabilidad y a tenerle cierta simpatía. Intentaron entrevistarlo diferentes medios y los más prestigiosos diarios y revistas del mundo, pero Amadeo siempre se negó. Fabiola y posteriormente el Profeta fueron los únicos que supieron la verdad de lo que pasó esa noche.

Los meses pasaron y Amadeo perdió las esperanzas de que viniera Ángela a visitarlo. Si bien era cierto que los periodistas no la hubieran dejado en paz si se hubieran enterado de que eran enamorados o tan solo amigos, le extrañaba que no le hubiera escrito unas líneas. Ni siquiera había querido enviarle la foto que le había pedido. Fabiola decía que si las descubrían los guardias se enterarían de su relación.

El lo aceptó al principio, pero a medida que pasaba el tiempo pensó que Ángela, había perdido el interés por él. Él no saldría nunca de ahí. Ninguna chica por enamorada que estuviera podría soportar una relación de diez minutos a la semana. Ella era además una chica muy guapa y pretendientes le sobraban. Seguramente había conocido a otro y Fabiola no había querido decírselo para no hacerlo sufrir.

Optó por no martirizar a Fabiola con sus porqués y no le volvió a hablar de ella. Se limitó a agradecerle los saludos que le mandaba.

Fabiola comprendió su actitud y no forzó las cosas. Era mejor así. Ángela no podía ir a verlo. Su barriga, empezando el tercer mes de embarazo, había crecido como una sandía. Ya no eran los periodistas el único motivo. Era el hijo que venía en camino el principal problema. Hubiera sido la noticia del día. Se hubiera vuelto viral en pocos segundos. Después en el colegio le hubieran hecho la vida imposible a su nieto sus compañeros de clase. Ella no quería que sufriera las consecuencias. Tenía la esperanza de que se pudiera dar con los verdaderos culpables y que Amadeo pudiera ser libre de nuevo.

Ángela, por su parte hubiera ido cada semana a verlo sin importarle nada, pero Fabiola y el Profeta la detenían siempre a pesar de sus llantos y súplicas.

El día que nació Paolo, un hermoso niño de tres kilos y medio, estuvo a punto de salir corriendo a contárselo a Amadeo y compartir su felicidad con él, pero tuvo que frenar sus impulsos

porque Fabiola le aseguró que si se enteraba que tenía un hijo se iba a escapar. Ya lo había hecho sin ninguna dificultad y lo volvería a hacer ahora. Motivos le sobraban. Además, durante todo el tiempo que había estado encerrado, no había perdido la razón ni había demostrado ser un asesino, y esto jugaba en su favor y apoyaba la teoría de los médicos, que Amadeo era una persona sana de mente. Ella tenía la seguridad de que sus oraciones fueran escuchadas y que por lo tanto debían seguir esperando un milagro de Dios.

Ángela chillaba de impotencia. Ya no entendía razones. Quería verlo y abrazarlo. No le importaba nada de nada. El Profeta la calmó, diciéndole que iría a ver a Amadeo. La convenció porque le aseguró que después de hablar con él, no le quedaría ninguna duda de que ella lo seguía amando, y que lo esperaría toda su vida.

Ángela recobró la serenidad. Recapacitó en el significado de poner en riesgo el futuro de su hijo, al que adoraba con toda su alma, y en el peligro de que Amadeo se escapara. A eso se sumó que Amadeo iba a tener la plena seguridad de que su amor estaba intacto y más fuerte que nunca,

Para cubrir las apariencias, su amigo Pepe, de propia iniciativa, se hizo pasar como el padre del niño reconociéndolo como su hijo legítimo en los registros civiles.

Ángela era el amor de su vida y decidió protegerla. Le propuso incluso matrimonio, pero Ángela no aceptó, no obstante que la relación entre ellos era cada vez más afectuosa. Ella lo quería como a un hermano y se lo demostraba a veces con un beso o una caricia. Él se conformaba con las migajas, pero no perdía las esperanzas de que algún día su corazón cediera. Amadeo no saldría nunca de la cárcel. El tiempo era su mejor aliado.

9

El día de visitas, Amadeo salió a recibir a Fabiola. El guardia lo condujo hasta una mesa donde lo esperaba un sujeto desconocido que se puso de pie apenas lo vio.

–Hola, Amadeo, soy Frank.

–Frank, Frank… ¿El Profeta?

–Así me dicen, pero yo prefiero que me llamen por mi nombre.

Amadeo le tendió la mano y el Profeta se la estrechó.

–Agradezco tu visita y la ayuda que me has dado, Frank.

–Yo no he hecho nada, Amadeo.

–Me conseguiste un abogado.

–Pero no pudimos hacer nada,

–Tu comunidad ora por mí.

Al contrario de lo que se podía pensar, el Profeta no era un viejo barbudo vestido con una túnica blanca y sandalias. Tenía cuarenta y tres años, el pelo corto y bien peinado, se afeitaba a diario y se vestía como lo había hecho siempre, con su terno gris, camisa blanca y sus zapatos negros bien lustrados.

Le había regalado su casa a su empleada y desde que se había hecho famoso por sus curaciones milagrosas, se dedicaba a

viajar por todo el mundo. Se hospedaba en la casa de los hermanos de la comunidad y muchas veces dormía en la calle sobre cartones, en compañía de los mendigos sin techo ni hogar.

A partir de las seis de la mañana se encontraba en parques o plazas orando por los enfermos. Se le acercaban de uno en uno y él les imponía las manos en el nombre de Jesús. Ante el asombro general, los cojos caminaban, los sordos escuchaban, se les devolvía la vista a los ciegos y eran expulsados los espíritus malignos. Repetía siempre que se debía compartir con los más necesitados.

Las personas en torno a él cantaban y alababan a Dios en forma espontánea hasta que la policía llegaba, disolvía la reunión y tenía que escapar. En dos ocasiones lo habían encerrado en la cárcel con los cargos de alteración del orden público y por realizar manifestaciones sin la autorización de la municipalidad. Por estos motivos optó por presentarse en lugares apartados: en el campo, en bosques, desiertos, playas en tiempo de invierno o en la casa de algún amigo cristiano. También se presentaba en los estadios cuando las autoridades se lo permitían.

Sus manifestaciones eran registradas y difundidas a través de las redes sociales. Había llegado a cantidades inimaginables de seguidores en todo el mundo.

Sus detractores decían que era sólo un charlatán, que las personas que curaba eran sus cómplices representando escenas de sanaciones milagrosas para atraer incautos. Lo cierto es que estaba en boca de todo el mundo y su fama crecía día a día en forma exponencial.

–¿Cómo está Fabiola? –preguntó Amadeo, tratando de entender qué cosa le estaba sucediendo a su mano con la que había intercambiado el saludo. Era como si hubiera sufrido una descarga eléctrica.

–Muy bien. Ora todos los días por ti. Te quiere mucho. No mucho. Muchísimo. Y hay otra persona que te quiere todavía más y que llora siempre por venir a verte... Y sueña poder abrazarte de nuevo.

Amadeo bajó la mirada y se llevó el puño a la nariz.

–Prefiero no hablar de ella.

–Ángela te ama.

–Sí, Fabiola me lo dice siempre –masculló Amadeo, acariciando su frente–. Salúdala.

–Si no ha venido a verte es porque...

–Los periodistas no la dejarían en paz, por el qué dirán, porque soy un asesino convicto y confeso, porque ya no me quiere. No soy un estúpido, Frank. No te preocupes. Ya me he hecho a la idea.

–Yo no miento Amadeo.

Amadeo levantó la mirada.

–No ha venido una sola vez. Ninguna carta. Yo la habría destruido apenas la hubiera leído para que no la vean los guardias. Una foto suya me hubiera bastado. La hubiera escondido bien.

–Ella te ama más de lo que te puedas imaginar.

–Me ama –Amadeo sonrío meneando la cabeza.

–Mucho más de lo que te puedas imaginar –replicó el Profeta–. Si no te amara, te lo diría sin ningún problema. Yo predico la verdad. La mentira es mi peor enemiga. La combato con todas mis fuerzas. Si he venido ha sido por ella. Ángela no resiste la idea de que pienses que ya no te quiere. Es lo que más la hace sufrir.

Hubo un instante de silencio.

–Yo también la quiero más –Amadeo bajó de nuevo la mirada, y se llevó sus dedos a la frente para disimular las lágrimas.

–Problema resuelto, entonces.

Amadeo se limpió la cara con el dorso de la mano.

–En parte.

En realidad, “en parte” significaba que desde ese momento podría aguantar la prisión y todo lo que pudiera venir con una sonrisa de esperanza. Si Ángela lo amaba podía incluso hasta creer en Dios.

El Profeta le dio una palmada en el hombro.

–Amadeo… Yo creo que eres inocente. Y esto no me lo ha dicho ni Fabiola ni Ángela.

–De qué me sirve lo que tú creas o no… El juez me declaró culpable. Estoy condenado a cadena perpetua, y ya nadie está investigando mi caso.

El Profeta hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

–Dame tus manos, Amadeo.

Amadeo se sintió incómodo. Miró a ambos lados. Los prisioneros, las visitas, y los guardias estaban atentos a cada uno de los movimientos del Profeta. Estaban esperando la primera ocasión para acercársele y pedirle que rezara por ellos y por sus seres queridos aquejados por alguna enfermedad.

Las señoras que estaban de visita le sonreían a Amadeo. Era como si le trataran de decir que le hiciera caso y que se dejara llevar. Cuánto hubieran querido estar ellas en su lugar.

–Amadeo, dame tus manos.

Amadeo estiró sus brazos sobre la mesa y el Profeta las cogió.

–Cierra los ojos.

Todos se acomodaron en sus asientos para no perderse ningún detalle. Algunos se pusieron de pie y se acercaron para ver

mejor, pero nadie atravesó la línea imaginaria que el Profeta había trazado para tenerlos a cierta distancia.

–Amadeo, ¿qué fue lo que paso el día en el que tu saliste de la casa de Fabiola? Ángela te acompañó a la avenida para que tomaras un taxi.

–Ángela –repitió Amadeo desde los abismos de su memoria.

–Tomaste un taxi amarillo. ¿Lo recuerdas?

–Taxi… un taxi amarillo… sí.

Las imágenes iban apareciendo en su mente en forma intermitente y borrosa.

–Sí, un taxi amarillo te llevó a tu casa. Tú querías hablar con tu abuelo para que no despidiera a Fabiola.

–Abuelo –Amadeo hizo un puchero.

–¿Qué fue lo que pasó? ¿Qué cosa viste ese día en la casa de tu abuelo? –preguntó el Profeta con una dulzura maternal.

–Aaaaggggghhh –Amadeo emitió un alarido que hizo sobresaltar a todos. Intentó ponerse de pie, pero el Profeta lo sujetó con fuerza.

–¿Qué sucede, Amadeo?... ¿Qué estás viendo?

Amadeo continuaba a forcejear y movía la cabeza como loco. Se levantó del asiento en forma violenta. El Profeta botó la silla en el intento por sujetarlo.

–Amanda… ¡Amanda está muerta!… Dios… sangre…

El Profeta cogió de nuevo sus manos y Amadeo comenzó a llorar. Algunas señoras conmovidas lloraban con él.

–La puerta del estudio… está abierta. ¡Mi abuelo!… ¡No! Noooooo… ¡Abuelooo!… –Amadeo se soltó del Profeta y se agachó sollozando. Acarició el aire, el suelo–. Abuelo, abuelo… está muerto, muerto… abogado Andrés… Dios mío, ¡Dios mío! –Amadeo comenzó a agitarse como si quisiera salir corriendo, el Profeta lo abrazó por detrás apretándole el pecho. ¡Vittorio! ¡Vittorio! Amadeo luchaba por soltarse, de pronto se tranquilizó. Se puso en cuclillas llorando como un niño y se puso a acariciar el piso–. Está muerto, Vittorio… amigo mío… –se puso de pie e intentó correr de nuevo. El Profeta lo abrazó. Amadeo entró en desesperación, abrió los ojos fuera de sí y comenzó a gritar–: ¡Asesinos! ¡Tengo que llamar a la policía!… la poli…

No terminó de pronunciar la palabra porque cerró los ojos, dejó de moverse y se derrumbó inconsciente en los brazos del Profeta, quien hizo una indicación con la cabeza para que lo ayudaran a poner a Amadeo de nuevo en su silla. Las señoras no paraban de llorar y hasta los guardias que lo ayudaron se secaban con disimulo las lágrimas.

–Amadeo, despierta. Amadeo –el Profeta le hablaba al oído

suavemente. Amadeo estaba tendido sobre la mesa como un borracho después de haberse bebido, él solo, una botella de ron.

Amadeo fue abriendo los ojos. Sentía como si se estuviera despertando de una horrible pesadilla. Miró a su alrededor. Todos los que estaban en la sala lo rodeaban. El Profeta les dijo que regresen a sus sitios. Obedecieron, pero desde sus puestos siguieron observándolos atentamente.

–¿Qué me pasó? –Amadeo se había despertado en medio de una gran angustia.

–¿Te acuerdas de algo?

–No.

El Profeta le contó lo que le había pasado.

–Al final gritaste "asesinos, tengo que llamar a la policía" confirmando tu inocencia. Nadie en el estado de hipnosis puede mentir. Es imposible –dijo el Profeta mirando a los guardias–. Lamentablemente en un juicio no es aceptado como prueba. Pero para ti, sí. Y para mí, es un motivo de esperanza. Tarde o temprano descubriremos a los culpables.

–Tengo un vago recuerdo de la última parte… muy vago… Tenía el móvil en la mano… y quería llamar a la policía… sí –Amadeo movió la cabeza en señal negativa.

La hora de visitas había acabado desde hacía rato, pero ninguno de los guardias se atrevió a decir nada.

–No pierdas la fe, Amadeo. El Señor te ha elegido para combatir en sus filas.

Amadeo, por cortesía, hizo un gesto de asentimiento. Pensó que eran palabras que repetía siempre a todos los que quería convertir.

El Profeta se puso de pie para marcharse, pero la gente lo rodeó impidiéndole salir.

El Profeta cerró los ojos, comenzó a bendecir a Dios e impuso las manos a quien se lo pidió. Después abandonó el local. No bien puso un pie en la calle, los periodistas lo abordaron. Subió a un auto que lo vino a recoger y se alejó del lugar sin prestar declaraciones.

10

El Profeta se dirigió al despacho del abogado Larrañaga donde también lo estaba esperando Luis Celsius, el ex policía encargado de las investigaciones suspendidas por falta de algún indicio que le permitiera continuarlas.

Se había limitado a desarrollar una teoría donde Amadeo no era el asesino sino la víctima de un complot. Lo había hecho sólo porque el Profeta se lo había pedido encarecidamente. Antes de desarrollarla, había tenido la misma opinión del juzgado que lo había condenado, pero ahora tenía ciertas dudas.

–Estoy convencido que es inocente –dijo el Profeta después de contarles lo que había ocurrido en el reformatorio.

–Así lo fuera –dijo Larrañaga–. No tenemos pruebas que sustenten tus apreciaciones. Todo lo que nos has contado es muy subjetivo. Antes de que tú llegaras lo estábamos comentando con Celsius. No tenemos ni siquiera una pista. No tenemos absolutamente nada, aparte de las pruebas abrumadoras en su contra. Ninguna de ellas hemos podido refutarlas. Te confieso que ha sido uno de los casos más simples para llegar al veredicto final. No ha habido forma de defenderlo. Ni siquiera se acuerda de lo que pasó.

–Lo sé, lo sé –dijo el Profeta mirando por la ventana.

–Yo he podido construir la hipótesis de un posible complot –dijo Celsius.

El Profeta se volvió hacia él. Larrañaga arrugó la frente y se acomodó en el asiento. Celsius no le había comentado nada.

El Profeta se sentó en el sillón delante del escritorio del abogado, con una expresión que indicaba que estaría atento a cada una de sus palabras.

–Te escuchamos.

–Es sólo una teoría. No te hagas ilusiones, Frank.

–Habla.

Celsius se acomodó en su asiento.

–Querías un complot, aquí lo tienes. Para empezar, pienso que los asesinos son los que heredaron la fortuna de Rossi.

–Sus socios –dijo el Profeta.

–Ilustres senadores de la República.

–Te escuchamos.

–Al grano. No tengo mucho tiempo –dijo el abogado.

–Okay –Celsius asintió con la cabeza tres veces seguida–. El plan para eliminarlo nació el día en que Giuseppe Rossi le encargó a su abogado Mujica espiar a Amadeo. Los senadores, al parecer, se enteraron del plan, seguramente Mujica se los comentó. Ellos aprovecharon la ocasión para cambiaron su curso. Con Amadeo desheredado y ellos convertidos, de la noche a la mañana, en los únicos herederos, decidieron eliminar al abuelo antes de que se vaya a arrepentir y querer cambiar de nuevo el testamento en favor de su nieto.

Celsius guardó silencio esperando algún comentario que no se hizo esperar.

–Una teoría que se desmorona con la gran cantidad de pruebas en contra del muchacho. Pruebas claras e irrefutables–dijo Larrañaga–. Te nombro sólo una de ellas: Nadie aparte de las cuatro víctimas y Amadeo, entró en la casa el día del crimen. Si alguien más hubiera entrado, las cámaras lo hubieran registrado. Además, Amadeo llegó justo en el momento que sucedieron los hechos.

–Los asesinos pudieron entrar a la casa dentro de la maletera de un auto.

–En la maletera de un auto. Mmm –dijo el Profeta levantando una ceja y moviendo la cabeza en forma afirmativa.

–De un auto que tuviera acceso al garaje principal. En el garaje principal no hay cámaras de televisión.

–¿Qué autos tenían acceso al garaje? –preguntó Larrañaga, previa carraspeada.

–Sólo los autos del difunto.

–¿Los del personal de la casa?

–No. Los empleados estacionaban sus autos en la parte posterior de la casa. Ingresaban por la puerta trasera y los dejaban en la grava, al borde del jardín. Y ahí sí hay cámaras de televisión. Además está al frente de la ventana que da a la cocina, a la vista de todos.

–Los autos de Rossi los manejaba el chófer –dijo Larrañaga.

–Sí.

–Según tu teoría, él sería el cómplice.

–Sí. Según mi teoría, él los introdujo en la casa. Pudo haberlo hecho el día anterior, que fue la última vez que sacó el Mercedes.

–El día anterior a los homicidios, todavía estaba Amadeo en la casa –lo interrumpió Larrañaga.

–Sí, fue su último día en la casa.

–Continúa –dijo el Profeta.

–El chófer lo llevó a Rossi a su trabajo, y en vez de esperarlo, como lo hacía siempre, se fue a cargar el auto con los asesinos. Después, regresó a la casa con Rossi y los asesinos en la maletera. Una vez adentro, bajaron y se escondieron en la bodega de los vinos. Dentro del garaje hay dos puertas, una que conduce al recibidor de la casa, donde mataron a Amanda, y la otra a la bodega de los vinos que está en el sótano. Permanecieron escondidos ahí hasta que recibieron el mensaje que Amadeo estaba regresando.

–¿Cómo supieron que Amadeo estaba regresando? –preguntó el Profeta?

–A través del micrófono que tenía en su celular –respondió Celsius–. Y seguramente lo estaban siguiendo. Cuando los asesinos tuvieron la confirmación que Amadeo estaba cerca, mataron a las víctimas para que coincidiera con su llegada. Luego trataron de matarlo simulando un suicidio, pero al parecer se apresuraron en marcharse sin constatar su muerte. Después llegó el chófer y se metieron de nuevo en la maletera. El chófer llamó a la policía y cuando todo hubo pasado, los sacó de la casa.

–Interesante –dijo el Profeta, poniendo el dedo índice en la mejilla. El entusiasmo crecía en su rostro con cada palabra que decía Celsius.

–Sí, muy interesante –dijo Larrañaga–. Pero me parece flojo el argumento que los asesinos se escondieran en la casa sin tener la certeza de que Amadeo regresaría. ¿Cuánto tiempo pensaban quedarse escondidos en una bodega de vinos esperando su incierto regreso? ¿Un día, dos, una semana? Tengo entendido que el muchacho no tenía intenciones de volver y menos al día siguiente.

Larrañaga sacudió la cabeza, cruzándose de brazos.

–Ellos planearon el atraco, cerca de la casa de Fabiola, para robarle todo. Estaban seguros de que, Amadeo al quedarse sin nada y al enterarse de que su abuelo había planificado el robo, regresaría de inmediato para hablar con él, para reclamarle, y para pedirle que no despidiera a Fabiola. Todo estaba planeado –Celsius observó los rostros atentos de sus amigos–. Ellos lo condicionaron para que regresara inmediatamente después del atraco.

–Si el condicionamiento funcionó, según tu teoría, fue sólo porque Amanda llamó a Fabiola y le dijo lo que había hecho su abuelo. Pero esa llamada no pudieron planificarla los gestores del crimen. Ahí cojea tu hipótesis, Luis. Ella, según la declaración de Fabiola, la llamó a escondidas para contarle la conversación que había escuchado detrás de la puerta entre el abuelo y su abogado –dijo Larrañaga.

–También lo he pensado. Yo creo que pudieron amenazarla para que la haga. Con una pistola en la cabeza la obligaron a llamar a Fabiola y a decirle lo mal que se había comportado su abuelo en complicidad con su abogado. Este hecho fue el detonante para que Amadeo regresara de inmediato.

El Profeta hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

–Pienso que tu teoría no está del todo mal –dijo el abogado–. Es aceptable, pero recuerda que todo crimen tiene un móvil. Y el móvil que tuvo Amadeo para cometerlo es tan claro como la luz del día.

–Los que heredaron la fortuna de Rossi también tenían un buen motivo –replicó el Profeta.

–Son los legítimos herederos, Frank. El testamento hecho en su favor es auténtico, Fue legalizado ante un notario. Ellos no tenían necesidad de matar a nadie ni de complicarse la vida con un cuádruple homicidio.

–Te repito que el abuelo podía cambiar de opinión y cambiar de nuevo su testamento en favor de su nieto –refutó Celsius–. Estaban en juego miles de millones. Rossi era, según la revista Forbes, uno de los hombres más ricos del mundo.

Larrañaga extendió las palmas de las manos con una sonrisa, como diciendo: “No prueba nada”

–Si piensas que tengo la mente retorcida, mira las causas que originan las guerras. Todas nacen de la ambición del poder de unos cuantos. Para conseguirlo, les interesa un pepino que mueran miles de personas y que se destruyan ciudades enteras. Así es cómo funciona el mundo, en grande o en pequeña escala, mi querido amigo.

–Celsius, no creo que tengas la mente retorcida. Lo que

pienso es que, así fuera cierta tu teoría, no tenemos manera de probarla. Amadeo no se acuerda de nada. Tu teoría es sólo eso, una teoría. No tenemos ningún indicio.

–Aparecerán –dijo el Profeta.

–Cuando aparezcan nos volveremos a reunir. Ahora me van a disculpar, señores, pero tengo que ir al tribunal. Me deben estar esperando. –dijo Larrañaga mientras se levantaba de su asiento viendo su reloj.

Salieron los tres del despacho. El abogado echó llave a la puerta, se despidieron y cada uno se fue por su lado.

Celsius se dirigió a la comisaría central de Ravenia donde se había jubilado y donde trabajaba su sobrino, el teniente Jorge Celsius, hijo de su hermano mayor, Samuel. Era el jefe del departamento de homicidios y seguía usando sus servicios, no obstante estuviera retirado. Su tío había sido su mejor hombre. Su olfato de sabueso lo había ayudado a resolver los casos más complicados.

–Has venido en el momento preciso tío. Estaba por llamarte. Tengo un caso que quisiera que investigues.

–El de la muerte del relojero.

–Sí. Nos está dando muchos problemas y se nos ha juntado con otros dos casos recientes.

Ningún problema. Dame toda la documentación y me pongo a trabajar –dijo Celsius con una afectuosa sonrisa–. ¿Cómo está Gaby?

–Está muy bien. El sábado es su cumpleaños. Los esperamos a comer a ti y a mi tía. Vamos a hacer una parrillada.

–Ahí estaremos.

–Empezamos a mediodía. ¿Qué te trae por acá, tío? Te veo preocupado.

Celsius le habló de su teoría de que los asesinos de Giuseppe Rossi estuvieran sueltos y de la posible inocencia de Amadeo.

–Interesante, tio. Pero ese caso está oleado y sacramentado. Es uno de los más fáciles que hemos tenido. Y aunque tu respetable olfato te indique que hay algo más, siento decirte que has venido al lugar equivocado. Lo que tengo acá es un expediente lleno de pruebas en contra de su nieto. Tú ya las conoces de sobra. No te servirán de nada.

–No, no me sirve su expediente. He venido a pedirte una lista.

–¿Una lista de qué?

El teniente arrugó la frente.

–De todos las personas que murieron o desaparecieron después del día del crimen. Al menos una semana después de los homicidios. Cabe la posibilidad que los asesinos de Rossi, los que

supuestamente entraron en la maletera del Mercedes, una vez que efectuaron el trabajo, los eliminaron.

El teniente esbozó una sonrisa. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, dirigió su mirada a la pantalla del ordenador y comenzó a accionar el ratón.

–Te lo digo enseguida, tío.

Al cabo de un rato leyó en la pantalla:

–Un niño atropellado y un viejo de noventa años que se cayó en su casa. Vivía solo. Lo encontramos después de tres días. Unos vecinos nos avisaron. Estas son las muertes a las que tengo acceso.

–¿No tienes algún desaparecido?

El teniente siguió buscando.

–Acá creo que encontramos algo interesante. Alberto Córdoba y Guillermo Lobatón. Ambos con un amplio prontuario policial, desaparecieron del mapa. La mujer de Córdoba vino después de una semana para denunciar su desaparición. Y las hermanas de Lobatón vinieron diez días después. Me empieza a interesar el caso, tío. Quién lo diría –dijo el teniente con la vista fija en la pantalla–. Si no fue su nieto el asesino, el culpable está libre y podría tratarse de una bella organización criminal.

–¿Intervendrás?

El teniente se recostó en su sillón giratorio.

–Sí, por supuesto. Pero por el momento el caso lo dejo en tus manos. Seguramente sabes más que todos los agentes del departamento –el teniente reflexionó por unos segundos–. Si no me equivoco los que heredaron eran sus socios. Dos senadores del partido del presidente.

–Así es.

–Uf –el teniente hizo una mueca de preocupación–. Ten mucho cuidado, tío. Es gente muy poderosa y, según tu teoría, asesinos sin escrúpulos que han matado a cuatro personas a sangre fría.

–¿A seis?

El teniente juntó las cejas.

–Las cuatro víctimas y muy probable los dos desaparecidos.

–Procura que no se enteren que los estás investigando sino las víctimas pueden aumentar.

–Tendré cuidado, sobrino.

El teniente volvió la vista al ordenador, imprimió los documentos relacionados con los dos desaparecidos y se los entregó.

–¿Siguen desaparecidos?

–Sí, tío. José Chocano estuvo a cargo de las investigaciones. Cuando fue a la casa de los parientes que habían hecho la denuncia de

su desaparición, se dio con la sorpresa de que se habían mudado. Hasta ahora no ha podido dar con su paradero. En los papeles que te he dado encontrarás toda la información.

Celsius guardó los documentos en su maletín y se puso de pie.

–Gracias, Jorge.

–Gracias a ti, tío. Si tienes razón, se va a armar una grande. Tenme informado.

–Del mínimo detalle.

–No hagas nada sin avisarme. No quiero que te pase nada.

Celsius le hizo un guiño desde la puerta.

–Saludos a Ester y a los chicos.

–Los esperamos el sábado.

–Ahí estaremos.

11

El Profeta fue invitado al programa de Meni Iasi, el más sintonizado de la televisión mundial. A la hora fijada para la entrevista, la sintonía era total en todo el planeta.

Cuando hizo su aparición el público rompió el silencio con un fuerte aplauso.

El Profeta se presentó al canal acompañado de cuatro miembros de su comunidad.

Meni Iasi, el presentador, lo recibió de pie. No pudo disimular su emoción cuando estrechó su mano.

Una vez sentados, una periodista narró un resumen de su vida y luego transmitieron un video con escenas de su accidente y las entrevistas a los médicos y enfermeras que lo atendieron. Todos coincidieron que había vuelto a la vida gracias a un milagro.

–Prefieres que te llame Profeta o Frank.

–Frank es mi nombre.

–Frank, millones de espectadores están ansiosos por escuchar tu mensaje. Según tus declaraciones, en el lapso de tiempo entre el momento en que los doctores te declararon muerto y el momento que resucitaste –diez minutos aproximadamente– tú estuviste en el cielo. Cuéntanos qué pasó ahí, qué cosa viste, quién te

hablo.

–Con mucho gusto, Meni. En realidad, no hay mucho que contar. En un momento dado me encontré flotando en medio de una luz muy potente, pero que no me cegaba. Sentía mucha paz y mucha alegría. El mensaje llegó a mí, pero no puedo precisar cómo, si fue una voz o a través del pensamiento, no lo sé. Sin embargo, fue muy claro.

El Profeta carraspeó para aclarar la voz.

–Esto fue lo que oí o sentí:

"El fin del mundo está cerca. Jesús, el Cordero de Dios que entregó su vida para salvarnos del pecado y de la muerte, que resucitó y ha preparado un sitio en el cielo para cada uno de nosotros, nos pide que nos amemos los unos a los otros como Él nos ama." Estas palabras las sentí antes de escuchar el mensaje…

–¿Y cuál era el mensaje?

–"Amar es compartir lo que tenemos con los más necesitados."

Un instante de silencio se produjo en el set, esperando que el Profeta dijera algo más, pero no dijo nada. Meni preguntó de inmediato:

–¿En qué medida hay que compartir, Frank? ¿Con el diezmo basta?

El Profeta abrió la palma de sus manos y se encogió de hombros.

–En nuestra comunidad, algunos han vendido todo lo que tenían. Otros se han quedado con sus casas y han donado una parte de sus ahorros. Los pobres dan su tiempo para ayudar a otros. Cada quien da lo que su conciencia le dicta. Como en la Biblia: La viuda dio al templo las únicas dos monedas que tenía para vivir, Saqueo dio una parte de su fortuna y Jesús habló bien de ambos. "Amar es compartir con los más necesitados" ese es el mensaje. Sobre una cantidad precisa, medida o porcentajes, no escuché nada.

–Te hacía esta pregunta porque uno de los que ha venido contigo esta noche es nada menos que Arturo Peralta Bustamante cuya fortuna ascendía a siete mil millones.

–Sí, ahí está. ¿Quieres hablar con él?

–Sólo quisiera saber si es uno de los que entregó todo lo que tenía.

–Sí, todo.

Hubo un murmullo general.

–Lo que el público se pregunta es: ¿quiénes son los que administran las donaciones?

–Nadie, las donaciones van a parar directamente a los bolsillos de los pobres, sin ningún intermediario. Siempre hay un

pobre cerca de nosotros que nos facilita el trabajo.

–Ninguna burocracia.

–El tiempo lo dedicamos a las cosas del Señor. Si nos dedicáramos a administrar la gran cantidad de dinero y de bienes que a diario los miembros de la comunidad regalan a los pobres, necesitaríamos miles de locales y miles de personas entre empleados y voluntarios. Crearíamos inútiles costos adicionales, pérdida de tiempo y correríamos el riesgo de que nos corrompamos –el Profeta se volvió hacia su compañero–. Arturo, por qué no les dices dónde fue a parar tu dinero.

Una de las modelos se acercó hasta donde estaba sentado y le pasó el micrófono.

–Toda mi fortuna se la di a mis trabajadores. Y les está yendo muy bien –dijo sonriendo.

Una cerrada tanda de aplausos premió su intervención.

–Gracias, Arturo –dijo Iasi y se dirigió de nuevo al Profeta.

–Frank, tu no llevas dinero contigo.

–No, donde voy me dan hospedaje y comida. A veces también ayuno. Cuando me quieren dar dinero les digo que mejor me den una pasta de dientes o un jabón si es que lo necesito en ese momento. Si no necesito nada, no les acepto nada. Cuando uno tiene cosas que no necesita se convierten en un estorbo.

–Tampoco tienes casa ni familia, ¿verdad?

–Mi casa es el mundo y mi familia, toda la humanidad… Es un poco más grande que la tuya.

El Profeta provocó risas en el público.

–¿Cuál es la sede principal de la comunidad? ¿Hay algún rito de iniciación para entrar? Algún requisito.

–No, ningún rito ni requisito. Y no tenemos ni sede principal ni secundaria ni de ninguna clase. Nos reunimos a orar en las casas, en las plazas, en cualquier parte.

–¿Qué tipo de oraciones hacen? ¿Tienen algún libro? Algún manual.

–Jesús nos dejó su Espíritu Santo que nos guía para orar y nos dejó su ejemplo que está escrito en los evangelios.

–¿Quién preside las reuniones? ¿Hay algún tipo de sacerdotes? de jerarquías. ¿Tienen alguna vestimenta especial?

–El que preside las reuniones es Dios. El Espíritu de Jesús, nos ilumina. No hay ninguna jerarquía ni vestimenta especial. A veces a un hermano le toca predicar, a otra hermana profetizar. Ninguno necesita años de estudio ni ser erudito en Teología para que el Espíritu Santo lo ilumine, sólo tiene que creer y poner en práctica la Palabra de Dios: Amar a Dios y al prójimo. Eso es todo.

–¿Y cómo son las reuniones? ¿Hay algún patrón a seguir?

–Todas las reuniones son diferentes. Nadie prepara nada. Se pueden hacer entre dos personas o entre muchas. Nos reunimos a veces simplemente para orar o para hablar acerca de los milagros que hemos recibido, como la curación de alguna enfermedad, o de nuestra conversión. Hay, por ejemplo, alcohólicos, drogadictos, prostitutas, ladrones, que nos hablan de cómo fue su vida, y de cómo cambió cuando conocieron a Cristo. Estos testimonios edifican la asamblea. Entonces damos gracias a Dios, compartimos el pan y el vino consagrados conmemorando la Pasión, y oramos por los enfermos. Eso sí, siempre oramos por los enfermos y expulsamos demonios en el nombre de Jesús. Él está vivo. No es una leyenda. Nosotros no hablamos de los milagros que hizo sino de los que hace diariamente.

–¿Y todos los enfermos que piden oración se sanan?

–No todos. Hay muchos que se sanan milagrosamente, pero también muchos mueren. Todos tenemos que morir algún día. Lo importante es lo que nos espera después de la muerte, la vida eterna.

–Muchos sacerdotes, pastores, budistas y hasta musulmanes te están dando su apoyo, muestras de simpatía, incluso van a tus reuniones y te llevan a sus enfermos. Cada día aumentan tus seguidores.

–Mis seguidores no, seguidores de Cristo, la cabeza de la iglesia. En cuanto a las curaciones milagrosas, lo repito siempre, ¡yo no las hago!, las hace Jesús. Y ocurren cuando los creyentes que practican su Palabra se reúnen en su nombre y se lo piden con fe. Yo recibo a diario cientos de testimonios de hermanos en todo el mundo que son testigos de curaciones y milagros hechos durante las oraciones que hacen entre ellos. Jesús se hace presente donde hay dos o más personas rezando en su nombre.

–No reconoces al Papa como la cabeza de la Iglesia.

–Reconozco a Cristo como el pastor de un pequeño rebaño de creyentes que escucha su Palabra y la pone en práctica. La Iglesia la conforman los creyentes que practican la Palabra. Si el Papa lo hace, entonces él también es parte de ella, si no, no. Ninguna investidura te da derecho a ganarte el cielo. Son tu fe en Cristo y tus actos los que te harán alcanzarlo.

–Qué opinas, entonces, de los budistas, musulmanes, evangelistas, protestantes y los de otras religiones, que hay tantas, dicho sea de paso.

–Todas las religiones, todas sin excepción –remarcó el Profeta–, cuyos líderes poseen propiedades, riquezas, que han asegurado su vida a costa de ellas, son empresas comerciales.

El público volvió a reír.

–A Jesús no le interesan las religiones ni los ritos, le basta que uno crea en Él y que cumpla su Palabra.

–Ahora, Frank, las siguientes preguntas te las hará el público.

–No, Meni. Discúlpame. Todo lo que tenía que decir ya lo he dicho, es más, me he extendido demasiado. He debido decir solamente lo que me encomendaron decir y creo que he hablado más de la cuenta. Dios únicamente quiere que confiemos en Él, que lo amemos y que amemos a nuestro próximo. ¿Cómo? Ayudándolo y compartiendo lo que tenemos con él. Eso es todo –el Profeta terminó citando un texto de la Biblia–:

Les doy este mandamiento nuevo: *que se amen los unos a los otros como yo los he amado*.

El Profeta agradeció al canal, dio por terminada la entrevista y se dedicó a imponer las manos, en el nombre de Jesús a los enfermos presentes en el set del canal. Hubo sanaciones de cojos, sordos, y un ciego recobró la vista ante el aplauso y las lágrimas emocionadas del público.

Después de su conferencia, millones de personas comenzaron a poner en práctica la doctrina de Cristo. La gente donaba sus riquezas a los pobres y se quedaba sin nada, y todos se reunían a rezar y a imponer las manos sobre los enfermos y endemoniados.

El movimiento cristiano se extendió hasta los lugares más apartados de la tierra. El consumo de las cosas superfluas se vino en picada. La gente vivía de una manera sencilla para poder compartir con los necesitados. En lugar de acumular cosas inútiles, como lo había hecho siempre, era feliz donando a los más pobres y se quedaba con lo mínimo indispensable para vivir. Era una meta, un motivo de orgullo y una sana competencia de amor y solidaridad nunca antes vista. Esto originó que los propietarios de las grandes empresas, bancos y consorcios, al ver casi paralizadas sus operaciones, se unieran a las iglesias para combatir al Profeta y a sus seguidores.

12

Cuando Amadeo cumplió dieciocho años lo trasladaron a la cárcel de Ravenia. Era un penal que albergaba ciento ochenta detenidos y estaba dividido en dos pabellones. El primero, donde lo pusieron a él, estaba destinado a los asesinos y criminales peligrosos, y el segundo, a los presos comunes. Los detenidos del primer pabellón estaban condenados a purgar largas penas, cadena perpetua, y había dos que esperaban la pena capital.

Los presos del primer pabellón tenían que estar encerrados en sus celdas veintitrés horas. Sólo se les permitía salir al patio una hora al día para estirar las piernas.

A Amadeo le asignaron como compañero de celda a Domingo Banda, un ex chef de un conocido restaurante que había asesinado al amante de su mujer con un cuchillo.

Era un hombre corpulento que media casi dos metros. La gente que lo conocía había declarado que era una persona pacífica. De la mujer contaban que le ponía los cuernos cada vez que podía. Era muy atractiva y se veía con su amante no bien su marido se iba a trabajar.

Durante el primer año de reclusión, el único que lo había visitado con regularidad, era su abuelo, un anciano de ochenta y

tantos años lleno de achaques. Le pagaba de sus ahorros al administrador de la cárcel para que le diera protección a su nieto.

En la última visita, le dijo a Domingo que su salud se había deteriorado y el dinero que le quedaba lo iba emplear en tratarse.

Julián Urrunaga Pasos era el alcaide de la prisión. Además de su cargo oficial como empleado del Estado, dirigía una lucrativa y muy bien organizada red de corrupción al interno del penal. A Domingo lo había comenzado a presionar para que se pusiera al día con sus pagos.

Domingo le había dicho que su abuelo había salido de viaje y que a su regreso pagaría todo. Como había sido un cliente puntual, Urrunaga lo dejó tranquilo, pero llegaría el momento en que su paciencia se agotaría y tendría que aplicarle el tratamiento especial para morosos. Y si no surtía los efectos esperados, terminaría apuñalado en algún rincón oscuro del baño para liberar su puesto y dárselo a otro más rentable.

Amadeo se levantó muy temprano el primer día de reclusión y se ejercitó por tres horas seguidas.

–¿Cuánto tiempo te queda antes de que empiecen a torturarte? –preguntó Amadeo.

–Mi vida corre peligro desde que dejé de pagarles. No sé hasta cuando seguirán esperando. Sin dinero, me tendré que convertir en la puta del barrio. Lo mismo podría ocurrirte si no compras tu protección. Pero… según he escuchado por ahí, tus parientes ricos te podrán proteger por el resto de tu vida. Podrías convertirte en el rey del penal sin ningún problema, y me podrías ayudar.

Amadeo sentado en el suelo con la espalda apoyada en el muro, negó con la cabeza.

–Si tuviera dinero te ayudaría, Domingo. Pero nadie dará un centavo por mí. Tendremos que defendernos solos.

Domingo soltó una carcajada.

–Tú y yo contra los más avezados criminales de la ciudad –volvió a reír–. Ellos abren las celdas a cualquier hora del día o de la noche para golpearte o matarte sin asco. Esto es el infierno, muchachito. Es mejor que hables con alguien para que te traiga un poco de efectivo o morirás, amigo. Morirás en una lenta agonía que puede durar años. Acá muchos se han suicidado porque no daban más.

–Sé cómo funciona. He estado en el reformatorio y ahí me hice respetar sin pagar nada a nadie.

Domingo volvió a reír.

–No puedes comparar el reformatorio con este pabellón –nuevamente risas–. Tú me hablas de Peter Pan y yo de Jack el destripador.

En su primera salida Amadeo se puso a correr por el perímetro del patio. No quería perder la forma, era su seguro de vida. Si tenía que morir, moriría combatiendo. Casi un año en el reformatorio le había endurecido el carácter. Sabía lo que le esperaba en la cárcel y, sin ningún temor, se había propuesto a no dejarse jamás subyugar por nadie.

A la quinta vuelta, vio que se le acercaban a Domingo cuatro hombres fornidos y con la cabeza rapada. Uno tenía en la mano un puñal que brillaba con el reflejo del sol.

Cambió de rumbo y se dirigió hacia ellos atravesando el patio.

Lo tenían agarrado de los brazos mientras el más corpulento le hacía un corte en la barriga. Amadeo se le fue encima. Le metió una patada en el estómago que lo dobló en dos y le quitó el puñal con una torsión al brazo.

Cuando sus amigos trataron de reaccionar, ya había tumbado al segundo con una patada en el mentón. Al tercero le propinó una combinación de puñetes en la nariz, destrozándosela y, al cuarto, que pretendió agarrarlo por la espalda, lo dejó fuera de combate con un codazo seco en la frente. Y mientras caía lo remató con una patada en la mandíbula que lo hizo volar por los aires.

Sin inmutarse se cuadró como una fiera en posición de ataque, mirando a los cuatro costados por si a algún otro se le ocurría dar un paso adelante.

Había derrotado fácilmente a cuatro integrantes de la banda de los rapados, la más violenta y sanguinaria del penal. Sus compañeros, que habían permanecido estáticos por la rapidez con que pasó todo, comenzaron a ponerse de pie y acercársele amenazadoramente. Eran trece. Todos ellos se caracterizaban por tener la cabeza pelada y los bíceps desarrollados. Se dedicaban a hacer pesas en la hora libre.

Amadeo, durante la pelea, se había percatado que eran pura apariencia, exactamente como sucedía con los líderes en el reformatorio. Su condición física era deplorable. Estaba completamente deteriorada por las drogas y el alcohol.

Amadeo los esperó confiado en sus puños mientras la banda de los africanos, eternos rivales de los rapados, se pusieron detrás de él para protegerlo. Tomás, su jefe, dio la orden de defenderlo si las circunstancias así lo requerían.

Pero Amadeo no tuvo problemas en terminar con los pelados sin ninguna ayuda. En menos de cinco minutos dio cuenta de todos sin agitarse. Parecía un combate entre muñecos inflables y una máquina de guerra.

Amadeo tenía la agilidad de un puma, dos rocas en sus puños y la fuerza de una catapulta en sus pies.

Los vigilantes armados de varas se le acercaron con cautela. Cuando estuvieron a un metro de distancia, el sargento Pérez le dijo a voz en cuello:

–Si intentas atacarnos, los que están en las torres te dispararán.

Los vigilantes que se encontraban en las torres apuntaron sus rifles sobre el cuerpo de Amadeo.

–Si tengo que morir, moriré. Pero si me pasa algo, la fortuna que estaba destinada para este penal no la verás jamás.

Pérez se bajó por completo. De tiranosaurio rex se convirtió en un dócil cocker spaniel.

–¿De qué hablas? –masculló.

–De mucho dinero.

El sargento levantó la mano para que bajaran las armas, e hizo una seña con la cabeza a sus colegas para retirarse.

–Más te vale que sea como dices o la pasarás muy mal acá –farfulló como un perro con bozal.

–No me gustan las amenazas, sargento –respondió Amadeo, cara a cara con el mismo tono.

Pérez, con la mirada inyectada de ira, no le respondió nada, dio media vuelta y se alejó con sus colegas a sus puestos habituales en una actitud sin precedentes que sorprendió a todos los detenidos.

–¡Le han cortado la barriga a Domingo! –gritó Amadeo a las espaldas del sargento Pérez–. ¡Necesita puntos! Anda con ellos Domingo, el sargento te llevará a la enfermería a curarte.

–Es solo un tajo, Amadeo. No es para tanto –dijo Domingo, muerto de miedo apretándose la barriga ensangrentada.

–Vamos, Domingo –dijo el sargento–. Vamos a la enfermería.

La hora terminó y todos los presos regresaron a sus celdas. En el trayecto, Amadeo recibió amenazas de muerte y estuvo a punto de empezar una nueva pelea con los rapados, pero los guardias esta vez lo protegieron y lo escoltaron hasta su celda. Encontró a Domingo con un enorme parche blanco en la barriga.

–¿Te curaron?

–Me pusieron veinte puntos. Gracias. –Domingo se tocó los esparadrapos y lo quedó mirando–. ¿Quién eres? ¿La reencarnación de Bruce Lee o el sobrino de Jackie Chan? Carajo. Sólo en el cine había visto pelear a alguien así.... Te felicito –dijo Domingo con la sonrisa de oreja a oreja–. Ni siquiera te tocaron.

Amadeo se tiró en su cama.

–¿No me habías dicho que nadie daría por ti un centavo?

–Así es. Antes de morir mi abuelo me desheredó. Y ahora no tengo a nadie.

–Estás tratando de ganar tiempo como yo.

–Yes. A ti parece que ya se te acabó.

En la tarde fue Fabiola por primera vez al penal. Cuando estaba en el reformatorio lo visitó cada semana sin fallarle un solo día. Amadeo le preguntaba siempre por Ángela, pero esta vez no lo hizo. El hecho de que nunca lo había ido a visitar, lo hizo dudar del amor que decía tenerle a través de Fabiola o del Profeta. Pensaba que eran palabras de consuelo para hacerle más llevadera su vida encerrado en una prisión. Ni siquiera le habían querido llevar su foto. Por algo sería. Después de la pelea que había tenido, pensó que sería mejor que Fabiola no se apareciera por ahí nunca más. El sargento Pérez podría tomar represalias contra ella al no recibir el dinero prometido. Era el último día que la vería. Era el momento de decirle adiós para siempre.

–¿Necesitas algo, hijo?

–No, Fabiola, gracias. Tengo todo lo que necesito.

–Te he traído manzanas y peras. Me han dicho que te las dan más tarde.

–Gracias.

–¿Cómo te tratan?

–Como a un príncipe.

–Ay, hijo, no pierdes el sentido del humor. Eso es muy positivo –dijo Fabiola a través del vidrio–. Toda la comunidad está rezando por ti, Amadeo.

–Ya ha pasado más de un año, Fabiola. El Señor no quiere saber nada conmigo. Lo más probable es que sea culpable. Quizás yo soy realmente un asesino.

–No te acuerdas de nada, todavía.

–De nada. Cuando vino el Profeta tuve una visión, pero ya no la recuerdo. Pasó como un sueño.

–Me lo contó el Profeta. Según él, eres inocente.

–Era sólo una visión, Fabiola.

–Celsius sigue investigando. Verás que logrará descubrir la verdad.

Amadeo se limitó a mirarla.

–Fabiola…, no quiero que vengas más.

Fabiola frunció el ceño.

–Tu vida corre peligro acá.

–¿Por qué?

–Es difícil explicar. Hazme caso, por favor… No vuelvas a venir.

–No, Amadeo. Eso no... Olvídate.

–Si vienes de nuevo yo no saldré a recibirte.

–Amadeo, no…

–No quiero hacer más daño a las personas que quiero. Por favor, Fabiola.

–La comunidad está rezando día y noche. Te sacaremos, Amadeo. No pierdas la fe, hijo. Para Dios no hay imposibles.

–Dame tu bendición... Esta es la última vez que nos veremos.

Fabiola sintió humedecerse sus ojos, le hizo la señal de la cruz sobre el vidrio que los separaba y le dijo:

–Reza, Amadeo. El Señor está esperando que te acerques a Él.

Amadeo asintió con la cabeza, colgó el teléfono y se puso de pie.

El encargado de llevarlo de regreso a su celda le preguntó antes de encerrarlo:

–¿Novedades para Pérez?

–Sí, grandes novedades.

El guardia lo fijó con la mirada y Amadeo le dijo de mal humor:

–Dile a Pérez que venga a mi celda esta noche… Solo. Y que me traiga la fruta que me ha traído la señora.

–¿Eso es todo?

–Sí, eso es todo.

El vigilante cerró la puerta con llave y se fue.

–¿Qué le vas a decir? –preguntó Domingo.

Amadeo en lugar de responderle le preguntó:

–¿Cómo lo mataste?

–¿A quién? –preguntó Domingo, frunciendo el ceño.

–Cómo a quién. ¿A cuántos has matado?

–A uno solo… pero eso a ti no te interesa.

–Me interesa.

Domingo, recostado en la pared, se cruzó de brazos.

–No me gusta recordar a ese cabrón –Domingo dio un profundo respiro.

–Haz un esfuerzo.

–No sé por qué lo quieres saber. Te lo cuento sólo porque me salvaste la vida –Domingo hizo una pausa para ordenar sus ideas–. Salí como siempre temprano a trabajar, pero no me sentía bien. A eso de las nueve, me subió la fiebre y regresé a mi casa. No le avisé a mi esposa y los encontré infraganti en mi cama. Él se levantó y sacó un cuchillo de su pantalón para amedrentarme.

–¿Tu mujer qué hizo?

–Cuando vio que avanzaba hacia él, se prendió de mis

espaldas como una mona y me comenzó a morder el brazo. Yo igualmente me le fui encima como loco… Caímos los dos encima de él.

–¿Cuánto pesas?

–Lo suficiente para aplastarlo como a una cucaracha. Para mi mala suerte, caímos encima de él de tal manera, que el cuchillo se quedó clavado en su pecho…, justo en el corazón para ser más exacto. Yo se lo saqué, lo tenía incrustado hasta el fondo. Traté de reanimarlo, pero todo fue en vano. Murió instantáneamente.

–Hubiera muerto de todas maneras por conmoción cerebral…

–Es verdad –sonrió Domingo.

–¿No fue defensa propia?

–No, porque mi esposa declaró que el cuchillo era mío, que lo había sacado para matarlos y ellos a pesar de que se defendieron no lograron detenerme. El juzgado le creyó a ella. Lo hizo porque si se probaba que había sido en defensa propia, estaría en este momento libre y ella tenía miedo de mí. De que quisiera vengarme.

–El cuchillo tenía tus huellas.

–Así es –Domingo se sentó en la cama y recostó sus codos en las rodillas–. Has tenido visita.

Amadeo dijo sí con la cabeza.

–¿Qué has pensado decirle a Pérez?

–Que nos ayude a escapar.

Domingo sonrió del chiste.

–¿Qué le darás a cambio? –le siguió la broma, porque lo que acababa de oír era una escuálida broma.

–Una fortuna.

–¿De dónde la piensas sacar?

–No lo sé todavía.

Domingo se levantó de la cama meneando la cabeza. Su compañero de prisión era un muchacho bromista. Le dio pena porque sabía que el buen humor le duraría poco ahí adentro.

Al día siguiente Amadeo se puso a correr en el patio como lo había hecho el día anterior. Pérez lo miraba de reojo. No había podido conciliar el sueño la noche anterior pensando en el pez gordo que acababa de llegar. Le angustiaba la idea de que Urrunaga se quedara con él. Cuando llegaba alguno con dinero, Urrunaga en persona se ocupaba de cobrarle. A Pérez le dejaba los presos pobres, y tenía que esforzarse para obtener mínimas ventajas de ellos. No obstante, con la recaudación que hacía, triplicaba su sueldo todos los meses.

Pensó que era una buena oportunidad la que tenía esa noche para hablar en privado con el muchacho y asegurarse de que todo el

botín no fuera a parar en las manos de Urrunaga.

Urrunaga, por su parte, esperaba hablar con Amadeo al día siguiente para proponerle una vida decorosa a cambio de una cifra razonable. Esta vez había pensado esperar primero la oferta del muchacho. No quería adelantarse en pedirle una determinada cantidad porque tenía temor de que su propuesta sea inferior a la que el chico estuviera dispuesto a pagar. Después de escucharlo, haría su contraoferta de todas maneras.

Había dejado pasar un día para asustarlo primero. Lo de la agresión a Domingo había sido premeditada por él para amedrentarlo. No le hubiera importado que lo mataran a cuchilladas, es más, hubiera sido beneficioso para sus planes.

Pero cuando se enteró lo que Amadeo había hecho y de lo fuerte y valiente que era, decidió ablandarlo un poco. “Mataré a Domingo esta misma noche. Los vigilantes le abrirán la celda lo sacarán y no lo volverá a ver más. Le pondré de compañero a uno de los rapados, al loco. No lo dejará dormir. Lo dejaré sin comer, lo meteré en el cuarto oscuro por una semana y lo despertaremos con agua helada a las tres de la mañana.” El capitán se gozaba pensando en todos sus métodos, ampliamente probados para amansar caballos salvajes.

Mientras Amadeo corría la tercera vuelta, Tomás, el jefe de los africanos se puso a su lado. La banda de los africanos estaba compuesta de negros, pero estos, a diferencia de los rapados, tenían buen físico, jugaban básquet casi toda la hora que duraba la salida. Los rapados y los vigilantes los respetaban. Eran dieciocho y pagaban puntualmente una cuota establecida para tener buenas raciones a la hora de comer y el control de una parte del tráfico de drogas y alcohol en el penal.

–Hola, Amadeo.

–Hola...

–Tomás.

–Hola, Tomás.

–Yo sé que no tienes dinero. Estás quebrado.

Amadeo siguió corriendo sin darle importancia.

–Mi hermano estuvo contigo en el reformatorio… Marcos.

Amadeo lo miró por primera vez.

–Él ahora está en esta cárcel, en el otro pabellón. Tú le contaste cuál era tu situación. La única que te visitaba era Fabiola. La que vino la otra vez. Él la reconoció cuando estaba regresando a su celda, pero no dijo nada para no meterte en problemas.

–No se lo digas a nadie.

–Tarde o temprano descubrirán tu mentira.

–Es mi problema.

–Nosotros te defenderemos. Tú defendiste a mi hermano en el reformatorio. Le salvaste la vida. Sabes a que me refiero.

–Dale mis saludos.

–Hemos visto que no necesitas ayuda de nadie. Carajo, si peleas. Pero cuando se den cuenta de tu engaño, te harán la vida imposible. Ellos tienen muchos formas para joderte. Solo no podrás resistir. ¿Me entiendes? Acá no se arregla todo con karate. Ellos tienen siempre la sartén por el mango. Son ellos los que mandan. Nosotros sólo podemos obtener algunos favores, pero nada más. Recuerda que esta será tu casa para siempre.

–Marcos te mencionaba siempre.

–Tendrás nuestro apoyo, Amadeo.

–Te agradezco, Tomás, pero no les tengo miedo. Pelearé y si tengo que morir, moriré. Ya no me interesa… No me interesa de verdad.

–No morirás. Nosotros pagaremos tu cuota. No será la que ellos esperaban, pero te dejarán en paz después que se les pase la decepción. Y no creas que te pediré nada a cambio, *brother,* lo hago, como te digo, por lo que hiciste con Marcos.

–Éramos amigos. Él hubiera hecho lo mismo por mí.

–Tú sabes que es inocente. El asalto al banco lo hicimos nosotros. Él no estaba presente, pero la policía nos capturó a los dos. Los testigos dijeron que él…

–Sí, lo sé todo.

–Le dieron dieciocho años.

–Murió un policía y una señora.

–Sí, se armó una balacera. Al policía seguramente lo matamos nosotros, pero a la señora no. Fue una bala perdida de ellos. Le entró por la espalda y nosotros estábamos delante de ella, pero…

–¿Puedo hablar con Marcos?

–El día de las visitas. Sólo ese día. La cosa es salir a la misma hora.

–Cuál es su celda.

–La número 34. ¿Por qué?... ¿Tienes algún plan?

–Por ahora no.

–Soy una tumba, *brother*. Puedes confiar en mí. Te dejo… Estate atento.

Tomás se dirigió al campo de básquet.

El sargento Pérez los había seguido con la mirada. Hubiera dado cualquier cosa por enterarse de la conversación. Esa noche tenía dos tareas que realizar. La primera era eliminar a Domingo siguiendo las órdenes de Urrunaga. La segunda era hablar con Amadeo de

negocios en su celda.

No podía matar primero a Domingo. Amadeo no aceptaría ninguna tratativa. Si hablaba con Amadeo primero y después mataba a Domingo, no sólo quedaría como un mentiroso, sino que se convertiría en su enemigo y de paso dejaría allanado el camino para que Urrunaga se apodere de él. Todo el día estuvo pensando cómo resolver ese dilema que por ningún lado tenía solución.

A las ocho de la noche el sargento Pérez abrió la puerta de la celda. Optó, al final, por hacerse su amigo. Tenía que ganar su confianza, hacerse la víctima de los abusos que cometía Urrunaga de los cuales él sólo era un instrumento. Como miembro de una institución castrense no le quedaba otra que obedecer. En fin, su objetivo era hacerse el buenito con tal de obtener al menos una pequeña recompensa.

–Hola, Amadeo –Pérez le extendió la mano.

Amadeo estaba echado, se sentó en la cama y lo dejó con la mano levantada.

–Un millón.

Pérez se sorprendió abriendo los ojos. Cualquier cosa se esperaba menos oír esa cifra. “Un millón.” Por un millón haría todo lo que le pidiera Amadeo. Mataría a Urrunaga incluso. Después se iría del país, documentos falsos, una vida de rey, mujeres. No tenía palabras para responderle.

–Queremos escaparnos.

Pérez se vio obligado a aterrizar, pero no perdió la compostura. El pez gordo había mordido el anzuelo y él tenía la caña del otro lado, no Urrunaga. No lo dejaría escapar por ningún motivo. Por ninguno. Era la oportunidad con la que había soñado toda su vida. Estuvo a punto de arrodillarse y besarle los pies.

–Las noticias dicen que tu abuelo te desheredó y que te dejó en la calle.

Pérez, se arrepintió de haberlo dicho, pero no pudo con su genio.

–Me quedaban algunos ahorros guardados… Si tú no puedes ayudarnos, hablaré con Urrunaga.

–No, no hables con él. Yo te ayudaré a escapar. ¿Tienes algún plan?

–No, tú te encargarás de prepararlo. Queremos pasaportes, y alguien que nos haga cruzar la frontera. Te pagaré en efectivo. Cien, en el momento que el plan sea aprobado y el saldo cuando estemos libres.

Pérez sonrió.

–Cincuenta por ciento adelantado.

–Con quinientos mil en el bolsillo te puedes escapar. Yo lo haría.

–Y si te dejo libre por cien mil, el que se puede escapar eres tú. Y yo no sabría adónde ir a cobrarte.

–Piensa entonces en alguna otra forma que sea segura para ambos.

Pérez asintió.

–¿El dinero lo tienes?

–Sí, si tú tienes listo el plan para mañana, mañana nos vamos.

Pérez sintió como si se hubiera ganado el premio mayor de la lotería.

–Amadeo, tengo que matar a Domingo esta noche.

Domingo se puso de pie en el acto y empezó a sudar frío.

–Urrunaga quiere ablandarte. Te tiene preparada una semana muy divertida.

–Si lo haces no verás un centavo. Y dile a Urrunaga que estoy dispuesto a combatir hasta la muerte.

–No, no tienes idea de sus métodos. Es mejor que llegues a un acuerdo con él. Mañana quiere hablarte. Te ofrecerá protección por tu dinero. Dile que la vida de Domingo es parte de esa protección. Acéptale todas sus condiciones. Dile que yo te he amenazado y que he obtenido a cambio de la vida de Domingo una pensión importante para él. Yo le diré por mi parte, que cuando entramos a matarlo, tú dijiste que querías hablar con él primero, y que si lo matábamos no veríamos ni un centavo. Yo le diré que te dije que, si no cumplías tu palabra la noche siguiente morirían tú y Domingo.

–Está bien, Pérez. Piensa en el plan. Nosotros haremos lo mismo esta noche.

–Una vez que reciba el dinero tendré que desaparecer yo también. Cruzaremos juntos la frontera. Lo haremos por barco. Tengo un amigo que tiene un pesquero y tiene permiso para cruzar la frontera.

Amadeo se encogió de hombros, aceptando su propuesta.

El sargento Pérez salió de la celda flotando entre nubes de riqueza y poder.

–Nos estamos metiendo en un gran lío –dijo Domingo.

Amadeo se quedó mirándolo.

–Pérez tiene tu misma talla.

–Estás loco de remate.

Al día siguiente, Urrunaga, después de haber escuchado la versión de Pérez, mandó a traer a Amadeo a su oficina. Urrunaga era un tipo muy listo. De todo lo que escuchó decir a Pérez llegó a la

inmediata conclusión de que él también quería una tajada de la torta. El haber desobedecido una orden, significaba una gran cantidad de dinero de por medio.

–Así que has impedido que Pérez cumpliera mis órdenes. ¿Se puede saber qué le has ofrecido?

–A él, nada. Le dije simplemente que quería hacerte una oferta –Amadeo le habló en forma altanera.

Urrunaga frunció el entrecejo por la desfachatez de Amadeo. Ningún preso se había atrevido jamás a tutearlo. Pero en vez de recriminarlo aumentó su interés en su propuesta.

–Te escucho.

–Veinte mil al mes por cuidar mi vida y la de Domingo.

Mil pajaritos de colores comenzaron a cantar un canto celestial. Urrunaga se encontró de pronto en una playa de ensueño echado en una hamaca, rodeado de palmeras con un vaso de ron Matusalén en la mano y chicas bailando reggaetón con el dorso desnudo. La pensión más alta se la daba un narco. Le daba dos mil al mes.

–¿No es suficiente? –preguntó Amadeo.

Urrunaga reaccionó, moviendo ligeramente la cabeza.

–Hablaste con Pérez de la cifra.

–No.

–Diría que veinticinco sería un precio razonable para proteger a dos personas. Sobre todo, porque tú tienes en contra a toda la banda de los rapados que ha jurado matarte.

–Ningún problema.

–El dinero no es para mí solo, como comprenderás, tendré que repartirlo muy bien –Urrunaga miró el calendario que tenía encima de su escritorio–. Estamos dieciocho, tendrás plazo para pagarme hasta el treinta, hasta el treinta de cada mes. Tú me dices dónde debo recogerlo y yo mandaré de inmediato a una persona. Si necesitas llamar por teléfono me avisas con Pérez, te trae a mi oficina y asunto arreglado. ¿Estás de acuerdo?

–Sí, de acuerdo.

Urrunaga le dio la mano y esta vez Amadeo se la estrechó sellando así el pacto entre caballeros.

–Está demás decirte que no lo debes comentar con nadie. Ni con el sargento Pérez, que seguramente querrá enterarse, ni con nadie. Quiero que nuestras relaciones se mantengan siempre en perfecta armonía. Desde este momento estás bajo mi protección… Domingo también. Si quieres, más adelante, con un pequeño recargo, puedes pedirme mujeres, televisión, whisky y lo que te apetezca de comer. En los próximos días te daremos una celda más cómoda, más amplia, más

iluminada. Nuestra suite.

–Pensé que todo eso estaba incluido en el paquete.

Urrunaga sonrió y se puso de pie.

–Ya veremos.

Pérez que lo esperaba afuera para llevarlo a su celda estaba curioso por saber el resultado.

–¿Cómo te fue? –susurró casi sin mover los labios.

–Muy bien.

–Seguro que me llama dentro de un rato para decirme que estás bajo su protección.

–Ven a mi celda esta noche. Ya tengo el plan. Tenemos que actuar rápido.

–Yo también tengo uno.

–Los confrontamos esta noche.

13

Esa tarde en el patio, Tomás se le acercó a Amadeo para acompañarlo en su recorrido.

–Hablaste con Urrunaga.

–Sí.

–¿Cuánto le ofreciste?

–Veinticinco mil al mes.

Tomás no pudo contener una sonrisa.

–Con la cuarta parte, podrías ser el rey –Tomás recobró su seriedad–. Amadeo, me he enterado que han contratado a un profesional para eliminarte. Le han pagado una fortuna.

–¿Quién es?

–Todavía no lo sabemos. Ni Urrunaga ni Pérez tienen que ver con esto. Es alguien de afuera que quiere callarte para siempre. Seguramente son los verdaderos asesinos los que se están moviendo. Esto prueba tu inocencia.

–Esta noche me escapo. ¿Querrá acompañarme Marcos?

–Hey, muchacho, qué carajo dices.

Tomás se descompuso.

–Lo que has oído. Ya sé dónde se encuentra tu hermano.

–Te matarán. De acá nadie se ha escapado nunca.

–Esta tarde hay visitas. Pregúntale si quiere acompañarme. Yo no puedo ir porque nadie vendrá a verme.

Tomás no sabía qué decir. Él también estaba interesado en el asunto.

–Te puedo acompañar yo también.

–No, quiero ayudar a Marcos. Somos amigos, y él es inocente.

–Podemos ir los tres.

–No, o Marcos o ninguno.

Tomás asintió.

–Domingo también nos acompañará.

–El cocinero también es inocente… Comprendo. Te aviso más tarde.

–Cómo.

–Terminadas las visitas, si Marcos acepta, tocaré dos veces tu puerta: Toc, toc. Si no quiere pasaré de largo. Ningún toque –Tomás hizo una pausa–. Si salen bien las cosas estaré en deuda contigo para toda la vida. Si salen mal, y algo le pasa a Marcos, te mataremos. Donde estés, te buscaremos y te mataremos.

Amadeo asintió.

–¿Qué tiene que hacer?

–Nada. Yo iré a buscarlo a su celda.

Tomás cruzó en diagonal y se reunió con su banda. Se sentía eufórico. Al menos su hermano tenía la esperanza de no pudrirse en la cárcel. Él no había hecho nada para merecerlo.

Esa noche Domingo se encontraba muy nervioso. Caminaba de un lado para otro como un león enjaulado. Le había entrado miedo de que la empresa fracasara y muriera en el intento.

–Tranquilízate, Domingo –dijo Amadeo–. Si te quedas, morirás de todas maneras. Al menos conmigo tienes una probabilidad de escapar y ser libre.

–¿Una probabilidad entre cuántas? Y todavía tendremos que ir por ese muchacho al otro pabellón.

–Sí, Tomás lo ha confirmado. No le podemos fallar.

–No tiene sentido. Yo no sé pelear, ni escalar y corriendo soy una tortuga. Nos atraparán por mi culpa. Es mejor que te vayas solo. Al menos, si me quedo, viviré unos cuantos días más.

–Como prostituta. No seas cobarde, Domingo, mejor repasemos el plan. Ya debe estar por llegar Pérez…

–El plan –repitió Domingo, meneando la cabeza en un gesto desaprobación.

–No bien entre Pérez a la celda, lo dejo fuera de combate.

–En silencio, por favor –Domingo tenía la respiración

agitada y comenzaba a transpirar.

–Tú no te preocupes de eso… Luego te pones su uniforme. A los dos que están esperando afuera, les tocamos la puerta como hace Pérez para que le abran. Yo estaré ahí para encargarme de ellos. Los metemos a la celda y les sacamos los uniformes. Yo me pongo uno y el otro se lo llevamos a Marcos. Los amarramos con las tiras que hemos hecho, y salimos con las llaves hasta la puerta del corredor dos, que da para la oficina de Urrunaga. A esa hora no hay nadie. De ahí sacamos la llave de la celda de Marcos. Ahí están todas las copias y el mapa general de la cárcel. Yo me lo he memorizado, pero le damos una ojeada por si acaso. En el otro pabellón hay ocho vigilantes, que están uno a cada extremo. Nos verán llegar, seguro que se acercarán para hacernos preguntas y yo los iré dejando fuera de combate uno por uno sin problemas. Después iremos por Marcos, y le daremos su uniforme.

–Y de ahí tendremos que atravesar el patio, entonces los vigilantes de las torres nos dispararán y moriremos.

–No, tú y Marcos me esperarán en la puerta que da al patio. Yo subiré hasta las torres, tengo las llaves, y dejaré durmiendo a los guardias. Después regresaré, saldremos tranquilamente y nos iremos en el Chevrolet de Pérez.

–Por si no lo sabes, las torres no están unidas. Si duermes a uno tendrás que bajar para subir a la otra torre. Mientras llegas, el otro vigilante se dará cuenta de que su compañero no está y dará la alarma. Fin de la historia.

Amadeo reflexionó por unos segundos.

–Entonces, yo me ocuparé de uno y tú del otro. Lo haremos contemporáneamente. Tú irás armado. Le dirás que bote el arma y esperarás a que yo llegue para amarrarlo.

–Yo no lo podré hacer, Amadeo. Lo siento, pero no lo haré.

–Si tú no lo haces…

–¿Por qué no le dices a Marcos?

–Marcos es incapaz de matar una mosca. Tú tienes los galones de sargento, eres grande, impones respeto. No hay otra alternativa, Domingo.

–Y después, suponiendo que todo salga bien, ¿adónde iremos? ¿Tienes contactos afuera que te están esperando? ¿Conoces a alguien que nos pueda esconder? Necesitamos pasaportes falsos y dinero. Sin un centavo ¿qué haremos? No bien se despierten saldrá a buscarnos toda la policía.

–Hasta que se despierten y den la alarma pasará fácil una media hora. Pero si los encerramos en alguna celda, no se darán cuenta hasta mañana. Con lo que nos daría tiempo de cruzar la

frontera esta noche. Iremos a Franstuir.

–Tendríamos que encerrarlos en una celda vacía, si los metemos con otros presos, los matarán y harán un alboroto por querer escapar.

–En el mapa de celdas las encontraremos… ¿Tranquilo, entonces? ¿Todo listo?

–Tranquilo, para nada. Todo listo, si se puede llamar todo listo a un plan hecho a último minuto…

–Vamos, no seas pesimista. Lo lograremos.

Amadeo recordó las palabras de Fabiola.

–Hagamos una oración.

–Es lo más sensato que has dicho hasta ahora.

–Señor, ayúdanos, por favor. Si soy inocente, haz que todo salga bien. Si soy culpable haz que puedan escapar Domingo y Marcos. Amén.

–Amén. ¿Qué haremos afuera?

–Si los metemos a la celda trataremos de cruzar la frontera. Dejaremos el Chevrolet escondido y atravesaremos las montañas a pie.

Pasada media hora comenzaron a impacientarse porque Pérez no llegaba. Siguieron mientras tanto perfeccionando el plan. Así pasaron dos horas más. La adrenalina fue disminuyendo, la tensión nerviosa comenzó a bajar y Domingo se sintió cansado y con sueño.

–Ya no viene, Amadeo. Yo me voy a dormir –bostezó–. Mañana será otro día.

–Espera media hora más.

Domingo meneó la cabeza y se recostó en su cama. En ese momento la puerta comenzó a abrirse lentamente hasta quedar abierta de par en par, pero no había nadie del otro lado.

Domingo se sentó esperando lo peor. Los rapados podrían entrar, quizá armados, comenzó a sudar frío nuevamente. Amadeo por su parte se cuadró a un metro de la entrada y se dispuso a luchar hasta la muerte. Después de un par de minutos, al ver que nadie entraba, se fue asomando poco a poco por el umbral.

–No hay nadie.

–Es una trampa, Amadeo.

Amadeo salió completamente y vio que la puerta por donde pensaban escapar, aquella que daba al corredor de la oficina de Urrunaga, también estaba abierta.

–Vamos, Domingo. Si te quedas, igual te matarán. Seguro que ha sido Pérez. Nos debe estar esperando. Sigamos el camino que nos ha dejado.

Domingo cerró los ojos y se persignó, luego activó sus cinco sentidos a la máxima potencia, y fue tras los pasos de Amadeo que lo

esperaba en la segunda puerta.

–Sigamos el plan. Vamos a la oficina de Urrunaga por las llaves.

No bien terminó de hablar, Amadeo estaba abriendo la puerta. Domingo le dio el alcance y entraron los dos. Encontraron a Pérez y a un guardia durmiendo. Pérez sentado en el sillón de Urrunaga y el guardia en el suelo. Dormían profundamente y para colmo, roncaban.

Amadeo cogió las llaves que estaban encima del escritorio. Domingo se había quedado a un paso de la puerta.

–Hay que desvestirlos –dijo Amadeo en voz bajísima.

Domingo meneó la cabeza.

–Si se despiertan yo los vuelvo a dormir.

Domingo cerró los ojos. Su rostro estaba empapado en sudor.

–Domingo, rápido.

Domingo comenzó a desabotonarle la camisa a Pérez. Amadeo tenía el puño apuntando a su cara. Cuando iba por el cuarto botón, el sargento no daba señas de despertarse. Amadeo lo remeció y su cabeza terminó colgando para el otro lado.

–Está dopado, Amadeo.

Amadeo movió con el pie al cabo que estaba en el suelo. Su cuerpo quedó extendido con los brazos abiertos como un muñeco de trapo.

–Sí. Al parecer otros también se están fugando.

–Conocían nuestras intenciones, y nos han abierto la puerta –dijo Domingo mientras terminaba de sacarle la camisa al sargento.

Amadeo comenzó a desvestir al cabo.

–Falta un uniforme para Marcos.

–Qué raro que no nos hayan avisado.

Terminaron de cambiarse.

–Están privados. Los deben haber drogado. Ya no necesitamos encerrarlos –dijo Domingo–. Estos no se despiertan hasta pasado mañana.

–Hay que apurarnos, entonces. Los que se han escapado nos deben estar esperando.

–Pero si nos ven llegar con los uniformes, nos pueden disparar.

–Es cierto. Pero con nuestras ropas de presos no llegamos ni a la esquina.

–Si los vemos, decimos con las manos en alto: somos Amadeo y Domingo disfrazados. Los que nos abrieron la puerta saben que somos nosotros.

–Okay, vamos por Marcos.

Salieron mirando a todas partes. Llegaron a la tercera puerta del corredor y encontraron a otros cuatro guardias tendidos en el suelo a diez metros de distancia el uno del otro. Al más bajo le quitaron el uniforme. Siguieron hasta la puerta del pabellón donde se encontraba Marcos. A dos metros se toparon con los cuerpos de otro vigilante y conforme iban avanzando por los corredores iban encontrando otros cuerpos tirados en el piso. Al cabo de diez minutos llegaron por fin a la celda de Marcos.

Amadeo entró y Domingo se quedó vigilando en la entrada. Marcos estaba sentado en el borde de su cama. Su compañero estaba profundamente dormido.

–Hola, Amadeo.

–Hola, Marcos. Ponte este uniforme. Nos vamos.

–No puedo.

–¿Por qué?

–Nos atraparán, Amadeo. Yo por buena conducta me reducirán la pena a diez años. Si me escapo me atraparán de nuevo y aquí me pudriré.

Amadeo se sentó a su lado y le puso la mano en la espalda.

–Los expresidiarios no tienen ningún futuro. Nos iremos del país, Marcos. No tengas miedo. Ponte este uniforme, por favor.

Marcos dio un respiro profundo y empezó a cambiarse.

–¿Cómo has llegado hasta acá? –susurró.

–Al parecer alguien se está escapando junto con nosotros. Alguien que ha dopado a los guardias.

–¿Dopado?

–Están tirados por toda la cárcel. Les deben haber metido algo en la comida. Por eso apúrate que nos deben estar esperando.

Marcos terminó de cambiarse y salieron con dirección al patio.

Desde el interior divisaron las torres y los reflectores que giraban sincronizadamente para permitir la iluminación de cada rincón del patio posterior, el único camino que conducía a la puerta de salida.

–No se les ve –dijo Amadeo.

–¿No los habrán dormido también? –preguntó Domingo.

–Voy a ver.

Amadeo salió a toda velocidad y subió las escaleras como un rayo. En el corredor, donde el vigilante debía efectuar su recorrido, no estaba. Tenía que estar dentro de la torre. Se puso en guardia y abrió la puerta, poniéndose a un costado por si lo recibía disparando. Como lo esperaba, el guardia dormía profundamente sentado en un banco

con el fusil recostado en una pierna.

Desde ahí se podía ver la otra torre, pero como no había nadie en el corredor supuso que el otro vigilante estaría también dormido. Bajó las escaleras de dos en dos, saltó los últimos cinco escalones y se reunió con sus amigos.

–Todo en orden. Vamos.

Amadeo fue el primero en atravesar el patio y el primero en llegar a la puerta que daba a la calle. La abrió y salió. No había nadie en las inmediaciones. Eran las dos de la mañana.

–Allá está el Chevrolet de Pérez –dijo señalándolo–. Vamos.

–¡Espera! –dijo Marcos–. Mira allá.

Como a trescientos metros, les estaban haciendo señales de luz desde un auto.

–Son ellos los que nos ayudaron –exclamó Domingo.

–Vamos –dijo Amadeo.

Cuando llegaron Marcos exclamó:

–¡Sardo!

–Hola, Marcos. Debemos apurarnos. No hay tiempo que perder. Tomás te manda este auto, y en este sobre hay dinero y documentos para ti y tus amigos. En la mochila hay ropa para los tres.

–Sardo es un amigo del barrio –dijo Marcos a sus compañeros de fuga.

Amadeo y Domingo le dieron la mano, agradeciéndole.

–¿Tomás se escapó también? –preguntó Marcos.

–No que yo sepa. ¡Escucha bien! Pasando la frontera, cuando estés en Franstuir, llámame a este número. Memorízalo, después rómpelo y bótalo a la basura.

–¿Cómo hicieron para dormir a los guardias? –preguntó Amadeo.

Sardo frunció el ceño.

–No sé de qué me hablas, chico. ¿Quién conduce?

–Yo –respondió Amadeo.

–La frontera está a cuatrocientos kilómetros, en tres horas estás ahí. ¡Vamos! Ahora o nunca.

Los tres fugitivos subieron al Chevrolet blanco. Sardo dio dos palmadas en el techo del auto como acicateando un caballo para hacerlo partir. Se subió a una camioneta que lo esperaba con el motor encendido. Esperó que Amadeo arrancara, cuando lo vio alejarse tomaron la dirección opuesta.

Se cambiaron de ropa en un lugar apartado de la carretera. Enterraron los uniformes de los guardias para no dejar ninguna pista de su paradero. Cada uno agarró sus documentos y Marcos quiso que se repartieran el dinero en partes iguales, eran diez mil dólares.

A las cuatro y cincuenta de la mañana llegaron a la frontera. El policía encargado les pidió sus documentos.

–¿Motivo del viaje? –preguntó mientras confrontaba las fotos con la cara de los tres.

–Trabajo. Somos maestros albañiles. Hemos leído que están buscando personal experto para la construcción del estadio de los Búfalos –dijo Amadeo siguiendo las indicaciones que les había dejado Sardo junto con el dinero.

El policía entusiasmado con la noticia les devolvió los pasaportes.

–Un estadio para los Búfalos. Qué bien, qué bien. Los Búfalos es el mejor equipo de Franstuir. A trabajar duro, muchachos.

Una hora después se detuvieron en un hotel a la entrada de la ciudad para descansar unas horas. Marcos llamó a Sardo como habían quedado.

–Pasamos la frontera, *brother*. Estamos a salvo. Todo salió bien. Muchas gracias.

–Bien, bien, bien, Marcos. ¿Botaste el papel?

–Sí.

–¿Te lo sabes de memoria?

–Sí.

–Hoy día iré a la prisión a visitar a Tomás para darle la buena noticia.

–Gracias, Sardo. Salúdalo y agradécele de parte de los tres.

–Marcos, no te metas en problemas. Si te chapan ahí, no podremos hacer nada por ti.

–Yo nunca me he metido en problemas, Sardo.

–Es verdad. El maleado es tu hermano. De todas maneras te lo digo para que no te vayas a torcer.

–¿Es verdad lo de la construcción del estadio?

–Sí, hace dos días lo leí. De repente puedes conseguir trabajo ahí. Pagan bien en Franstuir.

–No es mala idea.

–Llámame si tienes problemas. Oye… ¿cómo se escaparon?

–Alguien durmió a los guardias, pero no sabemos quién. Pensamos que había sido Tomás o la banda.

–No, nosotros no tenemos nada que ver. Yo te estaba esperando porque Tomás me lo pidió. Estábamos ahí para apoyarte por si acaso necesitaras refuerzos.

–Alguien nos ayudó. Todos los guardias estaban drogados.

–Seguro que fue la gente de tu amigo el millonario.

–Puede ser.

–Chao, Marcos. Cuídate y consíguete un trabajo honrado.

–Chao, *brother*. Cuídate tú también.

Al día siguiente siguieron el viaje hasta la capital y ahí se separaron cada uno por su lado para que fuera más difícil dar con su paradero. Se prometieron mantenerse en contacto y reunirse cada vez que pudieran para evaluar la situación.

Cuando Urrunaga y los vigilantes del turno de la mañana llegaron a la prisión, se dieron con la sorpresa de que todos los guardias dormían a pierna suelta. Los despertaron a punta de baldes de agua. Nadie se acordaba ni podía explicarse lo que había sucedido.

Aparentemente todo estaba en orden hasta que los guardias del turno de la mañana informaron a Urrunaga de la fuga de Amadeo, Domingo y Marcos.

Todo hacía suponer que los vigilantes habían sido narcotizados. Urrunaga pensó inmediatamente en Amadeo. Con todo el dinero que tenía, había podido contratar a un grupo especializado para hacer el trabajo. Eso es lo que declararía a la prensa.

Su pez gordo se había escapado y con él sus sueños de grandeza. Su hoja de servicios había quedado manchada. Lo único que lo consolaba era que no se había tratado de una fuga masiva. Tranquilamente se habían podido escapar todos los presos. Pero eso probaba que fue el equipo de Amadeo el artífice de la fuga. Se había escapado él, Domingo, su compañero de celda, al que ya había defendido, y Marcos, su ex compañero en el reformatorio.

Tomás, que no había podido conciliar el sueño durante toda la noche, se enteró por un guardia que su hermano junto con Amadeo y Domingo se habían escapado. Fue uno de los días más felices de su vida. A la hora de las visitas, Sardo le informó que habían cruzado la frontera sin problemas. Fue la primera vez en su vida que Tomás derramó unas lágrimas.

A la semana siguiente, la noticia de la fuga seguía llenando los titulares de todos los medios de comunicación. Los resultados de los análisis de sangre que les habían hecho a los guardias, eran negativos. Ninguna traza de narcóticos. Se barajaban las hipótesis de que habían sido hipnotizados, de que habían bebido alguna hierba de la selva, Pero la teoría que prevalecía era la que Urrunaga había declarado a la policía y a la prensa: “Un escuadrón especializado, solventado por Amadeo Rossi era el artífice de la misteriosa fuga”.

El presidente de la República, Esteban Obregón, comentaba lo ocurrido en su despacho con los senadores Eugenio Carrasco y Ricardo Fuentes Garrido.

–Se escapó –dijo el presidente–. Lo debimos haber eliminado antes, como yo dije. Ahora sí que estamos en graves problemas.

–Ya estaba todo preparado –dijo Carrasco–. Su muerte

estaba programada para mañana. Alguien se debe haber enterado y lo ha ayudado a escapar.

–Pero ¿quién? –preguntó Fuentes Garrido, paseándose por la oficina.

–Quizá fue el Profeta –respondió Carrasco.

–Por la forma que lo hizo tiene que haber sido ayudado por gente especializada, y para contratar una escuadra de ese tipo se necesita mucho dinero. No tengo dudas que han sido los del partido Nacional los financiadores –el presidente tiró un puñete en el escritorio–. Tenemos que encontrarlo. Tienen que haber dejado alguna pista.

–Nuestro topo, el que tenemos infiltrado en el partido Nacional, nos ha dicho que ellos están tan sorprendidos como nosotros –dijo Carrasco.

–No irá muy lejos, Esteban –añadió Fuentes Garrido, tratando de calmarlo–. Tenemos a la policía entera y a nuestros mejores hombres buscándolo. Es cuestión de tiempo.

–Yo pienso que no tenemos que preocuparnos demasiado. No hay forma de que nos relacionen con el crimen –dijo Carrasco–. El juez lo condenó a cadena perpetua. La opinión pública y hasta sus mejores amigos lo consideran un psicópata asesino. Además, no ha recuperado la memoria. Hasta él mismo duda de su inocencia. Ha sido un trabajo hecho a la perfección. No hay pruebas, los que lo mataron están bajo tierra. Repito, no hay por qué preocuparse tanto. Además, hemos ordenado matarlo donde lo encuentren.

–Por lo visto hay otros que no lo piensan como tú, y si lo han ayudado a escapar, sus motivos tendrán –refutó el presidente–. Lo deben tener escondido en algún lugar. Tenemos que averiguar dónde está cuanto antes. Podría recuperar la memoria. Y si los del partido Nacional están detrás de todo esto, estamos jodidos.

–Lo atraparemos –dijo Carrasco–, pierde cuidado. Hemos ofrecido una jugosa recompensa por su cabeza.

14

Amadeo comenzó a buscar empleo bajo el nombre de Carlos Brusneo, su nueva identidad. Se había dejado crecer los bigotes y la barba. Y el tiempo vivido en reclusión le habían endurecido sus facciones respecto a las fotos de adolescente que circulaban de él.

No escribía todo lo que sabía en un solo currículum, sino lo concerniente a las necesidades de cada empresa a la que postulaba. No quería despertar sospechas, ya que la prensa a nivel mundial había dado a conocer sus múltiples conocimientos, aptitudes y su excepcional bagaje cultural que lo hacían único en su género.

A la semana, lo llamaron de diferentes compañías. Él eligió la Presthold Company, una empresa líder en el mercado, dedicada a la creación de programas de administración, contabilidad y gestión del personal. También se ocupaba de consultoría y asesoramiento de bancos, financieras, compañías exportadoras, mineras y sociedades de gran envergadura.

Amadeo empezó como practicante en el departamento de Investigación y Desarrollo. Prefirió mantener un perfil bajo haciendo sólo lo necesario para superar el período de prueba y obtener su contratación definitiva.

Si hubiera podido desarrollar las ideas que tenía para

mejorar los actuales programas de la empresa, lo hubieran ascendido al día siguiente. Los había estudiado y los encontraba obsoletos y con muchas fallas estructurales. Sin embargo, prefirió callar para dar tiempo a que la gente que lo perseguía se olvidara de él.

Mientras tanto, la crisis económica causada por la disminución del consumo mundial por efecto de las prédicas minimalistas del Profeta, afectó también a la Persthold. La dirección, como medida de emergencia, tuvo que reducir el personal.

A los tres meses de haber empezado a trabajar, Nicolás Bardales, el jefe de personal, comunicó a Amadeo que estaba licenciado, que tenía que recoger sus cosas y abandonar la oficina.

Amadeo, para evitar que lo despidieran, decidió revelar su proyecto de inmediato. Pero pensó enseñárselo directamente al presidente de la empresa, el ingeniero Johan Henderson, para evitar que otros se adueñaran de su idea.

Sin perder tiempo y sin comunicarle sus intenciones a Nicolás Bardales, entró en el ascensor y en vez de se dirigió al último piso donde estaba su oficina.

–Buenos días, soy Carlos Brusneo, quisiera hablar con el ingeniero Henderson.

–¿Tienes cita? –preguntó su secretaria con un gesto de extrañeza.

–No.

–El ingeniero no atiende a nadie si no tiene cita. ¿Tú trabajas acá?

–Trabajaba en el departamento de Investigación y Desarrollo.

–¿Qué cargo tenías?

–Practicante.

–Cualquier cosa que quieras decirle al ingeniero puedes hacerlo a través de tu ex jefe. En tu caso –la secretaria abrió un cajón y sacó una hoja–, tienes que hablar con el ingeniero Lamas.

En ese momento entró a la oficina Nicolás Bardales.

–Buenos días, Nani. Tengo una cita con el ingeniero.

–Hola, Nico, el ingeniero está todavía con una persona.

Nicolás Bardales notó la presencia de Amadeo.

–¿Tú qué haces acá?

–Quiere hablar con el ingeniero –respondió la secretaria.

Nicolás Bardales frunció el ceño con una sonrisa burlona.

–No es posible que un practicante hable con el presidente, además, te acabo de despedir.

Nani abrió los ojos.

–Quiero mostrarle un proyecto –replicó Amadeo, palmeando

su maletín.

–Déjaselo a su secretaria.

–Sí, déjamelo a mí. Yo se lo doy más tarde. Si le interesa, te llamará.

–Tengo que explicárselo personalmente.

La puerta del despacho se abrió y salió el ingeniero Henderson con Glenda Moore, su agente inmobiliario. La acompañó hasta el corredor y la despidió con un beso.

–¿Qué sucede? –preguntó curioso, porque había escuchado decir a Amadeo: "tengo que explicárselo personalmente."

–Ingeniero Henderson, tengo un proyecto que salvará a su empresa de la bancarrota.

El ingeniero con una sonrisa de sorpresa, miró a su secretaria y a Bardales para saber rápidamente su opinión.

–Déjalo, y el ingeniero lo verá cuando tenga tiempo –repitió la secretaria.

–¿De qué se trata? –preguntó el ingeniero acercándose a ellos.

–De un nuevo programa.

–¿De qué tipo?

–Inversiones a corto plazo, ligados a los algoritmos de la bolsa, empleo y desocupación mundial, y un programa contable inteligente utilizando solamente la voz.

–Pasa –dijo el ingeniero moviendo la palma de su mano–. Nicolás, disculpa, te espero en la tarde.

El ingeniero hizo pasar a Amadeo y cerró la puerta.

A las dos de la tarde, Amadeo seguía adentro. Entraban y salían de la oficina programadores, ingenieros de sistemas y auditores. Nicolás Bardales tuvo que regresar al día siguiente porque la reunión terminó a las once de la noche. Amadeo salió de la oficina como jefe del proyecto con un sueldo de cuatro ceros.

Seis meses después, sus innovadores programas ocupaban el primer lugar en ventas en todo el país y comenzaban a incursionar con éxito en el mercado internacional. La Presthold recuperó su liderazgo, superando ampliamente las expectativas de Henderson y asociados.

Al cabo de un año, Johan Henderson, premiando su extraordinaria creatividad y visión del mercado y de los factores Amadeo fue nombrado socio y administrador general de la compañía. Sin embargo, nunca miró por encima del hombro a nadie, al contrario, su trato con los empleados se mantuvo siempre en línea horizontal. Se aflojaba el nudo de la corbata, se remangaba las mangas y trabajaba junto a ellos formando un democrático equipo, en un clima de cordialidad y armonía. Se interesaba en sus problemas personales y

reconocía sus méritos y esfuerzos con incentivos y premios que iban desde aumento de sueldos hasta promociones.

Se ganó rápidamente el aprecio y reconocimiento de todos. Así evitó que las envidias originadas por su cargo y sus apabullantes logros se convirtieran en rencores que pudieran derivar en una investigación de su pasado.

15

Durante sus primeras vacaciones decidió regresar a Ravenia. Pensaba siempre en Fabiola y especialmente en Ángela. A pesar de que la imagen de su rostro había desaparecido por completo de su mente, el recuerdo del día que estuvo con ella, era imborrable en cada detalle. El amor que sentía por ella permanecía intacto, aunque guardaba pocas esperanzas de que pudiera ser correspondido. Aún así, no veía las horas de verla de nuevo.

Tenía planeado llevarles dinero en efectivo. Hubiera querido enviárselo antes, pero no tenía a nadie en quien confiar. Sabía que estaban vigiladas, con sus teléfonos intervenidos, y sus cuentas bancarias controladas.

Fabiola había sido la única persona que lo había ido a visitar religiosamente todas las semanas hasta que se escapó. Constituía una pieza clave para su recaptura. La policía sabía el cariño que se tenían y esperaba pacientemente que Amadeo regresara o se contactara con ella. Tarde o temprano lo haría. Era un peligro constante para los verdaderos asesinos, por lo que no habían dejado de vigilarla pese al tiempo transcurrido.

Amadeo seguía muy de cerca la situación del país y consideró que era el momento propicio para volver. Habían pasado

tres años desde el día que asesinaron a su abuelo y uno desde que se escapó. La prensa y los medios de comunicación ya no se ocupaban de su caso desde hacía tiempo. Estaban enfrascados en cubrir cada detalle de las próximas elecciones presidenciales, nunca antes tan reñidas. Esteban Obregón, el actual presidente y Juan Carlos León, candidato y líder del partido Nacional, disputaban cabeza a cabeza el primer lugar en las encuestas.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Ravenia a las dos de la mañana. Amadeo se hospedó en el Hollywood, un modesto hotel cerca de la casa de Fabiola. Un barrio pobre que le garantizaba no encontrarse con algún conocido. De todos modos, para evitar sorpresas, había cambiado su aspecto. Además de haberse dejado crecer los bigotes y la barba, se ponía la ropa de un modesto obrero, gorra negra y gafas oscuras cuando salía a la calle.

Después de tomar desayuno, se dirigió a un negocio de motos y alquiló un scooter. Compró una caja térmica porta pizzas, un casco y un chaleco a rayas fosforescente. Luego, en otros negocios, compró cinta adhesiva, dos cajas para *pizzas* y regresó al hotel antes del mediodía.

En su habitación, llenó las cajas con fajos de billetes de cien dólares. En cada caja metió sesenta mil y en una de ellas dejó un papel escrito “Para Ángela”. Después de almorzar se dedicó en su portátil a revisar documentos del trabajo. A las siete y media de la noche se puso el chaleco y bajó al estacionamiento del hotel. Colocó la caja térmica, conteniendo las cajas de pizzas con el dinero, en la parte posterior del scooter, se puso el casco con la luna que le cubría la cara y se dirigió a la casa de Fabiola esperando que su disfraz lo protegiera.

Si ya no vivían ahí, diría al que le abriera la puerta que se había equivocado de dirección.

Durante el trayecto trató en vano de recordar el rostro de Ángela cancelado por el tiempo. Sabía que era muy bella, de eso no tenía la menor duda. Su preocupación era que estuviera enamorada de otro. Era lo más probable. Ellos habían estado juntos apenas unas horas. No lo había ido a visitar nunca, ninguna carta, ninguna foto, a pesar de que se lo había pedido. Además él era un prófugo. Un asesino. Quizás ni siquiera iba a querer hablar con él, ni siquiera lo iba a recibir.

A pocas cuadras de la casa, dejó de atormentarse y se concentró en llevar a cabo su misión. Después de comprobar que no había sospechosos en los alrededores, se detuvo a la altura de la casa de Fabiola, sacó las cajas de pizzas y antes de tocar el timbre, fingiendo estar buscando el número cívico, echó un vistazo por la ventana.

En el sofá, de espaldas a él, estaban Ángela y Pepe, jugando con un niño de más o menos dos años. La sangre se le congeló. Pepe tenía un avión de plástico en la mano que lo hacía volar. Cuando el niño trataba de agarrarlo, Pepe lo elevaba y lo ponía fuera de su alcance. Ángela lo recriminaba porque lo estaba haciendo perder la paciencia.

Para Amadeo fue evidente que la había perdido para siempre. Estuvo a punto de subirse a la moto y regresar por donde había venido, pero no lo hizo porque tenía que dejarles el dinero. Dio un respiro profundo, apretó las mandíbulas y tocó el timbre.

Pese a todo, esperaba que Ángela abriera. Le bastaba verla un instante para marcharse en relativa paz. Su disfraz no permitiría que lo reconociera y la oscuridad de la noche terminaría de camuflarlo, pero para asegurarse, adoptó una postura encorvada y había ensayado una voz nasal, gangosa, imitando al conserje que le traía el café en las mañanas.

Pepe abrió la puerta, pero no pudo atenderlo de inmediato por los gritos de Paolo.

–¡Pepe! dale el avión, por favor –exclamó Ángela.

Pepe se dio cuenta que había ido abrir con el avión en la mano, así que regresó a dárselo. Luego volvió para atender a Amadeo.

–Mi hijo está de mal humor. Disculpa.

–No hay problema –respondió Amadeo, levantando las *pizzas*.

–¿Son para nosotros? –preguntó Pepe arrugando la frente–. Ángela ¿tú has pedido pizzas? –dijo volviendo la cara al interior de la casa.

–No. Seguro que las manda mi mamá.

–¿Cuánto es?

–Están pagadas.

Pepe las recibió.

–Pero qué pizzas tan pesadas.

–Son la especialidad de la casa –Amadeo dejó de fingir la voz–. Pasta rellena con doble *mozzarella*.

A Ángela se le puso la piel de gallina cuando lo escuchó. Se levantó del sofá como impulsada por un resorte, pero en su afán de llegar a la puerta lo más rápido posible, se tropezó con Paolo. El niño cayó de espaldas, se golpeó la cabeza y comenzó a chillar con todas sus fuerzas.

–Gracias –dijo Pepe, cerrando la puerta.

Amadeo puso en marcha el motor y se marchó.

–¡Es Amadeo! ¡Es Amadeo! –exclamó Ángela mientras le sobaba la cabeza a Paolo, tratando que se calmara.

–¿Quién? –murmuró Pepe, frunciendo el entrecejo.

–¡Quédate con Paolo!

Ángela abrió la puerta dejando a Pepe y a su hijo llorando y salió corriendo detrás de la moto. Gritó dos veces su nombre, pero Amadeo no la escuchó y se fue alejando hasta que se perdió de vista cuando dobló en la avenida.

–Le han dejado pizzas –comentó Torres desde la ventana mientras ajustaba los prismáticos.

–Lo hacen siempre.

–Espera, espera. La chica ha salido corriendo detrás de la moto.

–¿Qué moto?

–La del repartidor.

–Se habrá quedado con el vuelto.

–No creo que un repartidor pierda su trabajo por un vuelto.

–Siempre están apurados y corriendo como locos. A mí una vez el chico que me dejó las pizzas se olvidó de cobrarme. Mi mujer llamó y tuvo que regresar. Era su primer día de trabajo. También puede ser que se haya olvidado de sellarle la tarjeta. Por cada diez pizzas regalan una.

Amadeo se detuvo en el semáforo y vio a Fabiola que estaba regresando a su casa. Ella se volvió hacia él atraída por su mirada y no le quitó la vista hasta que partió cuando la luz cambió.

Ángela la vio que venía a lo lejos y corrió a darle el encuentro.

–¡Mamá, mamá, creo que Amadeo ha venido! –exclamó con la respiración agitada.

Fabiola asintió moviendo la cabeza repetidamente con el pensamiento en el motociclista.

–El repartidor de pizzas.

–¡Sí!

–Lo vi en el semáforo.

–¿Por qué no lo llamaste?

–Porque no estaba segura que era él. Tenía el casco que le cubría la cara.

–¿Por qué creíste que era él, entonces?

–Se quedó mirándome. A través de la luna me pareció ver sus ojos, su mirada. Era su mirada. Su físico. No lo sé exactamente, lo cierto es que en ese momento pensé que era él. Te lo iba a comentar cuando llegara –Fabiola arrugó la frente–. ¿Estuvo en la casa?

–Sí, pero yo no lo vi. Pepe le abrió y le dejó dos pizzas.

–¿Y cómo supiste que era él?

–Por su voz.

Pepe, desde la ventana, las vio llegar y salió a recibirlas con Paolo que ya había dejado de llorar y lo tenía en brazos.

–¿Era él? –preguntó Pepe.

–No lo sé… Era su voz.

–Hay voces que se parecen mucho.

–Mi mamá también cree que era él.

Entraron los cuatro y cerraron la puerta.

–¿Esas son las pizzas que trajo? –preguntó Fabiola mientras dejaba su bolso en una silla.

–Sí. Tú no las has pedido ¿verdad?

–No, hija, no.

Se fueron acercando a la mesa con cierto temor. Las cajas estaban cerradas con cinta adhesiva. Las pizzas no se cierran con cinta adhesiva. Las tuvieron que abrir con las tijeras.

–¡Dios mío! –exclamó Fabiola tocándose las mejillas.

–Mierda –exclamó Pepe, tocándose la frente.

–¡Pepe! ¡Nada de palabrotas en la casa!

–Disculpa, Fabiola, pero es que debe haber miles de dólares…

–¡Mamá! –lo interrumpió Ángela, desesperada–. Amadeo ha creído que Pepe es mi marido y que Paolo es nuestro hijo. Si yo hubiera abierto la puerta le hubiera podido hablar, pero es que Pepe estaba fastidiando a Paolo justo cuando llegó –Ángela se sentó en el sillón cercano a la puerta–. Estoy segura que nos vio por la ventana… Pepe le dijo que era su hijo… Aaaaahhh –exclamó, desahogándose–. Mamá, hay que buscarlo, por favor. Tengo que verlo. Tengo que hablarle.

–Cómo, hija. No tenemos idea dónde está. Por dónde se fue. ¿Dónde lo vamos a buscar?

Ángela se llevó las manos al rostro y rompió en llanto.

Pepe, que no soportaba verla así, sacó las llaves de su bolsillo haciéndolas tintinear.

–Vamos a buscarlo. Yo te llevo... Fabiola tú guarda el dinero en un sitio seguro. Se me ocurre quitar una loseta y hacer un hueco.

–Este dinero irá a manos de los pobres.

Pepe se quedó con la boca abierta.

–Fabiola, tú eres pobre... somos pobres. Piensa en tu nieto.

–¡Vamos, Pepe! No hay tiempo que perder –dijo Ángela, jirimiqueando desde la puerta con un pie en la calle.

–¡Espera! –exclamó Fabiola–. Hay un papel en esta caja. “Para Ángela”, leyó.

Ángela cerró la puerta y regresó de nuevo a la mesa. Fabiola lo sacó de entre los billetes y se lo dio. Ángela lo desdobló y lo leyó en

voz alta.

"Ángela, eres el amor de mi vida. Si todavía sientes algo por mí y quieres verme, me encuentro en el hotel Hollywood, calle Brina 100 con el nombre de Carlos Brusneo. Si vienes, hazlo media hora después que recibiste las pizzas para que crean los hombres que vigilan la casa que las comieron. Las cajas ensúcialas con aceite y pasta de tomate antes de echarlas a la basura.

Dile a Fabiola que la quiero mucho.

Amadeo.

–Vamos –dijo, dirigiéndose a la puerta con los ojos vidriosos, el rostro encendido por un rubor intenso y el corazón que se le quería salir del pecho.

–Ha dicho que esperemos media hora –replicó Pepe.

–Si tú no me llevas me voy por mi cuenta.

–Ángela, el Profeta también nos ha advertido de ser precavidas. Si Amadeo ha dicho de esperar media hora por algo será.

–Mamá, si Amadeo nos hubiera encontrado a las dos solas, hubiera funcionado así como tú dices, pero después de lo que vio, ahora debe estar alistando su maleta para irse. Yo lo conozco. Además, ya han pasado veinticinco minutos.

–Está bien, vamos –dijo Pepe–. Hay que llevarnos las pizzas. Si nos están vigilando pensarán que tuvimos que hacer y que nos las llevamos para comerlas en otro lado. Saca el dinero Fabiola, nos llevamos las cajas vacías.

Fabiola metió los fajos de billetes en una bolsa y los acompaño a la puerta.

–Dale mis saludos, Ángela. Y agradécele.

–Acaban de salir Ángela y Pepe en el auto de Pepe. Se llevan las pizzas.

–A mí ya me dio hambre de tanto hablar de pizzas, voy a ordenar un par. Yo pido una con salame picante, ¿tú?

–Igual, igual… Si alguien pide pizzas y cuando llegan calientitas sale apurado es porque se ha presentado una cosa urgente. Y este hecho inusual coincide con que la muchacha salió corriendo tras una moto.

–Mira, Torres. Tú acabas de llegar hoy día, yo estoy acá casi un año. Ese par está siempre de aquí para allá. Ellas pertenecen a la comunidad del Profeta y tienen los horarios más insólitos que te puedas imaginar. Apenas las llama, salen disparadas y Pepe es el que las lleva a todas partes. Muchas veces salen de madrugada. Se reúnen a orar, o hacen turnos para velar a los enfermos. Además, desde que los tres trabajan piden siempre pizzas. Hasta hace poco había dos hombres afuera que las seguían a todas partes y a todo el se acercaba

a su casa.

–¿Ya no?

–No, el general los retiró porque era contraproducente su presencia, ellas se habían dado cuenta y estaban siempre alerta. Ahora sólo quedamos nosotros. Hemos logrado que crean que ya nadie las vigila. Al principio, cada vez que se acercaba alguien a su casa, yo llamaba a la base, pero siempre era lo mismo. Hacía que se desplegara toda la unidad por gusto. No sabes a cuantos repartidores de pizzas hemos perseguido. Así que me dijeron que llamara sólo en el caso de que se apareciera Amadeo. Para tú tranquilidad, tienen sus teléfonos y su ordenador intervenidos y la correspondencia que les llega la leen primero ellos, y si encuentran algo sospechoso nos llaman enseguida.

–Hasta ahora ningún indicio.

–Nada de nada. Parece que se lo hubiera tragado la tierra.

–He leído en el informe que Pepe es él es el padre del niño, pero no vive con Ángela.

–No. Seguro le puso los cuernos y ella lo echó de casa.

–Viene todos los días a verlas. Del trabajo va directamente a su casa.

–Pero no se queda nunca a dormir. Para mí, ella ha hecho voto de castidad. Muchos seguidores del Profeta lo hacen.

–Es bien guapa.

–Y su mamá también.

–Yo propondría al capitán enamorarlas, así podríamos estar más cerca de ellas.

Bertoni sonrió.

–Recuerda que por ningún motivo debemos hacernos notar, de lo contrario las pondríamos en alerta. Deben estar completamente seguras de que nos hemos olvidado de ellas. Es así como hemos capturado a muchos fugitivos. Tarde o temprano regresan a ver a su madre o a su mujer y aquí tenemos un poco de las dos.

–Cuando pase todo iré a visitarla.

–Cuando pase todo. No antes.

16

–Buenas noches –saludó Pepe a una señora que estaba barriendo en la puerta del hotel–. ¿Usted es la que atiende?

–Sí. Adelante.

La señora dejó la escoba y se dirigió al interior creyendo que eran clientes.

–Estamos buscando a Carlos Brusneo –dijo Ángela.

–Ya se marchó –respondió la señora desde el mostrador.

–¿A qué hora?

–Hará una hora, más o menos.

–¿Dijo adónde?

–No, señorita.

Ángela cerró los ojos en un gesto de impotencia.

–¿Es su esposo?

Ángela la quedó mirando.

–No se preocupe. Estaba solo –dijo la señora con una sonrisa maternal.

–No, no es mi esposo. Fue a mi casa a buscarme y no me encontró. Me dejó un papel diciendo que estaba acá.

–Al parecer se estaba yendo de viaje y no pudo esperarla más.

–¿Cómo sabe que se estaba yendo de viaje?

–Cuando abrió su maleta para pagarme vi que tenía su pasaporte y un pasaje de avión.

–Vio por casualidad la aerolínea.

La señora negó con la cabeza.

–Muchas gracias, señora.

Salieron del hotel y subieron al auto con dirección al aeropuerto.

–Él ya debe haber llegado –dijo Pepe–. Anda viendo en tu móvil los vuelos que están por partir.

–No puedo, según el Profeta, mi teléfono está intervenido. Los veo cuando lleguemos. ¿Cuánto tiempo nos demoramos?

–Con este tráfico, fácil una hora. ¿A qué hora nos dejó las pizzas?

–Antes de las ocho.

–Digamos siete y media. Media hora que tenía que esperarte en el hotel y media hora para hablar contigo, nos da una hora, sumando una hora hasta el aeropuerto, nos da dos horas, pensando llegar al menos media hora antes del vuelo, nos da dos horas y media. Su avión debería estar por partir más o menos a las –Pepe vio su reloj–, diez o después. No antes. Nosotros llegaremos con este tráfico a las diez, diez y cuarto.

–Hay que estar atentos si nos siguen, Pepe.

Estuvieron controlando los espejos durante todo el camino hasta llegar al aeropuerto. No vieron ningún auto sospechoso.

–Ángela, yo voy a la entrada donde se embarcan los pasajeros. Podría verlo por ahí.

–Sí, espérame ahí. Yo voy a pedir informes.

–Pide que te den los vuelos que han partido desde hace media hora, para estar seguros.

Ángela se fue a hacer la fila en la oficina de informaciones. En la ventanilla había tres personas delante de ella. Se le hizo una eternidad hasta que le tocó su turno.

–Buenos noches, por favor me podría decir los vuelos que han partido desde hace media hora.

–Ángela –exclamó la encargada.

–¡Patricia! No sabía que trabajabas acá.

–Desde hace un año. ¿Cómo está Fabiola?

–Está muy bien, gracias.

–Soy una ingrata. Salí del barrio y no se me vio nunca más.

–Es normal. No te preocupes.

–Me decías que querías saber los vuelos que han partido hace media hora.

–Sí. Y si puedes ver si Carlos Brusneo viajaba en uno de ellos, te lo agradecería infinitamente.

–Te puedo decir los últimos vuelos, pero la lista de pasajeros no la tengo yo. Tendrías que ir a cada compañía y no creo que te den esa información por la protección de los datos personales.

–¿Tú no me podrías averiguar? –dijo Ángela con tono suplicante.

–A ver, a ver, a ver –Patricia fijó la mirada en la pantalla de su ordenador mientras movía el ratón–. Aerolíneas Dimas, salió hace diez minutos, Lan Franstuir, hace quince, Blue Sky, hace veinte, Airsun, hace veinticinco, Aerolíneas Das, hace treinta…

–Con esos me basta.

–Tengo amigos en todas estas líneas. Espera.

Patricia cogió el teléfono y marcó el número de Aero Dimas.

–Hola, Luis, soy Patricia.

–Hola, Pati. ¿Para qué soy bueno?

–Quisiera saber si Carlos Brusneo se embarcó en el vuelo que acaba de partir.

–Carlos Brusneo… Carlos Brusneo… No.

–Gracias, Luis.

–De nada, Pati.

Marcó el número de Lan Franstuir mientras Ángela rezaba.

–Carlos Brusneo… espera Pati… Sí. Asiento setenta y siete, al lado de la ventana. Llega a Franstuir a las once y treinta y ocho.

Patricia levantó el dedo pulgar y Ángela con los ojos cerrados agradeció a Dios.

–Gracias, Pedro.

–De nada Pati. ¿Vas a trabajar en la noche?

–Sí.

–Te invito un café.

–Te lo invito yo.

Patricia colgó con una sonrisa de oreja a oreja.

–Llega a las once y treinta y ocho a Franstuir.

–Eres un tesoro, Patricia. Muchísimas gracias.

–Para eso son las amigas. ¿Quién es?

–Un amigo. Ya te contaré…

Patricia le dio su tarjeta.

–Este es mi número. Llámame para salir.

Se despidieron. Ángela salió radiante de alegría, y se fue a la sala de embarques. Pepe la vio llegar y por la cara que tenía, dedujo que había dado con él.

–Lo encontraste.

–Sí, en este momento está en el avión que va a Franstuir.

Vamos.

–¿Adónde?

–Déjame donde el Profeta. Tengo que decírselo.

–¿Dónde está?

–En el barrio. Está hospedado en la casa de José Temoche.

–Siempre está cambiando de casa tu Profeta.

Al cabo de una hora Pepe se detuvo delante de una pequeña casa blanca rodeada de jardines.

–Gracias, Pepe.

Ángela le dio un beso antes de bajarse del auto.

–Te puedo esperar, si quieres.

–No, no. Mejor anda con mi mamá para que le cuentes todo. Y, por favor, no lo vayas a comentar con nadie, Pepe.

Pepe hizo un gesto de negación con la cabeza.

Ángela salió disparada. Pepe se quedó esperando hasta que le abrieron la puerta y entró.

–¿Patricia es de confianza? –preguntó el Profeta.

–Sí.

–Pepe.

–Es mi hermano.

–Nadie te ha seguido.

–No, Frank. Para mí ya nadie nos sigue. Antes había autos sospechosos por la casa, pero desde hace meses que desaparecieron.

–Tengo mis informantes, Ángela. Créeme… Y ahora ¿qué has pensado hacer?

–Ir a verlo.

–Te seguirán. Si sales de viaje te seguirán, Ángela. Desde el momento que compres el pasaje toda la policía estará detrás de ti.

–Iré por tierra, Frank… no habrá forma de detenerme. Parto mañana mismo.

–No puedes viajar directamente a Franstuir –el Profeta sonrió–. Tendrás que hacer algunas escalas antes. Tendremos que despistarlos.

Ángela abrió los ojos.

–Me ofrezco para acompañarte. Iremos predicando la Palabra con un grupo de hermanos para no levantar sospechas. Estaremos en tres lugares antes de llegar a Franstuir.

Ángela hizo un puchero tratando de controlar el llanto.

–Gracias, muchísimas gracias, Frank.

Ángela lo abrazó emocionada.

–De nada, de nada –el Profeta le palmeó la espalda–. Ahora regresa a tu casa y ten mucho cuidado. Le diré a Tadeo que te lleve… Ah, no lo comentes con Pepe.

–Es mi mejor amigo.

–Por el momento haz como te digo.

Ángela, más animada, asintió con la cabeza mientras se secaba las lágrimas.

–Mi mamá entregará el dinero a los pobres.

–Hace muy bien. Está juntando un tesoro en el cielo.

Fabiola la esperaba con un plato de guiso de carne en la mesa. Paolo se había dormido y Pepe ya se había marchado. Después de comer, se sentaron en el sofá. Ángela recostó su cabeza en el hombro de Fabiola mientras ella se la acariciaba.

–Mamá, ¿cómo es posible que toda mi felicidad se concentre en los pocos momentos que pasé a su lado?

–Hija mía, hay momentos en la vida tan intensos que son imposibles de borrar. Si te produjeron felicidad serán tu consuelo en las horas tristes. Si te causaron dolor se convertirán en traumas difíciles de superar.

–Regresó, mamá… Regresó.

–Sí, hija, regresó y te sigue queriendo.

–Y yo a él.

–Lo único que nos queda es seguir rezando para que Dios nos ayude a probar su inocencia.

–Y así fuera culpable, yo lo seguiría queriendo igual.

Fabiola suspiro y le dio un beso en la frente.

–Cuánto le hubiera gustado oír la promesa que acabas de hacer.

–Mamá –Ángela se enderezó y se acomodó en el asiento–, no estoy haciendo ninguna promesa para el futuro. Estoy tratando de decirte que no puedo controlar lo que siento por él. Es una fuerza invisible. Una fuerza superior a mí que me domina y que me hace extrañarlo y pensar en él siempre, aunque no quiera hacerlo. Muchas veces he tratado de sacarlo de mi mente, pero no puedo. El recuerdo de las horas que estuve a su lado aparecen una y otra vez. He llegado a pensar de que ya no son recuerdos sino parte de mi ser. Una parte importante como mis brazos, mis ojos, mi boca. Podrá estar lejos físicamente, pero su amor vive dentro de mí. Se ha convertido en parte de mi vida. Se ha convertido en mi consuelo, como tú dices, en mi felicidad. Y ahora más que nunca, porque estoy segura que también él siente lo mismo que yo, y que no ha podido olvidarme como yo no lo he podido olvidar. Y que ha regresado para verme pese al peligro. No sé si me entiendes mamá. Si te digo que lo amaré para toda la vida es porque sé que será imposible sacarlo de mí. Imposible.

–Te entiendo perfectamente, hija.

17

Pepe no pudo dormir esa noche pensando en Ángela. Amadeo había venido por ella. Tarde o temprano se iría con él. Todo el terreno que había ganado en su ausencia lo había perdido en unas horas. Nunca la había visto tan feliz cuando supo dónde se encontraba. Lo amaba a pesar de que era un demente asesino. Es más, lo creía inocente al igual que Fabiola. Él había intentado con mil argumentos que abriera los ojos para que se diera cuenta de la realidad, pero estaba cegada por el amor que le tenía. Era imposible competir con él. Su única esperanza era que regresara a la cárcel, la cadena perpetua hubiera jugado a su favor. Pero la mejor solución, sin lugar a dudas, era que muriera. Cuántas veces había deseado escuchar la noticia de que la policía lo había acribillado a balazos. Se lo merecía por los crímenes que había cometido. Estaba convencido de su culpabilidad y del peligro que corría Ángela, Fabiola y él mismo. Era un peligro ambulante. Y a pesar de todo Ángela lo amaba. Eso era lo que más rabia le daba.

Después de dar mil vueltas en la cama, pensó que le haría un favor al mundo si lo denunciaba. Era su deber como ciudadano. Si no lo hacía sería cómplice de un asesino que podía cometer en cualquier momento otro delito. Él no tenía por qué encubrirlo. Tenía que

denunciarlo para evitar otras muertes. Sabía dónde se encontraba y conocía su falsa identidad. En sus manos estaba la seguridad de las personas que amaba. Y Ángela no tenía por qué enterarse que él había sido el delator. Lo haría en forma anónima. Bastaría una llamada por teléfono. No lo haría por la recompensa.

Antes de que amaneciera, sus pensamientos se habían inclinado hacia la suculenta cifra que había ofrecido el presidente por su captura.

Pensó que era un justo premio por eliminar de las calles a un peligroso criminal. Quizá Dios había escuchado sus oraciones y le estaba dando los instrumentos para salvar a Ángela y a Paolo, su hijo. Porque él era su padre ante la ley y no solo, lo había visto nacer, crecer y, además el niño lo llamaba papá. Con ese dinero le daría una buena educación y a Ángela una vida de reina. El problema era, cómo hacer para que la policía no se quede con la recompensa. Él les daba el dato y después quién le garantizaba que lo iban a reconocer como la fuente de la información.

A las seis de la mañana, sin haber podido pegar un ojo, se preparó un café bien cargado y llamó a la fábrica diciendo que no iba a trabajar por motivos de salud. Tenía que actuar rápidamente antes de que el Profeta advirtiera a Amadeo del peligro. Iría a la policía junto con Adán Díaz, un amigo de su promoción que hacía poco se había recibido de abogado. Buscó su teléfono y lo llamó.

–Vente inmediatamente, Pepe. No pierdas un segundo. Iremos directamente a la prefectura y hablaremos con el general Catanzaro.

A las nueve de la mañana el general Alfredo Catanzaro, director de la policía, los hizo pasar a su despacho. Después de las presentaciones, el general, que ya estaba informado de los motivos de su presencia, fue directo al grano.

–Usted sabe dónde se encuentra Amadeo Rossi.

–Sí, general –dijo el abogado–. Mi cliente está dispuesto a decirle lo que sabe, pero quiere absoluta reserva de su nombre y de las personas que le referirá.

–Así será. Nadie sabrá jamás quién nos dio la información ni se enterará quiénes son las personas incluidas en esta declaración, siempre y cuando no sean sus cómplices.

–No se trata de cómplices sino de personas allegadas a él que no tienen absolutamente nada que ver con los crímenes que cometió ni con su fuga. El destino quiso que se conocieran y que en algún momento de sus vidas se encontraran. Son personas de bien. Si usted no me garantiza que ellos no tendrán conocimiento de lo declarado por mi cliente, o son llamadas a declarar, en este momento

nos ponemos de pie y regresamos por donde hemos venido.

El general perdió la paciencia.

–Podría arrestarlo a usted y a su cliente por ocultamiento del criminal más buscado por la policía, así que es mejor que no me amenace y comience a declarar.

El general se preparó en el teclado para escribir. Normalmente el tipeo lo realizaba la secretaria, pero para evitar una fuga de información, convinieron en efectuarlo en privado.

–Si usted nos arresta, le aseguro que será el causante de que Amadeo Rossi, a punto de ser capturado gracias a la información que le dará mi cliente, escape de nuevo. Y, quién sabe, no volverá a presentársele otra oportunidad igual para atraparlo.

El general sabía quién era Pepe. La casa de Fabiola estaba vigilada y él era el jefe de la operación. Sabía que las personas a las que se refería el abogado, eran Fabiola y Ángela, a las que consideraba clave en la captura de Amadeo. Para él también eran intocables. Si lo que venía a contarle era que Amadeo las había contactado y que podía darles una pista de su paradero, era lógico suponer que, si los detenía, ellas iban a saber enseguida que había ido a contárselo a la policía y advertirían a Amadeo para que escapara. Se reprochó haber retirado a los hombres que las seguían, aunque seguramente Amadeo se hubiera percatado de su presencia, se justificó.

–Le repito abogado, respetaré a las personas involucradas en esta declaración, pero siempre y cuando no sean sus cómplices. Así que, si usted está seguro que no lo son, continuemos.

–Firme acá, general –el abogado le entregó una hoja–. De otro modo no continuamos.

El general leyó el documento. Las personas aludidas eran Fabiola y su hija, tal como lo había supuesto. Estampó su firma.

–Mi cliente también solicita una copia de su declaración sellada y firmada. Esto lo hacemos porque debe constar por escrito que está colaborando con una valiosa información que servirá para la captura del fugitivo. Lo que le da derecho a obtener la recompensa ofrecida por nuestro presidente.

–Está bien. Pero la recompensa será dividida entre todos los que participarán en su captura. A su cliente le tocará sólo una parte. Demás está decirle que la cantidad será determinada cuando haya concluido la operación.

El abogado miró a Pepe y este asintió con la cabeza. Pensó que cualquier suma era mejor que nada.

–Como usted bien sabrá, general –Pepe empezó a declarar–. Fabiola ha sido como una madre para Amadeo Rossi. Quedó huérfano, su abuelo paraba ocupado en el trabajo, así que ella prácticamente lo

crio. El día de ayer, viernes tres, a las diez de la mañana se encontró con él saliendo del mercado. Al parecer la estaba siguiendo. Le dijo que quería saludarla, y le dejó un sobre con dinero.

–¿Qué cantidad le dejó?

–Quinientos dólares –Pepe no le dijo la verdadera cantidad porque pensó convencer a Fabiola para quedarse con el dinero–. También le dijo que se encontraba en Franstuir con el nombre de Carlos Brusneo y que partiría esa misma noche de regreso.

El general se acomodó en su asiento. Franstuir, Carlos Brusneo, era los mejores datos que había recibido desde que se encargó del caso. Esta vez no te escaparás, pensó.

–¿Le dio su dirección?

–No.

–¿Teléfono?

–No.

–¿Y usted cómo se enteró de todo esto?

–Me lo contó su hija Ángela. Estaba muy preocupada por su mamá. Amadeo es un peligroso asesino que ha sido capaz de matar a su abuelo y a sus amigos, compañeros de trabajo de su madre.

–¿Por qué la señora no avisó a la policía?

–Porque, como le decía, lo quiere como a un hijo. Piensa que está loco, pero eso no influye para nada en el cariño que le tiene.

–¿Usted qué relación tiene con su hija?

–Ha sido mi mujer. Yo soy el padre de su hijo. Tuvimos problemas al principio, pero hemos quedado como buenos amigos.

–General –intervino el abogado–, mi cliente se compromete a comunicarle cualquier novedad, no bien tenga alguna. Tendrá un informante de lujo dentro de la casa de ellas. Le contará todo lo que suceda relacionado con el caso. Es mejor que no sospechen que la policía sabe algo. Si así fuera y Amadeo se enterara, no dude que escapará otra vez.

–Abogado, sé perfectamente lo que debo hacer –replicó el general con una sonrisa burlona.

–No soy quién para decirle lo que tiene que hacer, general, disculpe, pero se ha abierto un camino seguro hacia su captura, y cualquier interferencia lo puede cerrar de nuevo. No pierda está magnífica oportunidad.

–Descuide, abogado, que no la perderemos. ¿Tiene algo más que declarar?

–No.

El general imprimió el documento y se lo entregó al abogado. Después de leerlo se lo devolvió con su aprobación.

El General le puso su sello, lo firmó y se lo dio.

–Quiero que me tenga al corriente de cualquier otra pista, por mínima que sea.

–Así será, general –dijo Pepe–. Tiene mi palabra.

–Llámeme a este número a cualquier hora.

Pepe recibió un papel.

–Si lo capturamos le aseguro que yo mismo me encargaré de que la parte de la recompensa que le toque sea muy sustanciosa.

–Gracias, general.

Después de que se fueron, el general Catanzaro convocó a una reunión de la plana mayor y obtuvo la autorización del ministro del interior, quien a su vez la obtuvo del mismo presidente de la República para mandar un comando de las fuerzas especiales a Franstuir con el objeto de asesinar a Amadeo.

No estaba prevista su captura puesto que la operación se haría en un país extranjero y no había tiempo que perder en permisos especiales ni trámites burocráticos para evitar que se escapara de nuevo,

En el fondo eran simples excusas para poder eliminarlo. El presidente y sus cómplices querían deshacerse de él lo antes posible y el general cobrar la recompensa.

18

Toda su vida había transcurrido en una prisión. Ya no era su casa, sometido a las estrictas reglas de su abuelo, ni el reformatorio, ni los días que estuvo en la cárcel en constante peligro de morir acuchillado. Ahora estaba encerrado en el silencio de una falsa identidad, en una fuga permanente sin poder recordar lo que realmente había sucedido.

Ángela le había dado sentido a su vida y la fuerza para no rendirse. Ahora estaba solo, prisionero como siempre, pero solo. Esa era la peor parte. Fabiola y el Profeta sólo le habían contado mentiras para hacerlo sentir mejor en su encierro. Era obvio. Ninguna visita, ninguna carta. "Cómo pude creerles", se reprochó. Tenía un hijo grande. Estaría casada seguramente. "Bien por ella", se dijo. "Si hay algo de positivo en todo esto es que al menos ella es feliz." Agradeció el no poder recordar su rostro y el hecho de que no había podido verla de nuevo. Así sería más fácil olvidarla completamente.

Mientras bajaba por la escalinata del avión se propuso concentrar sus fuerzas para descubrir la verdad, aunque la verdad terminara condenándolo. Si así fuera, estaba dispuesto a entregarse y a cumplir su pena. Ya no le importaba morir en la cárcel.

Del aeropuerto llamó a sus amigos de fuga y quedaron en

encontrarse en la casa de Marcos esa misma noche.

Domingo trabajaba como chef en un restaurante del centro y Marcos tenía un negocio de reparación de ordenadores. Amadeo le había pagado los estudios en el mejor instituto de Franstuir y lo había ayudado para alquilar un local.

–Qué cara tienes. ¿Qué pasó? –preguntó Marcos.

Amadeo les contó lo acontecido en Ravenia.

–He ordenado pizzas. ¿Está bien?

Amadeo levantó el dedo pulgar.

Domingo meneó la cabeza.

–No eres capaz de preparar tres platos de comida.

–No me gusta cocinar… Tengo whisky, vodka, cerveza, Coca…

–A mi dame una Coca. Ya no tomo –dijo Domingo.

–¿Cómo así?

–Es la mejor manera de evitar las reuniones y los amigos.

–A mí un whisky doble –dijo Amadeo.

Domingo y Marcos cruzaron miradas.

–¿Tú lo conocías?

–Sí, era su vecino. Estaba enamorado de Ángela desde que era un niño.

Marcos le palmeó la espalda.

–Olvídala, Amadeo. Es mejor que no te atormentes. Mira a Domingo, su esposa después de tres años de matrimonio, le puso los cuernos y encima lo metió a la cárcel. Tú estuviste con ella sólo un día…

–Con miles de casos tienes que nombrar el mío –lo interrumpió Domingo, refunfuñando–. Pero es verdad, Amadeo. No vale la pena sufrir por cosas que no tienen remedio. Consíguete otra. Yo estoy conviviendo con una camarera que trabaja conmigo.

Marcos meneó la cabeza.

–En tu apartamento.

–Sí.

–Has roto la regla número dos del manual de supervivencia con identidad falsa.

–Habría que hacer algunos cambios en ese manual –replicó Domingo.

–Habíamos acordado respetar las reglas.

Marcos cogió un papel que lo había colocado previamente encima de la mesa.

–Veamos una por una. Regla número uno: No hablar jamás con nadie de nuestro pasado. No creo que se pueda modificar esta regla.

Amadeo y Domingo asintieron con la cabeza.

–Regla número dos: No entablar amistad ni romances con nadie por ningún motivo.

–Los amigos no me hacen falta –dijo Domingo–. En Ravenia todos me dieron la espalda. Todos sin excepción. En cuanto a los romances, pienso que mientras tu pareja no se interese por tu pasado, no hay ningún problema.

Amadeo se puso de pie y se sirvió otro vaso. No le interesaba mucho la conversación. En su mente la imagen borrosa de Ángela luchaba contra su propósito de cancelarla por completo.

–Tú que dices Amadeo.

Amadeo se encogió de hombros aprobando el cambio.

Marcos corrigió la regla con un lápiz.

–Regla tres: mantener un perfil bajo y no frecuentar fiestas ni reuniones. Aquí, Amadeo, estás arriesgando demasiado.

–No voy a ninguna reunión, no tengo amigos ni enamoro a nadie… vivo encerrado en mi apartamento. No tengo la culpa de que me hayan ascendido.

–Eres el número uno en la Presthold, todo lo contrario a un perfil bajo.

–No he podido evitarlo –Amadeo terminó su segundo vaso–. Pero tienes razón, es una situación peligrosa. Yo también lo he pensado. Junto un poco más de dinero y desaparezco. No hay de qué preocuparse.

–Igual yo. Si veo que me comienza a hacer preguntas, termino con ella y asunto arreglado. Y si se pone insistente, me desaparezco como Amadeo. Ningún problema. No quiero regresar a la cárcel.

–No es posible. Yo soy el único que está siguiendo al pie de la letra las reglas. Regla cuatro: Ahorrar y tener preparado un plan de fuga para usarlo en cualquier momento.

–Yo tengo ya una buena cantidad ahorrada y tenemos un buen plan A y un plan B –dijo Domingo.

–Regla cinco: escapar todos juntos a la primera señal de peligro.

–De acuerdo –dijo Domingo.

Amadeo asentía con la cabeza, pero su mente se había empecinado en permanecer en el único recuerdo grato de su vida mientras sus sentidos se iban nublando aceleradamente por efectos del alcohol.

–Regla seis: reunirnos una vez al mes para leer las reglas y evaluar su cumplimiento.

–Aquí estamos –exclamó Domingo.

Llegaron las pizzas y la reunión prosiguió entre risas, anécdotas y los lamentos de Amadeo que fueron en aumento al final de cada vaso, hasta terminar en un llanto incontrolable y un intento por tirarse por la ventana.

–Ya se quedó dormido. Pobre –dijo Marcos.

–Tiene cabeza de pollo.

Marcos levantó la botella de whisky casi vacía.

–Ni tanto, se ha tomado solo la botella. Ayúdame a llevarlo al sofá.

–No puedo comprender cómo se pudo enamorar de una con la que estuvo un solo día.

–Su abuelo lo tuvo enjaulado. Cuando se escapó fue con la única que estuvo. Fue la primera y la última vez que estuvo con una mujer.

–Me voy a mi casa. No creo que te dé problemas. De todos modos, llámame.

19

Al día siguiente, Amadeo se preparaba para asistir a una fiesta. Era la primera vez que iba a una desde que llegó a Franstuir. No debía ni tenía ganas de ir, pero dada su importancia no le fue posible decir que no. Era la fiesta que daba el ingeniero Johan Henderson en los jardines de su lujosa residencia para celebrar el cincuentenario de la fundación de la compañía.

Todo el personal y las autoridades de la ciudad estaban invitados.

Amadeo llegó puntual. Pensaba estar un rato y retirarse temprano.

La señorita encargada de la recepción le indicó la mesa principal frente a la orquesta.

Amadeo, antes de sentarse dio la mano a cada uno de los comensales. Henderson lo presentó como el genio que había salvado a la empresa.

Estaban en la mesa, además del ingeniero, su esposa Anette y su hija Maggie, el alcalde de la ciudad, Antonio López Aguinaga, su esposa la señora Tania Dempsey, el jefe de policía, el general Teodoro Paz Soldán con su esposa Franca Soriano y los socios fundadores, Ernesto Tafur y José María Terni, con sus respectivas esposas, Lili

Camacho y María Milic.

Amadeo se sentó entre el general Paz Soldán y la bella Maggie, a la que no había dejado de mirar desde que llegó.

En pocos minutos Amadeo impresionó a todos con su amplia cultura y su refinado sentido del humor. La claridad y sencillez para tratar cualquier tema, desde política internacional, deportes, hasta recetas de cocina, hacían de sus intervenciones un deleite, especialmente para las damas.

Provocó risas, discusiones de las que siempre salía triunfante, y recibió una invitación de parte del alcalde y su esposa para almorzar en su casa.

–¿De dónde vienes? –le preguntó el general Paz Soldán.

–De Ravenia.

–Conozco Ravenia, ahí vive el general Catanzaro, Alfredo Catanzaro, jefe de la policía. Es un gran amigo mío. Lo debes conocer.

–Quién no conoce al general Catanzaro. Limpió las calles de delincuentes.

–¿Y cómo así te viniste por acá?

Amadeo se tocó la frente con el dedo índice percibiendo el peligro.

–Siempre me ha gustado viajar, buscar nuevos horizontes.

–Carlos, ¿no me invitas a bailar? –preguntó Maggie interrumpiendo el diálogo.

–Disculpe, general –Amadeo se puso de pie ofreciéndole la mano a la hija de su jefe.

–Me estaba aburriendo de lo lindo –susurró Maggie camino a la pista de baile.

La orquesta tocaba *Take a look at me now* de Phil Collins. Intercalaba canciones modernas con música de años pasados en homenaje al aniversario de la empresa.

Maggie apoyó sus manos en los hombros de Amadeo y se dejaron envolver lentamente por la melodía que la cantante interpretaba con intensidad. Sus mejillas se fundieron en una. Los dos podían sentir una agradable sensación de bienestar que aumentaba en cada nota, en cada giro, en cada paso que daban al compás del ritmo lento de la canción.

–Me has hecho poner celosa –susurró Maggie a su oído.

–¿Por qué?

–Nunca he visto a mi papá tan emocionado. Cuando te presentó a sus amigos parecía que eras su hijo.

–Exageras.

Maggie se separó unos centímetros de Amadeo y le clavó la mirada.

–Para nada. Te has convertido en su engreído, en el hijo hombre que no tuvo. Desde que llegaste no me ha vuelto a pedir que trabaje con él. Antes me tenía seca para que estudiara administración de empresas, pero a mí nunca me han interesado para nada ni los negocios ni las finanzas ni nada relativo a estar encerrada en una oficina.

–¿Qué te gusta?

–El arte. Estudio pintura en la Escuela de Bellas Artes de París. He venido sólo por la fiesta.

–Qué coincidencia, mi hobby es la pintura.

–¿De verdad? ¿Te gusta la pintura?

Amadeo asintió con nostalgia y a Maggie le brillaron los ojos.

–¿Quieres ver mis cuadros?

–Claro, me encantaría.

–Vamos a mi taller –Maggie interrumpió el baile–. Espérame un segundo –regresó a la mesa y cogió su bolso–. Vamos –agarró la mano a Amadeo y lo llevó al interior de la casa.

El ingeniero Henderson cuando los vio bailando, se alegró de que hubieran congeniado, pero no le hizo mucha gracia verlos entrar.

Maggie le enseñó orgullosa los cuadros que tenía en su taller. Algunos estaban colgados en la pared, otros en el piso acomodados en filas. Amadeo se dio el trabajo de apreciar detenidamente cada uno mientras Maggie le comentaba el período a los que pertenecían y alguna circunstancia particular en su diseño. Al finalizar la improvisada exposición, Amadeo comentó la evolución de su estilo y la madurez que había alcanzado.

Después, sentados en el sofá, le mostró en su celular los trabajos que había presentado en una exposición colectiva en París. A Amadeo le gustaron mucho y se lo dijo con un lenguaje que sólo los muy entendidos en arte pueden emplear.

–Tu comentario es idéntico al que me hizo Jean Moreau, el propietario de la galería. Es un experto en arte. Uno de los más famosos de París. ¿Cómo es posible que hayas coincidido hasta en el más mínimo detalle?

Amadeo se arrepintió de haberse explayado de esa manera.

–Lo leí, lo leí en un artículo que hablaba de tus cuadros.

Maggie se acordó de varios artículos de algunas revistas francesas, especializadas en arte, que efectivamente habían escrito acerca de sus cuadros, sin embargo pensó que Amadeo quería pasarse de modesto. Era un entendido, no tenía la menor duda. Había conocido a muchos durante su estadía en Francia. Amadeo sabía lo

que decía. Se preguntó por qué su falsa modestia. No se parecía a ninguno de los que había conocido. La mayoría de artistas noveles repetían como loros lo que escuchaban a los maestros para dárselas de conocedores. Jamás ninguno de ellos habría dicho : "lo leí, lo leí."

–Supe que vendrías a la fiesta y me informé de ti. Quería impresionarte –dijo Amadeo, temiendo que Maggie lo vaya a comentar con su papá o con el general Paz Soldán. Recordó que los periódicos habían hablado mucho acerca de su pasión por la pintura, y hasta habían publicado sus cuadros.

–No te creo, pero igual me has impresionado. Ahora, quisiera ver tus cuadros.

–No tengo fotos, Maggie. Todavía no he pintado nada digno de exhibirse.

Maggie lo acarició encima de la oreja. Unos instantes de silencio llenaron la habitación. Acercó su boca a la suya y lo besó.

Amadeo hubiera tenido que apartarla y marcharse, pero Maggie era demasiado bella, su delicado perfume lo tenía embriagado y su cuerpo frágil lo atraía con violencia.

El ritual de amor empezado en la pista de baile, había despertado al más antiguo y poderoso sentimiento que ahora les reclamaba hacerlo vivir para siempre.

Se desnudaron entre besos y caricias y sobre el sofá se amaron apasionadamente. Disfrutaron cada instante compartiendo una clase rarísima de felicidad, que se manifiesta exclusivamente cuando dos seres que se aman de verdad hacen el amor. Muy difícil de encontrar a lo largo de la vida y muy fácil de perder en un instante.

Minutos después, Maggie se puso de pie para ir a cerrar la puerta. Ninguno de los dos había reparado que estaba abierta. Amadeo se sentó y se quedó contemplándola.

–¿Por qué me miras así?

–Eres la mujer más guapa que he conocido.

Amadeo tuvo que improvisar una respuesta que, aunque era totalmente cierta, no era lo que en realidad se le había pasado por la cabeza. Maggie le había hecho recordar a Ángela, a pesar de que no se acordaba de su rostro.

–Carlos, aunque te suene cursi –Maggie se sentó a su lado–, me parece como si te conociera de toda la vida… sentí como si ya hubiéramos hecho el amor antes. Qué raro. Nunca me había pasado algo similar.

Un beso unió sus labios y estuvieron a punto de comenzar de nuevo, pero Maggie se puso de pie y comenzó a vestirse. Amadeo la imitó.

–¿Tienes enamorada? ¿Estás saliendo con alguien?

–No, ¿y tú?

–Estoy con un chico francés, que no es tan chico en realidad. Es mi profesor de arte moderno.

–Le debe estar doliendo la frente.

–Estábamos por dejarnos –Maggie levantó sus cabellos de la nuca mientras Amadeo le subía la cremallera del vestido–. ¿Te has enamorado alguna vez?

–¿Perdidamente enamorado?

–Perdidamente enamorado.

–Sí, de una chica que conocí en una fiesta en la casa de mi jefe. Era su hija. Salimos a bailar y resultó que le gustaba la pintura…

–No juegues.

–No juego para nada.

–No bromees.

–No bromeo.

Maggie acarició su patilla.

–No se puede hablar en serio contigo. Dime la verdad.

–Perdí la cabeza por una chica. La quería con toda mi alma, pero me dejó por su vecino.

–¿Cuánto tiempo estuvieron?

–Un día.

–¡Un día! –Maggie rio–. Realmente no se puede hablar en serio contigo.

–Todo sucedió en veinticuatro horas.

–¿No es que estaba con su vecino y fuiste tú el que te entrometiste?

–Ahora que lo pienso… podría ser. Sí.

Maggie sonrió.

–Y tú, ¿has estado enamorada?... ¿Perdidamente enamorada?

–De un chico que conocí en una fiesta que daba mi papá en la casa. Trabajaba para él, le gustaba la pintura y era muuuuy mentiroso...

–Qué coincidencia.

–Yo creo que no hay coincidencias en esta vida. Nada sucede de casualidad. Todo ha sido programado por Dios.

–¿Somos sus robots?

–No, somos libres de elegir lo que nos dé la gana. Te hablo del programa de Dios.

–Eres seguidora del Profeta.

–Sí, aunque nunca he ido a sus reuniones. Las veo por You Tube. ¿Lo has oído hablar del programa de Dios?

–Lo he oído hablar de Dios, pero no de su programa.

–En realidad es una idea mía, basada en una de sus charlas. ¿Quieres saber cómo funciona?

–¿El programa de Dios? –Amadeo frunció el ceño–. Suena un poco complicado. Mejor vamos a bailar.

–Lo puede entender hasta un niño de dos años. Para que funcione sólo debes pinchar el corazón cuando aparece en la pantalla. Eso es todo. Así vas pasando niveles hasta llegar al final, hasta llegar al cielo. Yo creo en la vida eterna. ¿Ha entendido señor programador?

–No.

–Yo no pensaba venir a la fiesta. Iba a ser la primera vez que faltaba al aniversario de la Presthold. Estoy en exámenes finales. Además, siempre me aburro en la mesa de papá.

–Pero al final viniste.

–Vine porque no quise ponerlo triste.

–Pinchaste el corazón.

–Exacto, vas entendiendo. Pinché el corazón y por eso el programa me hizo conocerte. Después me gustaste, pero no tenía intenciones ni humor de empezar una nueva relación. Me gustaste y basta.

–Todavía no aparece el corazón en la pantalla.

–Tu seguridad se esfumó cuando el general comenzó a interrogarte. No sé por qué te pusiste nervioso. Hasta la voz te cambió: "Siempre me ha gustado viajar, buscar nuevos horizontes" –imitó su voz–. Pensé que te hacía un favor si te invitaba a bailar.

–Pinchaste el corazón. Tienes razón. No era una conversación, era un interrogatorio.

–Después, salimos a bailar y resultó que tu hobby era la pintura. ¿Estás viendo cómo funciona el programa de Dios? Juntó a dos amantes del arte. Y cuando te pregunté si querías ver mis cuadros, tú dijiste que sí. Esta vez, fuiste tú el que pinchaste el corazón. Me hubieras podido decir que no y hubiéramos regresado a la mesa.

–Te pensaba decir que no para no ser descortés con tu papá y sus invitados.

–Ya ves, preferiste pinchar el corazón y no los dólares.

–Así que ahora estamos los dos en el programa pinchando corazones.

–Exacto, así funciona. No se puede llegar al final solo. Conforme vas pinchando corazones, te sigue más gente, que también pincha corazones.

–Genial. ¿Estás segura que tú lo has inventado?

–Sí.

–Podríamos patentarlo.

–¿Qué cosa?

–Un videojuego. El personaje principal tendría que afrontar un problema con diferentes soluciones. Si escoge la que menos beneficios le reportan a él y beneficia a otros, le abre la puerta al siguiente nivel.

–El que da la vida por los demás ganaría el juego –Maggie terminó de cepillarse el pelo–. Estoy lista. Vamos.

Se pusieron de pie. Maggie cogió su bolso, apagó la luz y se dirigieron al jardín por los largos corredores alfombrados.

–Carlos, mañana regreso a París –dijo Maggie, como disculpándose.

–No te preocupes… Los romances breves son mi especialidad.

–En dos semanas estoy de vuelta.

Amadeo se dio cuenta que había cometido un gravísimo error. Era el momento de desaparecer. No podía permitirse una relación con la hija de Henderson ni con la hija de nadie. Estaba en contra de las reglas de supervivencia cuando uno vive con una identidad falsa. Henderson habría querido conocer a su familia e indagar sobre su pasado. Si bien era cierto que Maggie le había devuelto las esperanzas y la alegría, no se podía dar el lujo de ser feliz a su lado. Estaba condenado a vivir metido en la oscuridad de su caverna y a disfrutar de la luz del sol solo por contados momentos.

–Si no nos volvemos a ver, Maggie, quiero que sepas que te llevaré siempre aquí –Amadeo palmeó su corazón–. Lo que te dije acerca de haberme enamorado de ti… es verdad.

–Me da la impresión que eso se lo dices a todas.

–Nunca he hablado tan en serio en mi vida.

Maggie frunció el ceño.

–No seas dramático, Carlos. Me estás decepcionando. Mi enamorado francés es historia pasada. Ni siquiera he pensado en él un minuto desde que salí de París. Tiene una mente demasiado liberal para mi gusto. Para él, la fidelidad es un concepto abstracto y no piensa practicarla nunca. Voy a dar mis exámenes finales, a recoger mis cuadros y en un par de semanas regreso.

Amadeo suspiró moviendo la cabeza.

Maggie se puso delante de él y rodeó el cuello con sus manos.

–Pasaremos la noche en tu apartamento.

–No creo que le haga mucha gracia a tu papá.

–No te preocupes. No dirá nada… Yo también me he enamorado de ti. Aunque no me explico cómo ha podido suceder en tan poco tiempo. Y te estoy hablando serio.

El ingeniero Henderson controlaba su reloj a cada momento.

Los vio besándose en el pasillo antes de salir agarrados de las manos. Pensó que Amadeo había ido demasiado lejos. No estaba en contra de que cortejara a su hija, lo estimaba y lo consideraba un buen partido, pero sintió que le había faltado el respeto en su propia casa.

Reconocía que los tiempos habían cambiado, pero le costaba pensar que Maggie hubiera estado con uno que acababa de conocer. Sin embargo, respetaría sus sentimientos, como lo había hecho siempre.

En cuanto a Amadeo, había traspasado la línea que separaba el trabajo de la familia y tenía que ser investigado a fondo. Era su deber como padre. Mañana mismo llamaría a Alejandro Ferrara, jefe de seguridad y el encargado de detectar y combatir el espionaje informático al interno de la empresa para evitar la salida de información valiosa. Y al externo de la misma, para apoderarse de datos claves de la competencia. Le daría el encargo de husmear minuciosamente en la vida de Amadeo.

No tenía la menor duda de que su empleado estrella era una excelente persona y que el resultado de las investigaciones así lo confirmaría.

Maggie y Amadeo transcurrieron la noche en su apartamento amándose intensamente.

A la mañana siguiente Amadeo la llevó al aeropuerto y esperó hasta que su avión se perdiera entre las nubes. Ambos comenzaron a probar un delicioso sentimiento de querer volver a encontrarse lo antes posible.

20

–Tiene que actuar lo más rápido posible, capitán –ordenó el general Catanzaro–. Lo han detectado en Franstuir.

–¿La policía?

–No, al parecer son investigadores privados de la empresa donde trabaja, la Presthold. Acaba de hablar conmigo su jefe, Alejandro Ferrara. Yo le dije que no tenemos ningún indagado con el nombre de Carlos Brusneo.

–¿La Presthold?

–Sí, ahora será fácil dar con su dirección.

–Estamos en camino, general. Llegaremos a las ocho de la noche.

–La operación deberá concluirla apenas llegue, capitán. No podemos esperar un segundo más. Mañana la policía lo habrá capturado.

–Entendido, general.

A las siete de la noche, Alejandro Ferrara presentaba su informe al ingeniero Henderson, quien todavía se encontraba en la oficina revisando algunos documentos.

En Ravenia no habían encontrado el nombre de Carlos Brusneo en los registros civiles, militares y religiosos. Tampoco figuraba que hubiera estudiado en algún colegio, universidad o que hubiera trabajado en alguna empresa privada o del Estado. Ese apellido simplemente no existía.

–Hemos mandado su foto a la Interpol. Estamos a la espera del resultado, mientras tanto, lo tenemos vigilado –dijo Alejandro Ferrara.

Henderson se quedó muy preocupado. A los pocos minutos cerró la oficina y salió del edificio. En lugar de regresar a su casa, se dirigió al departamento de Amadeo. Los hombres de Ferrara lo vieron llegar y trataron de evitar el encuentro. Le advirtieron que podía ser peligroso, pero él estaba decidido a aclarar las cosas cara a cara, como lo había hecho siempre a lo largo de su vida.

–Ingeniero. Qué sorpresa.

Amadeo pensó que su visita se debía a que quería hablarle de su relación con Maggie. Se reprochó por no haberse marchado antes.

El ingeniero tenía el rostro encendido.

–¿Quién eres?

Amadeo se sorprendió con la pregunta a bocajarro, pero encaró sin pestañear la penetrante mirada de Henderson.

–Un amigo.

–Un amigo –masculló el ingeniero–. Así lo pensé yo también, pero tal parece que eres un impostor.

Amadeo no perdió la compostura.

–Me ha hecho investigar. No creo haberle dado motivos para que dude de mí.

–Lo hice por Maggie. Un padre debe proteger a sus hijos. Y lo hice por rutina, convencido de que tu informe saldría limpio.

–He tenido problemas que me han obligado a ocultar mi identidad.

El ingeniero pasó a la sala dándole la espalda.

–Qué tipo de problemas.

–Me acusan de cosas de las que creo ser inocente.

–Crees ser inocente. El asunto es más complicado de lo que pensé.

–Estoy tratando de descubrir la verdad, ingeniero.

–Si me cuentas lo que te ha pasado quizá yo te pueda ayudar.

El ingeniero se sentó en el sofá y se relajó aflojándose la corbata.

–Convídame un whisky, por favor.

Amadeo sirvió dos vasos y se sentó frente a él.

–Si le contara, estoy seguro que pensará como todos que soy culpable.

–Haz la prueba. Te escucho.

Henderson cruzó una pierna sobre la otra.

–No quiero involucrarlo, ingeniero.

–Ya estoy involucrado hasta los pelos –Henderson alzó la voz–. Creo que me merezco una explicación.

–Lo siento, ingeniero, pero no puedo decirle nada. Esta noche me iré… A no ser que quiera llamar a la policía… o… quizás ya está afuera esperándome.

–No llamaré a nadie, Carlos, o como te llames –Henderson dejó el vaso sobre la mesa y se puso de pie–. Estaba en deuda contigo. Ahora estamos a la par. Sólo te pido que te alejes de Maggie.

–No la veré más.

Henderson se acomodó la americana, dio media vuelta y se fue. No bien cerró la puerta Amadeo guardó sus cosas en una maleta y se marchó.

Previniendo ese momento, había ahorrado una buena cantidad de dinero en efectivo. Tenía otro teléfono celular y nuevos documentos preparados para la emergencia. Había comprado una casa para que le sirviera de refugio en el bosque de Altaner, al sur de Termania, un pequeño país confinante con Franstuir.

Llamó por teléfono a Marcos y a Domingo y les advirtió el peligro. La policía, sabiendo que Amadeo estaba ahí, podía empezar a buscarlo. Domingo era chef, buscarían en todos los restaurantes y seguramente publicarían sus fotos en la televisión. Ellos también tenían preparados de antemano sus planes de fuga que Amadeo conocía a la perfección.

Amadeo tomó un taxi hasta la estación de tren y se embarcó con destino a Termania. Pasó la frontera sin problemas. Domingo y Marcos también dejaron Franstuir, pero ellos eligieron Manaresia. Atravesaron la frontera en el auto de Marcos, también sin contratiempos.

Los hombres del general Catanzaro llegaron al apartamento minutos después que Amadeo se había marchado. En la mañana del día siguiente llegó el comunicado de la Interpol con la verdadera identidad de Amadeo, acompañada de su negra historia y de un contingente de las fuerzas especiales de la policía que irrumpió en el edificio de la Presthold provocando un revuelo general.

Simultáneamente, otro escuadrón allanó su apartamento.

En la tarde se reunió el ingeniero con Alejandro Ferrara.

–Su abuelo era una de las personas más ricas de Ravenia –comentó Alejandro.

–Lo conocía. Nos hemos encontrado varias veces en convenios y congresos.

–¿Ha visto el informe?

–Sí, varias veces. Los nuevos dueños de las minas son dos senadores miembros del partido del actual presidente. Es muy sospechoso.

–¿Usted cree que es inocente?

Henderson se acarició la barbilla.

–Si la justicia lo ha condenado, ingeniero...

–La justicia a veces se equivoca y a veces es manipulada. Tienes su nueva dirección ¿verdad?

Alejandro abrió su maletín y le entregó un lápiz de memoria USB.

–Aquí está todo. Lo seguimos como usted nos dijo. He puesto una pareja en la casa vecina para que lo vigilen, un GPS en su auto y una tele cámara en su sala.

–Excelente trabajo, Alejandro –Henderson se acomodó en el asiento–. Ahora quiero que prepares a tus mejores hombres para viajar a Ravenia.

Alejandro asintió con la cabeza.

–Quiero que realices el mejor trabajo de tu vida, Alejandro. Quiero saber la verdad.

–Haré todo lo que pueda, ingeniero. Pero el caso lo he estudiado bien y me parece todo muy claro. Todas las pruebas lo condenan. Él no se acuerda de nada. Y si fuera víctima de un complot, como usted sospecha, los que se encargaron de realizarlo no dejaron ninguna huella. Usted sabe que hay casos en que la verdad no es posible descubrirla y menos demostrarla, sobre todo cuando está de por medio gente tan poderosa y miles de millones en juego.

–Yo confío en ti, Alejandro. Estoy seguro que regresarás con valiosas conclusiones.

–Todo lo que está a nuestro alcance lo haremos, ingeniero.

–Estoy seguro de eso. Quiero ver tus planes antes de partir. Quiero estar al tanto de todo.

21

Al cabo de dos semanas, después de haber concluido los exámenes en forma brillante, Maggie regresó a su casa. Pensaba quedarse unos días y después viajar a Ibiza de vacaciones. Esperaba ver de nuevo a Amadeo para aclarar las cosas. El hecho de que no la había llamado ni había podido comunicarse con él porque su móvil estaba siempre fuera de servicio, decían claro que era realmente un especialista en romances breves. Aunque sospechaba que su papá tenía algo que ver en el asunto.

Concentrada en las pruebas finales no se había enterado de lo que había pasado con Amadeo. Su fallida captura había pasado casi desapercibida en los medios franceses. Y sus padres prefirieron no comentárselo para no perturbarla en sus estudios.

Llegó el sábado en la noche. En la casa estaba sólo Berenice, el ama de llaves, quien le contó todo el alboroto ocurrido por causa de Carlos, que en realidad no se llamaba así.

Maggie quedó muy sorprendida y la bombardeó a preguntas, pero Berenice, aparte de lo que le había dicho de su falsa identidad y algunas cosas que había visto en televisión, no pudo añadir nada más.

Berenice se retiró a su habitación y Maggie después de darse un reparador baño y meditar la situación, entró al estudio de su papá

para buscar alguna pista. Revisó los cajones de su escritorio, pero no encontró nada. Era probable que la información que buscaba estuviera en la caja fuerte cuya clave secreta conocía desde niña. Nunca la había abierto. No le interesaba en absoluto lo que había dentro.

Llamó por teléfono a su mamá para avisarle de su llegada y para saber a qué hora iban a regresar.

–Estamos cenando en la casa del embajador del Japón. Llegaremos tarde, hija.

Maggie no perdió más tiempo y abrió la caja. Vio una memoria USB encima de otros documentos. Observó su posición exacta para volverla a dejar en el mismo lugar. Subió a su cuarto y encendió su portátil. Metió la memoria y comprobó que contenía lo que estaba buscando. Se recostó en su cama y con el portátil sobre sus rodillas inclinadas, comenzó a leer atentamente.

"Amadeo Rossi es su verdadero nombre" –se emocionó al ver su foto de hacía dos años–. "Wow, estos son sus cuadros. Por eso que sabía tanto de pintura" –continuó leyendo–. "Experto en artes marciales. Por eso tenía esos músculos, esos abdominales" –se tocó la frente–. "Mierda. He hecho el amor con un psicópata asesino" –meneó la cabeza y las manos le comenzaron a sudar–. "Y creo que hasta me enamoré de él" –hizo un puchero–. "Por eso que no me llamaba" –suspiró con aire de preocupación–. "Pero qué estupideces estoy diciendo" –se secó un par de lágrimas y continuó leyendo–. "¿Qué rayos es esto? ¡Mi papá fue a verlo!" –se puso de pie, cogió el control remoto y subió dos grados la temperatura del aire acondicionado. Sentía frío–. "¡Miércoles!" –exclamó, acomodándose la almohada detrás de la espalda–. "Esta es su dirección. Lo están vigilando. En este esquema está la posición de la cámara… Un GPS en su auto" –movió la cabeza–. "Si papá le ha encargado el caso a Alejandro Ferrara y no lo ha entregado a la policía, quiere decir que duda de que sea culpable… Cuánto cariño le tenía. Pobre."

Maggie hizo una copia de la USB, bajó al estudio sigilosamente y la dejó en su sitio.

Con la emoción que le brotaba por los poros se fue a acostar. Pensó en ir a buscarlo apenas le fuera posible.

Al día siguiente se levantó temprano y acompañó a su papá a tomar desayuno.

–¿Qué pasó con Carlos, papá?

–Decidió marcharse.

–Papá, todos saben que era un impostor. ¿Por qué no me dices la verdad?

–¿Has hablado con él?

–No, no me ha llamado, y cuando yo he querido hacerlo su

teléfono estaba fuera de servicio. Berenice me dijo lo que pasó.

El ingeniero le contó todo, excepto que había ido a hablar con él, que sabía dónde estaba, que estaba siendo vigilado y que Alejandro Ferrara y sus hombres iban a investigar a fondo su caso. No quiso darle falsas esperanzas acerca de su inocencia, porque conocía lo impulsiva que era su hija.

La llegada de Amadeo a Termania coincidió con el inicio del verano. Su casa estaba apartada de la ciudad. Se encontraba en medio de un bosque a cien metros de un hermoso lago. Era una cabaña de tres habitaciones. Un sitio ideal para esconderse y pasar inadvertido por mucho tiempo. Tenía la despensa llena, y, además, iba a pescar todas las noches con buenos resultados.

La compró muy deteriorada a una pareja de ancianos que se la vendió para recluirse en un asilo. La había mandado a reparar y desde hacía unos meses estaba habitable y en perfectas condiciones. Tenía aparcado en la puerta un Volvo del año preparado para cualquier eventualidad. A sus vecinos no los conocía. La cabaña más cercana estaba a poco menos de un kilómetro. Ignoraba, obviamente, que se trataba de los hombres de Alejandro que vigilaban sus movimientos día y noche.

22

Las oraciones terminaron y todos los que estaban reunidos en el bosque Prendor, en las afueras de la ciudad de San Bernardo, comenzaron a regresar a sus hogares. Una señora vestida de negro que lo seguía de cerca, se le acercó temerosa.

–Profeta, ¿podría concederme cinco minutos de su tiempo?

–Sí, por supuesto.

–Pero… podría ser en privado.

Muchas personas venían caminando al lado de él.

El Profeta se detuvo, puso la mano en la espalda de la señora y la condujo a un lugar apartado, haciéndole indicaciones con la mano a sus amigos para que siguieran de largo.

–Profeta, mi nombre es Ofelia Drago. Soy la viuda del chófer del difunto Roberto Rossi.

Al Profeta se le abrieron los ojos.

–Quiero remediar el daño que he hecho.

A la señora se le hizo un nudo en la garganta y no pudo continuar.

–Tranquila, no llores. Sentémonos sobre la hierba… Tranquila.

La señora se acomodó en el prado mientras el Profeta oraba

en silencio por ella.

–¿Pasó? –le dio unas palmaditas en el hombro.

Ofelia asintió con la cabeza.

–¿Cuál es el daño que has hecho, Ofelia?

–Mi esposo colaboró con los asesinos del señor Rossi, Profeta.

–Llámame Frank. Mi nombre es Frank.

–Frank, sí.

–Sigue.

–Mi esposo fue su cómplice. Los sacó de la casa en la maletera de su auto después que cometieron el crimen. Le pagaron por hacerlo. El dinero me lo dio a mí el mismo día que murió… o que lo mataron. Me dijo que escapara con mi hijo, que viniera acá, a este país, que me daría el alcance después.

–¿Quién los metió en la casa?

–El abogado Andrés Mujica, amigo del difunto.

–Lo mataron a él también.

–Sí, al parecer lo traicionaron.

–También los metió en la maletera.

–Sí.

–¿Tú sabías algo antes del crimen?

–No, Frank. Le cuento como sucedió: –Ofelia se acomodó en el pasto y arregló su pelo–. Mi esposo, antes de que sufriera el accidente que lo mató, estaba manejando mucho dinero. Yo le pregunté de dónde lo había sacado, él me dijo que se había ganado la lotería. Le pregunté por qué no me lo había dicho. Él me respondió porque después todo el mundo nos iba a pedir dinero y hasta los ladrones iban a estar detrás de nosotros para robarnos. Estaba muy inquieto en esos días. Cuando llegaba a la casa paraba mirando por la ventana y cualquier ruido lo ponía nervioso. Hasta se compró una pistola. El día que murió, antes de salir, me confesó lo que había hecho. Estaba moralmente destruido.

–¿Te dijo quiénes eran los que lo habían contratado?

–No lo sabía. Todos los contactos eran por teléfono. El muchacho, el nieto de don Roberto…

–Amadeo.

–Sí. Es inocente, Frank. Yo tengo este cargo de conciencia que no me deja dormir en paz. El mes pasado cuando usted se presentó en el estadio, fui a verlo. Me conmovieron sus palabras. Ese día le prometí al Señor que confesaría todo. Después supe que iba a regresar, y me vine para hablarle.

–Bendito sea Dios –dijo el Profeta levantando las manos al cielo–. Gracias, Señor.

–El dinero que me quedaba se lo regalé a los pobres. Era dinero de sangre, maldito, como usted dijo cuando habló del dinero de los narcotraficantes. Para mí era lo mismo y hasta peor.

–Hiciste muy bien en esconderte y en regalar el dinero a los pobres. Salvaste tu vida y la de tu hijo. ¿Tu marido conocía a los asesinos? ¿Te dijo cómo se llamaban?

–No, no los conocía. Él, lo único que hizo fue dejarlos en una casa en las afueras de la ciudad.

–¿Te dijo dónde quedaba la casa?

–No.

–Si vamos a la policía y le contamos tu versión, no servirá para incriminar a los verdaderos culpables. Tu marido está muerto y a los otros dos no los conocía. Quizá también los mataron después que tu esposo los dejó. No hay forma de relacionarlos. No tienes la menor idea de quienes los contrataron. Si al menos supieras dónde los dejaron. La casa sería un punto de partida.

–No me lo dijo. Era una casa en el campo, apartada de la ciudad.

–Si declaras lo que me has dicho, te incriminarán como cómplice de tu marido y por haber encubierto por tanto tiempo la verdad. Y los verdaderos culpables seguirán en libertad.

–Pero mi declaración puede ayudar a Amadeo.

–Sí, quizá Amadeo quedaría libre de culpa, pero tú irías a la cárcel.

–Estoy dispuesta a ir a la cárcel, Frank, si con eso puedo ayudar a Amadeo, y quizá a pagar la culpa de mi marido ante Dios.

–Un inocente por otro inocente. No sólo irás a la cárcel, sino que los verdaderos asesinos tratarán de matarte. En la cárcel es muy fácil hacerlo y después argumentar que fue un suicidio o cualquier otro pretexto. Ya lo han hecho con Amadeo. Ahora estamos seguros de que los autores intelectuales fueron los actuales propietarios de las minas. Son dos congresistas y es muy probable que hasta el presidente esté también involucrado. Son gente muy poderosa y no tendrán ningún reparo en cometer otro crimen más para poder dormir tranquilos.

–Al menos Amadeo quedará libre, es el que menos culpa tiene. Yo debí hablar a su debido tiempo.

–No te sientas culpable, Ofelia. Tu comportamiento está justificado. Tu esposo te había dicho que te matarían a ti y a tu hijo. Te aseguro que no exageraba. Esa gente es perversa… Amadeo por el momento está libre y está bien. No debes preocuparte.

–El pobre vivirá escondiéndose, Frank. Yo quiero testificar. Ya no me importa lo que me pueda pasar. Mi hijo está a salvo. Ya no

tengo miedo, estoy con el Señor.

–El Señor tendrá en cuenta tu valerosa actitud, Ofelia, pero Él quiere que los culpables terminen en la cárcel y tu testimonio será muy valioso para ese fin, pero no ahora, no en este momento. Lo utilizaremos más adelante sin lugar a dudas, pero en el momento oportuno.

Ofelia sintió que las palabras del Profeta habían sido inspiradas por Dios y asintió con la cabeza.

–De todas maneras, para que descargues tu responsabilidad y tu conciencia, te pido que todo lo que me has contado me lo repitas para que pueda registrarlo.

El Profeta le mostró su móvil y Ofelia asintió con los ojos cerrados.

–Cuando yo diga tres, tienes que decir que tu declaración la haces de propia voluntad, y que nadie te está obligando.

Después de haberla grabado y de haber orado juntos, se despidieron quedando en encontrarse más adelante.

–Si Ofelia hubiera declarado, no hubiera durado mucho –comentó el Profeta.

–Ahora que se acercan las elecciones su declaración sería una bomba –comentó el abogado Larrañaga–. Si bien es cierto que no podría desenmascararlos ni probar nada en contra de ellos, pondría en alerta a los electores sobre su presunta culpabilidad.

–Los haría perder las elecciones, sin lugar a dudas. Ninguna mujer está dispuesta a ir a la cárcel por una autodeclaración falsa –acotó Celsius–. Seguramente que la han buscado hasta el cansancio para eliminarla. Hizo bien en viajar ese mismo día.

–Ahora hay que actuar rápido e hilar muy fino para usar su declaración de la mejor manera –dijo el Profeta, acomodándose en el sillón–. La inocencia de Amadeo está probada. Ahora debemos salvar a la señora de la prisión y a meter en ella a los que realmente se la merecen. Dios quiera que podamos hacerlo antes de las elecciones.

23

Maggie comunicó a sus padres que se iba a Ibiza a pasar vacaciones, y así lo hizo. El chófer la dejó en el aeropuerto y la vio embarcarse. No bien llegó compró un pasaje a Termania.

En el avión iba repasando el esquema de la ubicación de la cámara que habían colocado los hombres de Alejandro Ferrara en la cabaña de Amadeo. Estaba escondida en un ángulo entre el techo y la pared opuesta a la puerta principal, para ver quién entraba y salía. También cubría el sofá y parte de la mesa.

Se hospedó en el hotel Saboya a orillas del mar, a diez kilómetros de la casa.

Estuvo en la playa en la mañana y después de almuerzo se quedó en la terraza de su habitación para ultimar el plan. Confiaba como su papá en la inocencia de Amadeo, por la sencilla razón de que ningún psicópata asesino podía haber salvado a una empres de la magnitud de la Presthold de la noche a la mañana. Era un hombre superinteligente, bueno, amable y un caballero en todo el sentido de la palabra. No tenía ni el más mínimo rasgo de una persona mala y menos de un peligroso criminal. Estaba dispuesta a encontrarlo y hablar con él. Quería oír de su boca acerca de lo que le había sucedido. Tendría cuidado y sería prudente, aunque estaba casi segura

que había sido víctima de un complot. Su padre no se equivocaba nunca con las personas y ella confiaba en su intuición y su gran experiencia. Aun así, tendría cuidado.

A las once de la noche, vestida de negro, con la adrenalina al máximo, salió del hotel y se dirigió a la cabaña en la moto que había alquilado, una Ducati Monster, también de color negro.

Se detuvo a un kilómetro de la casa, se desvió de la pista y dejó la moto escondida entre unos matorrales. Prosiguió su camino entre los árboles guiada por el GPS de su móvil, hasta que estuvo a diez metros de la casa. La luz estaba apagada y supuso que Amadeo estaría durmiendo. Sin hacer ruido se acercó a la ventana que daba al lado de su cama y dio tres toques con el dedo índice, en el momento que una mano le tapó la boca y un brazo rodeó su cuerpo paralizándola.

–¡Maggie! –susurró Amadeo a su oído–. ¿Con quién has venido?

Maggie no podía hablar porque Amadeo le tapaba la boca.

Amadeo miró a todos lados sin soltarla. Esperó unos segundos mientras Maggie se movía como una culebra tratando de liberarse.

Amadeo apartó ligeramente la mano de su boca, para tapársela de nuevo si se ponía a gritar.

–Amadeo, he venido para ayudarte. En tu casa hay una cámara, tu auto tiene un GPS y hay una pareja en la casa vecina que te vigila –susurró Maggie.

–Tu padre me siguió.

–Sí, pero está tratando de ayudarte. Ha mandado a Alejandro Ferrara a Ravenia para investigar. Tengo una Ducati escondida en el bosque a un kilómetro. Agarra tus cosas y vámonos.

–¿La cámara dónde está?

–Frente a la puerta, en la pared de enfrente.

–¿Es la única?

–Sí.

–¿Estás segura?

–Completamente. Toda la información la tengo en un lápiz de memoria. Lo saqué de la caja fuerte de mi papá.

–Espérame acá. Voy por mis cosas. Tienen que verme entrar. Saldré por esta ventana.

A los pocos segundos, Amadeo entró en la casa con su caña. Metió en la nevera dos truchas que había pescado en el lago. Se metió en su cuarto y encendió la televisión que estaba colocada encima de la cómoda siguiendo la rutina de todas las noches. Por lo general veía una película, algún partido de fútbol o dos capítulos de alguna serie

de Prime o Netflix.

Maggie estaba afuera observándolo. Amadeo abrió la ventana.

–En otras circunstancias, te hubiera pedido que te quedaras acá conmigo.

–Apartados de todo y comiendo truchas todos los días –sonrió Maggie–. Me encantaría. Cuando pase todo vendremos seguido. Te lo prometo. Pero ahora es mejor si nos vamos.

Amadeo dejó encendida la televisión y salió por la ventana. Se alejaron de la cabaña, se internaron en el bosque hasta donde estaba la moto y se dirigieron al hotel.

Amadeo se quedó esperando en la playa mientras Maggie recogía sus cosas. A los pocos minutos tomaron un taxi que los condujo a la Plaza de la Libertad donde Amadeo había dejado una Range Rover para casos de emergencia. Los hombres de Alejandro Ferrara no sabían de su existencia. Subieron y se dirigieron a Peruner, un país colindante a siete horas del lugar.

–¿Cómo hiciste para darte cuenta de mi llegada? ¿Tenías cámaras en el bosque?

–No, había salido a pescar como todas las noches. Cuando estaba regresando te vi entre los árboles y te seguí.

–No sabías que era yo.

–No. No se podía ver bien por la oscuridad. Pensé que venías a matarme. Estuve a punto de torcerte el cuello. No lo hice porque tocaste despacito la ventana. Un killer no te advierte que está entrando a tu casa para asesinarte.

Maggie rio.

–Cuando te abracé, reconocí tu perfume.

–Uf. De la que me salvé –Maggie le dio un beso en la mejilla– Amadeo, eres inocente ¿verdad?

–No lo sé.

A Maggie se le congeló la sangre.

–Todavía no te acuerdas lo que pasó.

–No. Pero cuando estaba en la cárcel me enteré que habían contratado a un asesino profesional para eliminarme. Esa es la única cosa que tengo a mi favor para creer que lo sea.

–Los asesinos de tu abuelo querían matarte antes de que recuperaras la memoria.

–Eso fue lo que me dijeron unos amigos, Maggie. Podría ser verdad, pero si no lo es, corres peligro a mi lado. Por eso es mejor separarnos cuanto antes. Regresa a tu casa o mejor regresa a Ibiza para que no sospechen de ti. Yo seguiré adelante. No vaya a ser que me transforme en el señor Hyde y te quiera cortar en pedacitos.

–Sólo si me prometes que me llamarás todos los días, doctor Jekyll.

–Es peligroso. Tu papá debe tener intervenido tu teléfono.

Maggie sacó de su bolso un móvil.

–Otro número –canturreó coqueta.

–Si esto termina bien podríamos abrir una agencia de detectives.

–¿Tienes nuevos documentos?

–Sí, el último que me queda está en la guantera. Está junto con mi celular nuevo. Sácalo y déjame tu número.

Maggie la abrió, sacó el móvil y puso su número, después se recostó en su hombro y se quedó profundamente dormida.

Pasaron la noche viajando y atravesaron la frontera en la mañana.

–Amadeo mi avión está por salir. Te llamo cuando llegue a Ibiza… cuídate mucho… Te quiero.

–Yo también te quiero, Maggie.

Un beso y un efusivo abrazo selló la despedida. Maggie le hizo adiós con la mano antes de cruzar la puerta de embarque.

24

Mientras tanto, en Ravenia, Alejandro Ferrara había infiltrado una agente especial en la oficina principal de las minas Rossi. Su nombre era Wendy Marshall. Había sido contratada como secretaria. Era psicóloga de profesión, sabía cinco idiomas y era una experta en introducirse en las empresas para obtener información. Poseía una bella figura, un rostro angelical y su seductora sonrisa podía derretir un bloque de hielo en pocos segundos. Aparentemente frágil e inofensiva era un concentrado de la más fina seducción oriental. Le bastaba echar unas cuantas gotas en sus víctimas para provocar simpatía, admiración o, dependiendo del caso, una pasión desenfrenada. Era, además, la novia de Alejandro Ferrara.

Sus compañeros de trabajo, desde que se enteraron que era soltera y sin compromiso, se hacían la competencia para invitarla a salir. Debido a la premura del tiempo para efectuar la investigación, había exagerado un poco con las dosis y tenía alborotado a sus colegas de la minera.

Cuando Alejandro le informó que Gregorio Crespo había trabajado en el piso de los senadores en el período que se cometieron los crímenes, ella afinó su puntería sobre él. Y a pesar de que era huraño y extremadamente reservado, a los pocos días lo tuvo a su

merced, atrapado en su tupida telaraña.

Gregorio era un trabajador implacable y se quedaba casi siempre en la oficina después del horario para terminar algún trabajo extra, así no le fuera remunerado. Wendy se ofreció en darle una mano y él aceptó sin hacerse de rogar.

–¿Desde cuándo trabajas acá? –preguntó Wendy después de dos horas de arduo trabajo. Wendy lo invitó a hacer una pausa.

–Desde hace diez años. Empecé a los veinte. He pasado por casi todos los departamentos.

–¿Cuál ha sido el peor?

–Gerencia, al lado de los propietarios.

–¿Has trabajado con ellos?

Wendy se hizo la sorprendida.

–Sí, dos años.

–Bueno, los jefes siempre son muy exigentes y se creen lo que no son.

–El antiguo propietario, el señor Roberto Rossi, era diferente. Él sí era un caballero con todos los empleados.

Wendy paró las antenas.

–¿El que murió?

–Lo mataron.

Wendy asintió bajando la mirada con un suspiro fingido.

–Wendy, te quisiera contar algo que no se lo he dicho a nadie. Pero tienes que prometerme que guardarás el secreto.

–Te lo prometo.

Wendy levantó la mano derecha mientras con la izquierda encendía la grabadora de su móvil.

–Los propietarios son los asesinos. Los senadores Fuentes Garrido y Carrasco.

–He oído esa versión, Gregorio, pero no se puede afirmar…

–Yo los escuché.

Wendy sintió que un pez grande había mordido el anzuelo.

–¿Qué cosa escuchaste?

Gregorio miró a todos lados y le pidió a Wendy de acercarse a su escritorio. Wendy arrastró su sillón giratorio hasta ponerlo pegado al suyo. Gregorio no obstante la cercanía, comenzó a hablar en voz baja.

–Al poco tiempo que ocurrió el crimen, yo me quedé para terminar un trabajo. Lo hago casi siempre como te habrás dado cuenta. Esa noche necesitaba un documento que se encontraba en el despacho de Terrones, que está al lado de las oficinas de Fuentes Garrido y de Carrasco.

–¿Quién es Terrones?

–Era el contador general. Su oficina estaba al lado de la de ellos. En el mismo departamento. Yo tenía autorización para entrar en ella a cualquier hora, así no estuviera.

–Bueno, ¿y qué pasó?

–Cuando entré, vi la luz prendida del despacho de Fuentes Garrido. No le di importancia porque pensé que estaría trabajando.

–Espera, ¿tu oficina dónde estaba?

–En el mismo piso de ellos, pero al otro lado del pasillo, donde están los empleados administrativos. No se puede ver desde su oficina. Hay que dar toda la vuelta.

–Ya. Sigue.

–Encendí la luz para buscar el documento y escuché que estaban hablando Fuentes Garridos y Carrasco. Fuentes Garrido dijo: "El chico no ha recuperado la memoria. No tenemos necesidad de eliminarlo por ahora." Carrasco le contestó: "Es verdad, y ahora incluso nos conviene que siga así. Mejor no han podido salir las cosas. No hay forma de que se defienda en su estado. Al chófer lo matamos ayer y los asesinos del abuelo están bajo tierra." Carrasco dijo: "De todas maneras habrá que eliminarlo, así no corremos el riesgo de que en algún momento recupere la memoria. Es lo que ha sugerido Obregón."

–Espera, espera –lo interrumpió Wendy–. Obregón es Esteban Obregón, el presidente ¿verdad?

–Sí. El mismo.

–Sigue.

–"Si lo matamos ahora, sospecharán inmediatamente de nosotros. Ahora es mejor tenerlo vivo, culpable, desmemoriado y encerrado. No bien entre a la cárcel lo eliminamos. En la cárcel mueren presos todos los días. Nadie sospechará." Carrasco dijo: "Hay un tal Celsius, apoyado por el Profeta, que está investigando." Fuentes Garrido le dijo: "No te preocupes. No van a encontrar absolutamente nada y al final hasta ellos pensarán que Amadeo es culpable." Carrasco le dijo: "Estoy de acuerdo contigo. No podemos matar a todo el mundo. Y menos a los que lo defienden, sería aún más sospechoso." Fuentes Garrido dijo: "Obregón no quiere que nadie piense mal de él ahora que va a empezar con su campaña, así que tendrá que hacernos caso. Yo me encargo de hablarle y hacerle entender que es mejor esperar."

–¡Gregorio! –exclamó Maggie–. Si se hubieran dado cuenta que los estabas escuchado…

–Ya no estaría acá contándote nada.

–¿Y cómo hiciste? –Wendy no fingía más. Estaba realmente emocionada. Había dado con un testigo clave, quizá el único del caso.

–No bien los escuché hablando de esas cosas, me escondí detrás de las cortinas. Me senté en el muro de la ventana para que no se me vieran los pies.

–Estabas con la luz prendida.

–Sí, por eso me escondí. No se habían dado cuenta que la había encendido, pero ya no podía apagarla porque eso quizá hubiera llamado su atención. Por eso que me escondí. Cuando salieron vieron la luz encendida. Carrasco entró se paseó por la oficina y la apagó.

–Pensó que Terrones se había olvidado de apagarla.

–Sí, gracias a Dios. Me quedé escondido hasta que se fueron y no salí hasta que los vi por la ventana partir.

–¿Grabaste su conversación?

Maggie señaló su móvil.

–No.

–¿Por qué?

–Estaba asustado. Lo único que atiné a hacer fue bajar el volumen por si entraba una llamada.

Wendy se mordió un labio, hubiera sido la prueba que todos estaban buscando.

–Estaba paralizado de miedo, Wendy. Por un momento pensé en hacerlo, pero si me descubrían y encima encontraban la grabación de su conversación no hubiera tenido ninguna chance.

–No la hubieras tenido de ningún modo.

Wendy dio un suspiro.

–Felizmente que no le comentaron a Terrones que había dejado la luz prendida. Él les hubiera dicho que te habías quedado a trabajar.

–Sí, esa era mi preocupación. Pero al parecer no le dieron importancia.

–Y felizmente que cuando salieron no se dieron cuenta de que tu oficina estaba con la luz prendida.

–No, yo cada vez que salgo la apago.

–Para ahorrarle a la compañía.

Gregorio asintió avergonzado.

–¿Por qué no los denunciaste a la policía?

–¿Por qué crees? Son dos senadores de la República, en complicidad con el presidente. Hubiera muerto en la comisaría.

–Pero pudiste presentarte en el juicio como testigo.

–Era su palabra contra la mía.

–Te entiendo… Y ahora yo también estoy involucrada. Tenemos que hacer algo. No podemos quedarnos con las manos cruzadas. Tres asesinos, están gobernando el país.

–Baja la voz. Tendría que hablar, lo sé. Lo he pensado tantas

veces.

–¿A quién se lo has contado?

–A nadie. Tú eres la primera que lo sabe.

–Es necesario que registres tu declaración, que hagas un video. Es tu seguro de vida. Hazlo, Gregorio y dame a mí una copia o a alguien de tu entera confianza. A tu novia, a tu mamá.

–No tengo novia y mi mamá está en el cielo. Te lo daré a ti. Y si tú estás de acuerdo, lo publicaremos en Internet, y viviré escondido por el resto de mi vida. Ya no puedo más con este peso.

Los ojos de Gregorio enrojecieron.

Wendy lo abrazó. Gregorio temblaba.

–Podemos buscar al abogado de Amadeo.

–Ya lo deben haber comprado.

–Déjame pensar esta noche. Mañana decidiremos qué hacer.

A las ocho de la mañana del día siguiente, antes de entrar en su oficina, Henderson leyó en la pantalla de su móvil el mensaje de Alejandro Ferrara. El ingeniero levantó las manos al cielo y agitó los puños en el aire como si estuviera celebrando el gol de la victoria del campeonato mundial.

Su secretaria lo quedó mirando sonriente. “Jefe contento, día tranquilo,” pensó.

Solo, en la intimidad de su despacho, apoyó la frente en sus dedos y emocionado hasta las lágrimas murmuró:

–Lo sabía, lo sabía. Carlos es inocente. Te ayudaremos muchacho. Juro que te ayudaremos.

Como respuesta escribió.

“Felicitaciones, Alejandro. Hemos ganado una batalla. Terminemos esta guerra de una vez. Dale un beso a Wendy de mi parte.”

Como era justo, Henderson le escribió a Maggie por WhatsApp:

“Inocente”

Por primera vez Henderson puso una carita feliz al final del mensaje.

Maggie cuando lo leyó saltó de alegría y se lo comunicó inmediatamente a Amadeo.

Amadeo no se alegró tanto porque pensó que podría tratarse de una trampa de su papá.

–¿Tienes más detalles?

–No… Oye, oye, mi papá sería incapaz de engañarme en una cosa así. No se lo perdonaría. Mañana regreso, me informo bien y te llamo.

Esa noche Maggie y Amadeo conversaron por primera vez

acerca del futuro.

En el cuartel general de Alejandro se trabajaba día y noche.

–La versión de Gregorio se ajusta a la verdad –dijo Samir, el hacker del equipo, después de salir del server de la compañía minera gracias a los datos que le había proporcionado Wendy–. Los senadores salieron de la empresa a las 19:32. Gregorio a las 19:44. Tenemos los videos y la hora.

–Pero eso no prueba nada –dijo Alejandro Ferrara–. Es su palabra contra la suya. Los senadores pueden incluso abrirle juicio por difamación. Podrían alegar que es una trampa del partido Nacional para ganar las elecciones.

–Al menos tenemos la certeza de que Amadeo es inocente –dijo Wendy.

–Es un gran paso adelante –comentó Samir–.Yo tenía confianza en ese muchacho.

–¿Tú tenías otra novedad, Javier? –preguntó Alejandro.

–Sí, fui a visitar a Celsius, el investigador que trató de ayudar a Amadeo por encargo del Profeta. Hablé con su secretaria. Mañana tengo una cita con él –prosiguió Javier–. Quizá tenga algo que nos pueda interesar.

–Está bien –dijo Alejandro Ferrara–. Eso es todo, muchachos. Hemos tenido un excelente día. Pero no olvidemos que en adelante debemos tener mucho cuidado. Si nos descubren, nos acusarán de espías internacionales y nos dejarán podrir en alguna de sus cárceles.

–Gregorio me acaba de enviar el video con su declaración oficial –dijo Wendy orgullosísima, mirando la pantalla de su móvil.

El equipo entero la rodeó. Al finalizar, la premiaron con un sonoro aplauso que ella lo recibió con los brazos en alto como una campeona. Luego de los abrazos y felicitaciones, Alejandro la invitó a comer.

Al día siguiente se reunieron Javier y Celsius en la casa de un hermano de la comunidad. Javier le explicó que estaba investigando el caso por parte de un amigo de Amadeo.

–¿Cómo sé que no te han mandado los que lo quieren ver muerto?

–Si lo hubiéramos querido matar, lo hubiéramos hecho.

Javier le enseñó el video de Amadeo cuando estaba en la cabaña. A Celsius se le abrieron los ojos al máximo cuando vio a Amadeo entrando a la casa con su caña de pescar y dos truchas en la mano.

–Lo teníamos vigilado día y noche. Si pudimos ponerle una cámara en su casa también hubiéramos podido envenenar su agua o matarlo mientras dormía. Piensa un poco. La gente que lo quiere

matar lo hubiera hecho en el acto sin estar dándose el trabajo de estar poniéndole cámaras escondidas. No tiene sentido. Ellos lo quieren ver muerto.

–¿Sigue ahí?

–Se escapó.

–¿Sabes dónde se encuentra?

–No.

–¿Por qué lo quieres ayudar?

–No te puedo dar esa información.

Celsius se tocó la cabeza.

En ese momento salió el Profeta de una de las habitaciones.

–¡Profeta! –exclamó Javier sorprendido, e hizo una venia con todo el respeto del mundo. Veía siempre los videos que transmitían sus seguidores.

–Frank, prefiero Frank.

–Es un honor, Frank –Javier le extendió la mano–. Mi nombre es Javier. Sabemos quiénes son los verdaderos asesinos. Tengo otro video que lo demuestra.

–Nos gustaría verlo –dijo el Profeta.

–Por supuesto, Frank –dijo Javier que no cabía en su pellejo.

Javier pasó el video de Gregorio Crespo.

Celsius aplaudió.

–¿Cómo lo has conseguido?

–Eso sí que no puedo decirlo. No es que desconfíe, sino que tengo órdenes de no revelarlo.

–Nosotros también tenemos un video que enseñarte –dijo el Profeta mientras asentía con la cabeza indicando a Celsius de mostrárselo.

Celsius le hizo ver el video con la declaración de Ofelia Drago, la esposa del chófer.

Javier les devolvió el aplauso.

–Tenemos dos declaraciones valiosísimas, pero que pueden ser fácilmente refutadas –dijo Celsius.

–Pienso igual –respondió Javier–. En el caso de la esposa del chófer, nada relaciona a los verdaderos asesinos con el crimen. En el de Gregorio, ellos lo negarán y será su palabra contra la suya.

–Amadeo es inocente –suspiró el Profeta.

–Lo sabemos, pero hay que probarlo –dijo Celsius.

–Podríamos mandar los videos a los senadores para ponerlos nerviosos –sugirió Javier.

–Es mejor que no los vean todavía –Celsius meneó la cabeza–. Nos mandarán a la policía completa. Si hasta ahora nos han dejado tranquilos es porque no teníamos pruebas. Nos acabarán. Ellos

saben que los únicos que seguimos investigando somos nosotros. No duraríamos una hora vivos, pero primero nos harían hablar.

–¿La mujer está dispuesta a declarar? –preguntó Javier.

–Está dispuesta a que la metan a la cárcel –dijo Celsius–. Está dispuesta a morir.

–Ella testigo del asesinato, y Gregorio del complot. Primero y segundo, el almuerzo está listo, amigos –dijo Javier, poniéndose de pie–. Mañana ¿podemos volver a vernos?

–Por supuesto que podemos –Celsius terminó de escribir y le dio un papel–. Te esperamos a las once de la noche, pero en esta dirección.

Intercambiaron los videos y Javier abandonó la habitación con una sonrisa en los labios.

25

–Reabriremos el juicio con sus declaraciones –dijo Alejandro Ferrara–. Wendy, tienes que convencer a Gregorio para que testifique.

–Tendré que proponerle matrimonio.

–El juicio tendremos que iniciarlo con una campaña publicitaria nunca antes vista. Emitiremos videos donde Gregorio y Ofelia pidan protección. Exageraremos. Dirán que son amenazados constantemente. Haremos que la gente los adore. Que lloren, que sean los héroes del pueblo que ponen en riesgo sus vidas para librarnos de unos asesinos. Concederemos entrevistas secretas a las más famosas revistas del mundo. Y por supuesto prepararemos un programa de seguridad jamás visto para darles protección.

–Señuelos, noticias falsas. Lo he visto aquí, lo he visto allá –dijo Samir.

–Y el día que tengan que declarar ante el juez, seguridad máxima. Guardaespaldas de dos metros, chalecos antibalas –dijo Javier.

–Sí, por supuesto, pero no creo que intenten nada, eso demostraría su culpabilidad –dijo Johnny, el experto en interceptación telefónica.

–Legalmente llevan las de ganar –dijo Arturo González, el

abogado.

–Removiendo el guiso estoy segura que aparecerá una presa más –dijo Wendy.

–Pueden enjuiciar a Gregorio por difamación. Alegarán que es una jugada del partido Nacional para desprestigiarlos –añadió Arturo–. Será su palabra contra la de ellos.

–¿Partido Nacional? –preguntó Javier.

–Es su principal rival en las elecciones. Comparten el primer lugar en las encuestas.

–Propongo darle toda la información al partido Nacional –dijo Javier.

–Gran idea –dijo Alejandro Ferrara–. Si nos agarran, ellos se encargarán de liberarnos. Les estaríamos dando en bandeja de plata el triunfo en las elecciones con amplia mayoría en el congreso… Mmm –se tocó la barbilla–. Se me acaba de ocurrir un plan.

Al día siguiente Wendy y Gregorio salieron juntos de la oficina y se fueron a comer a un restaurante japonés.

–¿Qué has pensado? –preguntó Gregorio.

–Nos vamos a juicio.

Gregorio soltó una carcajada.

–Estás bromeando.

–Mira.

Wendy le enseñó el video de la esposa del chófer.

Gregorio pegó la espalda contra su silla con los ojos desorbitados.

–¿Quién eres?

–Trabajo para una organización que quiere ayudar a Amadeo y al país.

Gregorio pensó en una fracción de segundo que podía tratarse de una trampa.

–Trabajo para el Profeta, Gregorio. Si trabajara para los asesinos, no hubieras podido ni siquiera llegar a tu casa anoche. Ya no estarías vivo.

–¿Trabajas para el Profeta?

–Sí.

–Demuéstramelo.

Wendy, previniendo el momento, le hizo ver otro video donde estaba ella con el Profeta.

–“Gregorio, Wendy es mi amiga y me está ayudando a meter a la cárcel a los asesinos de Roberto Rossi y a liberar al país de los criminales que lo gobiernan. Confía en mí. Confía en ella y sigue sus instrucciones al pie de la letra para que no te suceda nada. Que Dios te bendiga, hermano.”

Gregorio le devolvió el móvil.

–¿Ahora me crees?

Gregorio la atravesó con la mirada. Acto seguido, levantó los dos dedos pulgares.

Wendy como agradecimiento le dio un beso y Gregorio se sintió más que satisfecho con el pago.

–Gracias, Gregorio.

–Gracias a ti.

Al día siguiente el Profeta habló con un alto dirigente del partido Nacional que pertenecía a su comunidad, y le habló de los videos. Concertaron una cita on line, el mismo día, con Juan Carlos León, el candidato presidencial y jefe del partido. En una sesión secreta en la casa de León, los transmitieron ante la mirada atónita de todos los presentes.

–Ponemos a vuestra entera disposición los mejores abogados del país para apoyar la defensa –dijo Juan Carlos León emocionado–. Correremos con todos los gastos para darlos a conocer en todos los medios. Garantizaremos su seguridad con nuestras vidas si fuera necesario. Agradezco la confianza que has depositado en mí, Profeta. El país entero te lo agradece. Y diles a todos los que han trabajado en esta valiosísima investigación que estoy a su servicio hoy, mañana y siempre. Espero algún día poder conocerlos personalmente.

–Será difícil –comentó Wendy.

–Habla como si fuera un político –bromeó Javier.

Paso número uno, completado –dijo Alejandro Ferrara mientras ponía una equis en la pizarra blanca–. Paso número dos en marcha –dio dos golpecitos sobre el número dos.

Su equipo respondió con una tanda de aplausos.

Cuando el Profeta comunicó la noticia de la inocencia de Amadeo a Fabiola y Ángela, se abrazaron emocionadas y se pusieron a llorar a moco tendido.

–Es un secreto que no he debido decírselos todavía. Espero que sepan guardarlo y que no salga de esta habitación hasta que se haga público. La vida de mucha gente corre peligro.

–Seremos una tumba, Frank. Gracias por confiar en nosotras. No te vamos a defraudar nunca.

El Profeta les contó del apoyo absoluto que les había dado el partido Nacional para reabrir el juicio. Había que seguir rezando y confiar en la ayuda de Dios

–Dónde estará –dijo Ángela, con un tono nostálgico.

–Todavía no lo sabemos.

–Si Dios quiere regresará pronto –dijo Fabiola acariciándola.

26

–¿Estás seguro de lo que dices? –preguntó el senador Fuentes Garrido a Hugo Roca, un empleado que tenía infiltrado en el Partido Nacional ocupando un alto cargo.

–He visto el video con mis propios ojos. La señora se llama Ofelia Drago, y es la esposa del chófer del difunto Rossi. Y el muchacho es un empleado de tu compañía minera. Se llama Gregorio Crespo.

–Es sólo un montaje. El partido Nacional ha creado una farsa para desacreditarnos. No creas una palabra de lo que has visto y está demás decirte que no lo debes comentar con nadie.

–No tendré necesidad, dentro de poco todo el país lo sabrá.

No bien se marchó Roca, Fuentes Garrido llamó por teléfono al presidente Esteban Obregón.

–Es mejor que vengas a palacio… sí, con Carrasco, por supuesto. Los espero en mi despacho enseguida –remarcó–. No hay tiempo que perder.

La reunión se llevó a cabo en el despacho presidencial en el más estricto privado. Después de una acalorada discusión, acordaron culpar a Amadeo de una serie de asesinatos ocurridos en el centro la noche anterior, y al Profeta de haber cometido abusos sexuales contra

menores de edad.

Estaban seguros de poder refutar las acusaciones. La esposa del chófer no los relacionaba para nada con los crímenes. No tenía nombres ni prueba alguna que sustentara su declaración. Lo mismo ocurría con el empleado de la compañía minera. Sería su palabra contra la suya.

Esa misma tarde, los principales canales de televisión que apoyaban al gobierno, sobornados con grandes cantidades de dinero, publicaron en sus noticieros que Amadeo había sido visto por testigos oculares en el lugar donde había ocurrido un asesinato múltiple con arma blanca de tres personas en el centro. Incluso uno de ellos lo había fotografiado cuando huía. La foto había sido hecha en por expertos profesionales en un estudio.

El Profeta fue arrestado, esposado y llevado a la comisaría con los cargos de violación de dos menores de edad. Los padres de las niñas lloraban afligidos cuando se les entrevistó. La noticia causó estupor en los medios. La gente indignada marchó por las calles. Las casas de sus seguidores fueron apedreadas y sus autos incendiados.

El equipo de Alejandro Ferrara decidió no publicar los videos hasta el día del juicio. Dadas las circunstancias, no hubieran sido acogidos como lo tenían planeado. Hubieran causado el efecto contrario en medio del ambiente adverso y hostil que se había creado en torno a las figuras de Amadeo y el Profeta.

A la semana siguiente, el juicio de Amadeo se reabrió con la aparición de los nuevos testigos. La noticia ocupó los titulares de todos los periódicos y fue ampliamente comentada en las redes sociales. Los mejores abogados y juristas del partido Nacional dieron asesoría y su total respaldo al abogado Abraham Larrañaga, encargado de la defensa de Amadeo.

Por su parte el presidente y sus cómplices, esperaban seguros la victoria. Habían planeado culpar al partido Nacional por tratar de desprestigiarlos. A Amadeo se le atribuyó otro homicidio más, ocurrido en las inmediaciones de un bar.

Celsius había recibido constantes amenazas. Y se vio obligado a mandar de viaje a su esposa y a su hija para proteger su integridad. Él permaneció escondido hasta el último momento.

El día del juicio, el juzgado estaba desde muy temprano lleno de periodistas que ocupaban las aceras, las escaleras de la entrada y los pasillos interiores esperando que se abriera la sala.

Los dos testigos habían llegado muy temprano en un auto negro escoltado por dos autos patrulleros. Cuando bajaron los rodeó un numeroso grupo de hombres, guardaespaldas especializados contratados por el partido Nacional, secundados por las fuerzas del

orden. Era prácticamente imposible acercárseles.

Los senadores habían sido citados para realizar sus descargos por la denuncia de la que habían sido objeto. El abogado Larrañaga preparaba la pantalla de proyección mientras se esperaba la llegada del juez Delano Berardi.

La señora Ofelia Drago, esposa del difunto chófer, fue la primera en prestar juramento. Después, ante la solicitud del abogado Larrañaga, repitió lo que había dicho en el video.

Cuando terminó, el abogado Larrañaga dijo que no tenía ninguna pregunta porque su declaración había sido clara y precisa.

El defensor de los senadores, el abogado Zan Lingren le preguntó:

–¿Su esposo le dijo los nombres de los que supuestamente habían cometido el múltiple homicidio?

–No lo sabía. Nunca los había visto.

–¿Cuánto dinero le dejó su esposo?

–Cincuenta y cuatro mil dólares.

–¿Todavía los tiene?

–No.

–¿Qué hizo con el dinero? Usted viajó a San Marcos. Podría demostrar en qué gastó esa suma. Tendrá algún recibo de alquiler, facturas que puedan sustentar que en verdad tuvo en su poder esa cantidad.

–Estuve hospedada en la casa de una amiga. Gasté sólo una parte del dinero, la otra la regalé a los pobres. No tengo facturas que puedan probarlo.

–¿Cuánto regaló a los pobres?

–Casi cincuenta mil. Después que oí al Profeta, no quise quedarme con ese dinero porque estaba manchado de sangre.

–¿El Profeta? ¿El que está encarcelado por abusar de dos niñas?

–Él es inocente.

–Los padres de las niñas dicen lo contrario.

Un murmullo se escuchó en la sala.

–Ese dinero ¿a quién se lo regaló? Si usted nos lo dice, será fácil probar que lo tuvo. Las instituciones dan un recibo. O alguna persona a quien se lo haya dado. Es muy sencillo, señora.

–Lo regalé en forma anónima. Llené cien sobres con quinientos dólares cada uno y los iba repartiendo a los mendigos que encontraba.

–Podrá demostrar al menos en qué gastó los cuatro mil dólares.

–Se los di a mi amiga para los gastos de la casa. Pero ella no

va a declarar. Está a cargo de mi hijo y permanecerá en el anonimato.

–No le dio recibo.

–No.

El abogado Lingren se paseó en el estrado dándole tiempo al juzgado para que asimile su teoría.

–¿Su marido se emborrachaba a menudo?

–A veces tomaba con sus amigos los sábados.

–El día que murió fue sábado y estuvo tomando con sus amigos.

–No lo sé.

–Sí, tenemos la declaración del dueño del bar. Según él, su marido salió ebrio del establecimiento, minutos después, su auto superó la barrera de contención y cayó en el barranco. Nadie lo mató como usted pretende hacer creer al juzgado.

–Objeción –se puso de pie el abogado Larrañaga–. Mi defendida no pretende hacer creer nada a nadie. Simplemente ha declarado lo que su marido le dijo el mismo día que murió.

–Objeción aceptada. Continúe abogado Lingren –dijo el juez.

–Señora, ¿Cuánto tiempo trabajó su marido para el señor Rossi?

–Casi once años.

–¿Tuvo alguna vez algún altercado con el difunto o un llamado de atención por parte de él?

–Jamás. Siempre fue un trabajador ejemplar.

–¿Con sus compañeros de trabajo tuvo algún problema?

–Nunca tuvo problemas. Hemos asistido siempre al cumpleaños de cada uno de ellos. Se llevaba muy bien con todos.

–¿No es qué usted, influenciada por el Profeta, inventó esta historia para ayudar al criminal Amadeo Rossi, su gran amigo?

–Lo que he dicho es la verdad.

–Un hombre que durante once años ha sido un trabajador ejemplar, se convierte de un momento a otro en el cómplice de dos asesinos que no conoce, que nadie sabe su nombre ni su paradero, que prácticamente no existieron. Este hombre, que gozaba de un buen sueldo y del aprecio de su jefe, decide un día matarlo y matar además a dos compañeros de trabajo por una cantidad de dinero que no se puede probar que la declarante recibió. Además, en este caso hay un culpable que se encuentra prófugo, Amadeo Rossi, cuyo carácter violento y agresivo es ampliamente conocido. Era intocable, tanto en el reformatorio como en la cárcel, y ahora se encuentra libre cometiendo otros delitos en su estado demencial mientras sus amigos lo tratan de ayudar con declaraciones sin pies ni cabeza –Lingren se acomodó el cabello–. Sus amigos encabezados por el violador de

niñas, que gracias a Dios se encuentra encerrado en la cárcel –hizo silencio–. ¿Qué es esto Señores del jurado? –Lingren levantó la voz, indignado–. Una secta satánica sin lugar a dudas –Lingren señaló con el dedo a Ofelia y a Gregorio–. Cuyo jefe es un pervertido que se hace llamar el Profeta, y su mejor amigo, el ejecutor de sacrificios humanos, asesino de su abuelo… de su abuelo –repitió casi llorando–, y de sus amigos que lo vieron nacer. Esta es una secta del mal, sin lugar a dudas, que engaña, que asesina, que viola niñas, una secta del diablo conformada por fanáticos dispuestos a mentir y a morir si es necesario para salvar a sus líderes –Lingren, agitado, recorrió con la mirada los rostros del jurado y se secó con su pañuelo el sudor de la frente–. Está en nuestras manos acabar para siempre con esta lacra social, que ha manchado de sangre inocente nuestra historia, y tanto daño nos está causando... Por nuestros hijos, por nuestra seguridad, por nuestros valores, nuestra moral, por nuestra Patria. Les ruego, Señores del jurado, que tomen conciencia del grave peligro que corremos todos, todos, si les hacemos caso. Si creemos en la declaración abstracta y sin ningún fundamento de esta señora que afirma que su difunto marido fue cómplice de unos sujetos que no los conocía, que nadie puede demostrar que existieron y que recibió un dinero que no puede probar que lo tuvo –Lingren tomó aliento–. Eso es todo Su Señoría.

–Larrañaga no ha intervenido –comentó Carrasco acercándose al oído de Fuentes Garrido.

–No tiene nada que decir. Está perdido.

Unos minutos después fue llamado al estrado Gregorio Crespo en calidad de testigo.

De la misma forma que la señora Ofelia Drago, habló, a pedido del abogado Larrañaga, acerca de lo que escuchó después del crimen en las oficinas de la Compañía Minera Rossi y Asociados.

Lingren comenzó con su batería de preguntas.

–¿Cuánto tiempo duró el supuesto diálogo entre Eugenio Carrasco y Ricardo Fuentes Garrido?

–Cinco a seis minutos.

–¿Usted tenía el móvil en la mano en el momento que escuchó el supuesto diálogo?

–Sí.

–Dada la importancia de la conversación que estaba escuchando, ¿por qué no la registró? Usted, un experto en informática, le bastaba hacer un clic para grabar un diálogo que podía poner al descubierto el más terrible asesinato de los últimos tiempos. No fue un diálogo de diez segundos ni de treinta, duró cinco a seis minutos. Pudo haber registrado al menos la última parte.

–Estaba paralizado de miedo.

–No obstante el miedo, pudo bajar el volumen de su móvil para que no lo fuera a delatar el ruido de una llamada. Se necesita un poco más de tiempo para bajar el volumen que para registrar. ¿No es verdad?

–Fue algo instintivo. Bajar el volumen era poner a salvo mi vida.

–Un caso tan sonado en el que estaba implicado una persona inocente. Cuatro personas muertas, brutalmente asesinadas. Y usted escuchando a los verdaderos asesinos cómo lo hicieron y no registró nada –sonrió sarcásticamente–. Dos senadores de la República que confesaban su crimen e involucraban al presidente. Usted hubiera podido salvar a su Patria y no hizo nada porque estaba paralizado de miedo, pero sí pudo bajar el volumen de su móvil.

Lingren meneó la cabeza en forma despreciativa.

–Después de tres años del crimen más horrendo acontecido en nuestro país, aparecen al mismo tiempo dos testigos a declarar: la señora Ofelia Drago, que sostiene la complicidad en el crimen de su marido que murió ebrio en un accidente, y Gregorio Crespo, para decir que escuchó una conversación de mis defendidos acerca de su participación en este terrible hecho de sangre. Lo que demostraría, de ser cierto lo que afirman, la culpabilidad del presidente de la República, en complicidad de dos senadores de su partido, y la inocencia de Amadeo Rossi, condenado por la justicia y ahora prófugo e involucrado en otros crímenes recientes –Lingren carraspeó y cambió su tono punzante por uno amigable y fluido–. Quiero hacer recordar a los miembros del jurado que el fugitivo se escapó de la cárcel con ayuda externa. Según los resultados de las investigaciones realizadas por profesionales expertos, se llegó a la conclusión de que el método empleado era altamente sofisticado y costoso… Además, el criminal Amadeo Rossi se escapó con otros dos criminales. Domingo Banda, su compañero de celda, culpable de haber asesinado al amante de su esposa. Y Marcos Palacios, su compañero en el reformatorio, culpable de asalto a mano armada en un banco y el asesinato de un policía y una inocente señora que estaba cobrando su pensión. Señores del jurado –Lingren retomó su tono agresivo–, al parecer, la organización criminal que permitió al homicida Amadeo Rossi y a sus cómplices, escaparse y desaparecer del mapa… ahora, en vísperas de las elecciones… justo en vísperas de las elecciones –remarcó–, está tratando de culminar sus malévolos planes iniciados el día de la fuga… Su objetivo es muy claro, Señores del jurado. Quiere exculpar al asesino Amadeo Rossi, gran amigo del Profeta, actualmente en la cárcel por violación de dos niñas, y trasladar su culpabilidad al

presidente de la República, que encabeza las encuestas y a dos senadores de su partido a pocos días de las elecciones. Señores del jurado, una organización del mal está detrás de todo esto con intereses muy claros… y no podemos permitírselo –Lingren cerró los ojos, conmovido–. No… no… no –repitió moviendo la cabeza–. Nuestro país quedaría en manos de gente maligna, de pervertidos criminales sin ningún escrúpulo, que persiguen el poder, y para alcanzarlo usan sin reparo todos los medios lícitos o ilícitos. A ellos no les importa matar, escaparse de la cárcel, violar niñas y mentir cuando se trata de apoderarse de lo que no es suyo. Pero esta vez no se van a salir con la suya porque sus acusaciones no tienen ningún fundamento.

Cuando abrió los ojos, observó los rostros del jurado y dedujo que había ganado el juicio.

–Eso es todo Su Señoría.

–Tiene alguna pregunta que hacer abogado Larrañaga.

–No, Su Señoría.

El juez dio tres golpes con su martillo.

–Orden en la sala. El jurado se retira para deliberar.

El presidente Esteban Obregón pensó que la victoria estaba en sus manos. La defensa de Lingren había estado impecable. Larrañaga no había abierto la boca. Respiró tranquilo lo mismo que Carrasco y Fuentes Garrido.

–Su Señoría –se puso de pie el abogado Larrañaga levantando un lápiz de memoria USB–, nos acaba de llegar una importante prueba que quisiera mostrarla a los Señores del jurado si me lo permite.

El abogado Lingren frunció el ceño.

–Preséntela, abogado Larrañaga –el juez pensó que era alguna otra banalidad.

Carrasco, Fuentes Garrido y los miembros del jurado se acomodaron de nuevo en sus asientos.

Larrañaga proyectó sobre la pantalla un video en el que se veía al presidente Esteban Obregón y a los senadores Eugenio Carrasco e Ismael Fuentes Garrido registrada en el despacho presidencial.

–El empleado de la minera ha desaparecido –dijo Fuentes Garrido.

–¿Lo han buscado en su casa? –preguntó el presidente.

–En su casa, en el trabajo. Se ha hecho humo.

–Y la señora.

–Nadie sabe dónde está.

–Celsius, y el Profeta son los causantes de todo –dijo el presidente–. Siempre fui de la idea de eliminarlos.

–Ellos han sido los únicos que apoyaban a Amadeo. Si los

eliminábamos hubiera sido obvio que los culpables éramos nosotros. Éramos los únicos beneficiados con su muerte. Esto ya lo hemos discutido tantas veces –dijo Carrasco.

–Yo pienso que las declaraciones de los testigos las podemos refutar. Será su palabra contra la nuestra. Podemos aducir que es una jugada sucia del partido Nacional para desprestigiarnos. No tienen ninguna prueba. La declaración de la señora no nos involucra para nada. Habla de que su marido sacó en la maletera a los hombres que mataron a Rossi. No sabe cómo se llamaban ni quién los contrató –dijo Fuentes Garrido.

–Hicimos un trabajo perfecto –agregó Carrasco.

Un barullo tremendo remeció la sala. Los periodistas que habían sido invitados por los senadores, comenzaron a fotografiarlos a ellos.

–¡Orden en la sala o tendré que mandar a desalojarla! –exclamó el juez.

–¿Dónde los enterraron? –preguntó el presidente.

–En el bosque. No los encontrarán –dijo Carrasco.

–Gregorio en el otro video habla que nos escuchó. Será su palabra contra la nuestra –dijo Fuentes Garrido.

–Estás seguro que no tiene una grabación –preguntó el presidente.

–No la tiene.

–Cómo es posible que no se dieran cuenta que había una persona al lado. Debió encender la luz, entrar caminando.

–Estábamos concentrados en la conversación –dijo Carrasco.

–No nos registró. Repito que será su palabra contra la nuestra –añadió Fuentes Garrido.

–Lo demandaremos por difamación e irá a la cárcel. En cuanto a Amadeo, he leído en el periódico de un killer que ha matado ayer a varios en el centro. Podríamos echarle la culpa con testigos falsos –dijo el presidente–. Todos saben lo que hizo en la cárcel.

–Decimos que fue producto de su paranoia asesina –dijo Fuentes Garrido.

–Muy bien, eso es todo por el momento. Lo del killer hay que hacerlo de inmediato, antes de que publiquen los videos. Si nos adelantamos, las declaraciones parecerán hechas al propósito para defenderlo. Para el Profeta podríamos buscarnos algunos que declaren que ha cometido abusos con menores.

–Será difícil encontrar a alguien que quiera calumniar al Profeta. Hasta los ateos y delincuentes lo respetan –dijo Carrasco.

–Siempre hay por ahí algún Judas –dijo el presidente.

Terminado el video, el presidente, que seguía el juicio desde

su despacho, pensó emprender la fuga, pero la policía que ya había ocupado las instalaciones del Palacio de Gobierno, irrumpió en la oficina y lo arrestó.

Entretanto en el juzgado, Eugenio Carrasco, desesperado, se puso de pie instintivamente para intentar escapar en medio del barullo que se había armado en la sala mientras Ricardo Fuentes Garrido perdía el conocimiento. Sabían que podían ser condenados a la pena de muerte.

El juez ordenó su detención inmediata.

Al día siguiente Alejandro Ferrara y su equipo regresaron a Franstuir. Henderson les ofreció un almuerzo de camaradería en su casa para homenajearlos por el gran trabajo realizado.

–Si no hubiéramos tenido el video, hubiéramos perdido el juicio –dijo Alejandro Ferrara–. Las declaraciones de nuestros testigos, a pesar de que sabíamos que eran ciertas, no tenían solidez. El abogado Lingren, muy eficiente, las desbarató rápidamente. Además, teníamos al Profeta en la cárcel, a la señora que se empecinaba en defender su inocencia, y a Amadeo con varios asesinatos más que le habían imputado.

–No me has contado todavía como obtuvieron el video –dijo Henderson.

–Había tres hombres de la comunidad del Profeta que trabajaban en el palacio presidencial. Eran los que hacían la limpieza. Nos ofrecieron su ayuda. Les encargamos que pusieran nuestras minicámaras invisibles en varios puntos del despacho del presidente. Después hablamos con Juan Carlos León, el líder del partido Nacional, y le hicimos ver los videos con las declaraciones de Ofelia y Gregorio. Luego le preguntamos si había algún espía infiltrado del partido del presidente Obregón. Nos dijo que sí. Lo invitaron a que vea los videos junto con Juan Carlos León y los altos mandos. Sabíamos que iría corriendo a contárselo a Fuentes Garrido. Así fue. Después, como era normal que sucediera, se reunieron para hablar del asunto en el despacho presidencial –era el lugar más seguro que tenían–. Y tal como lo habíamos previsto, comenzaron a ponerse nerviosos y a sacar los trapos sucios al aire.

–Y según me has contado el líder del partido Nacional ha ofrecido a mis hombres una fortuna para que trabajen para él –comentó muy serio el ingeniero Henderson.

–Sí, lo estamos pensando seriamente –dijo Ferrara, provocando la risa de todos.

–¿Y Amadeo? –preguntó Henderson.

–No sabemos dónde está –respondió Wendy.

–Es un muchacho muy listo –agregó Samir–. No lo pudimos

detectar cuando estuvo trabajando acá ni en Franstuir, y se nos escapó en Altaner. Hasta ahora no sabemos cómo se enteró que lo estábamos vigilando. Parecía tan tranquilo esa noche cuando regresó de pescar.

–Ya se debe haber enterado, seguro. La noticia ha dado la vuelta al mundo –dijo Javier.

–Hay algo que debes saber, Henderson –dijo Wendy–. Amadeo tiene un hijo.

Henderson cerró los ojos.

–Celsius nos lo contó. Pero Amadeo no lo sabe todavía. Dejó encinta a una chica, Ángela, se llama. Ella no quiso decírselo porque estaba en la cárcel. Tiene el apellido de un vecino… de un amigo.

–¿Qué cosa hará ahora? –se preguntó Henderson.

–Eso nadie lo sabe.

–¿Y el dinero y las empresas de su abuelo?

–Le serán restituidos. Su abuelo no lo desheredó como se creía.

–Pero el testamento lo cambió según lo que he leído.

–Era un documento falso. Grafólogos expertos han determinado que la firma no era la del abuelo. Era parte del complot. Si el documento hubiera sido verdadero no hubieran tenido necesidad de matar a nadie.

–Pero el abuelo lo había amenazado con desheredarlo. Lo declaró el mismo Amadeo.

–Se aprovecharon de sus amenazas para crear un documento falso. El notario que dio la conformidad a las firmas está preso. Con el poder en sus manos, ni siquiera se habían esmerado en hacer una buena falsificación –dijo Alejandro.

–¿Cómo se escapó Amadeo de la cárcel? –preguntó Henderson.

–Hasta ahora nadie lo sabe. Es un misterio –dijo Alejandro Ferrara.

–Este muchacho es sorprendente –exclamó Henderson.

–El juez le ha levantado todos los cargos. A los otros dos que se fugaron con él les reabrirán sus juicios. Al parecer también son inocentes.

27

–¿Qué vas a hacer, Amadeo?

–Terminar mi pizza.

–Amadeo, no bromeo… ¿Estabas enamorado de ella?

–Han pasado tantas cosas, Maggie… demasiadas, diría yo. Ya no soy el mismo de antes.

–Tú pensabas que Ángela se había metido con otro y que el hijo era de ellos. Ahora es diferente. Cuando la vuelvas a ver, cuando conozcas a tu hijo… cuando sepas que te sigue amando…

–Yo te quiero a ti, Maggie. Eso es lo único que sé.

–Te declararon inocente. Ya puedes regresar a Ravenia.

Amadeo asintió.

–¿Cuándo piensas hacerlo?

Amadeo meneó la cabeza con la boca llena.

Maggie se puso de pie.

–Regreso a casa, Amadeo –dijo Maggie mientras ponía su bolso en el hombro–. Ya sabes dónde encontrarme –le dio un beso en la mejilla y se apresuró a parar un taxi.

Eran las once de la noche. Ángela estaba relajada en el sofá viendo televisión con la luz apagada.

Amadeo tocó el timbre. Tenía en las manos una bolsa de

papel con regalos para todos. No tenía ninguna duda de su amor por Maggie, pero todo podía cambiar al abrirse esa puerta. Ángela había sido el amor que lo sostuvo y la fuerza que lo impulsó para seguir adelante en los momentos más difíciles.

Ángela se levantó sin quitar la vista de la televisión pensando que sería Pepe.

–¿Quién es?

–Amadeo.

Ángela cerró los ojos y se quedó aferrada de la manija sin reacción alguna.

–Ángela.

Ángela se acomodó el pelo en el espejo del recibidor y abrió la puerta.

–Hola, Amadeo.

–¡Maggie!

Ángela lo quedó mirando. Pensó que Amadeo no había quedado bien de la cabeza después de todas las cosas que le habían pasado.

–Yo… soy Ángela –dijo temerosa.

–Ángela… Ángela…

Amadeo cerró los ojos sin poder comprender lo que le estaba pasando.

Ángela lo cogió del brazo y notó su confusión. Lo hizo pasar.

–Siéntate.

Amadeo apoyando sus codos sobre sus rodillas, escondió su rostro entre sus manos. Ángela se sentó a su lado y besó su cabeza sin decirle nada.

–Ángela… Tengo un laberinto en la cabeza… discúlpame.

–¿Quieres tomar algo?

–Agua, gracias.

Ángela le dio un beso en la mejilla y se dispuso a ir por el agua, pero Amadeo se puso de pie y la cogió de los hombros.

–Ángela… tú eres Ángela, mi Ángela.

–¿Quién es Maggie?

Fabiola salió del cuarto para saludar a Pepe y le pareció verlos abrazados. Se detuvo en la puerta sin hacerse notar pensando regresar a su habitación para dejarlos solos, cuando creyó ver una figura conocida.

–¿Amadeo?

Los dos se volvieron hacia ella.

–Fabiola.

Fabiola avanzó unos pasos. Amadeo fue a su encuentro y la abrazó como un hijo que regresa de la guerra.

–Amadeo –Fabiola enjugó sus lágrimas–. ¡Qué guapo estás, hijo! Has echado cuerpo. Caramba. Estás hecho todo un hombre.

–Tú también estás muy bien, Fabiola.

–¿Quieres conocer a Paolo?

–Sí.

–Está durmiendo –dijo Ángela.

Entraron al cuarto en puntas de pie. Su cuna estaba colocada entre la cama de Ángela y de Fabiola.

Amadeo se agachó y le acarició la cabeza.

–Tiene tus ojos –dijo Ángela.

–Y cuando se ríe se le forman hoyitos en los cachetes como tú –dijo Fabiola.

–Paolo –Amadeo repitió su nombre, contemplándolo.

–Mejor vamos a la sala –dijo Fabiola–, no se vaya a despertar. Después no hay quién lo haga dormir. Ha estado fastidiado todo el día con cólico de gases.

Amadeo sacó los regalos de la bolsa. A Ángela le había comprado un oso de peluche, a Fabiola un bolso y a Paolo un robot. Después de conversar unos minutos Fabiola se fue a acostar y los dejó solos.

–¿Quieres comer algo?

–No, gracias. Me voy despidiendo.

Amadeo se puso de pie.

–¿No te quedas a dormir? Te preparo el sofá.

–No, Ángela. Estoy hospedado en un hotel acá cerca. Vengo mañana temprano. Podemos salir a pasear con Paolo.

Ángela apoyo sus manos en el pecho de Amadeo.

–Maggie.

Amadeo dijo sí con la cabeza sin dejar de mirarla.

–Yo pensé que nunca iba a dejar de quererte, Ángela, pero conocí a esta chica…

–¿Y cómo es?

–Es igual a ti, creo. Ya no estoy seguro de nada, Ángela. Antes de conocerla vine a verte.

–Como repartidor de pizzas.

–Sí, ese día me llevé la decepción de mi vida.

–Reconocí tu voz, y quise salir, pero me tropecé con Paolo, se cayó y se puso a chillar. Mientras lo calmaba tú te fuiste. Te perseguí, pero no pude alcanzarte. Después fuimos al hotel, al aeropuerto y una amiga que trabaja ahí me dijo que te habías embarcado a Franstuir. Iba a ir a buscarte, el Profeta me iba a acompañar, pero se descubrió todo, así que decidí esperarte.

–Esa noche cuando llegué a Franstuir me emborraché y me

quise tirar por la ventana.

–Y… ¿la quieres mucho?

–Estaba seguro que la quería hasta que te volví a ver. Ahora tengo una gran confusión en la cabeza. Todo lo que sentía por ti… ha revivido en un instante.

Amadeo se tocó los ojos para no dejar salir un par de lágrimas.

–Y te pasará lo mismo cuando la vuelvas a ver.

–No lo creo.

–Al entrar me dijiste: “Maggie”

–Ángela, he pasado días de muchísima tensión. Mañana será diferente. Ahora necesito descansar. Mañana vendré temprano y hablaremos…

–Sí, anda a descansar. Yo también me voy a dormir. Mañana tengo que ir a trabajar.

–Ya no necesitas trabajar. He recuperado mi herencia. Todo lo que tengo es tuyo y de mi hijo. Dentro de poco te llegarán los papeles.

–No me interesa, Amadeo.

–Así no te interese, todo lo que poseo lo he transferido a tu nombre. ¡Maggie, yo nunca he dejado de quererte!

–Yo soy Ángela, Amadeo. Es mejor que te vayas. Tengo que levantarme temprano.

Ángela le dio un beso en la mejilla y se fue a su cuarto. Antes de entrar le hizo adiós con la mano y cerró la puerta.

Amadeo salió de la casa sin comprender lo que le estaba pasando. Puso en marcha el motor. En el trayecto al hotel tuvo la impresión de que estaba soñando. Todo le parecía tan irreal. A pocos metros de ahí vio a un grupo de delincuentes que estaba golpeando a un hombre en el suelo. Se detuvo a su lado y bajó a defenderlo.

En pocos segundos se deshizo de dos con certeros golpes de puños y patadas. Otros dos se le fueron encima. Amadeo se tiró al suelo a gran velocidad. Con la espalda sobre la acera les enfiló sendas patadas sobre los genitales que los hizo retorcerse de dolor.

De un salto se puso de pie y se cuadró para enfrentarse con el último de los agresores, pero este huyó corriendo, seguido de inmediato por sus compinches.

Amadeo se agachó para socorrer a la víctima.

–¡Frank!

–Amadeo…

–Cómo te han dejado estos miserables.

–Estoy bien…, estoy bien.

El Profeta estiró el brazo y Amadeo lo ayudó a levantarse.

–Estás de vuelta. Qué gusto, amigo.

–Te llevo al hospital.

–No, estoy bien.

El Profeta se tocó el cuerpo.

–No me han roto nada gracias a ti. Llegaste a tiempo.

–A ver, levanta las manos.

El Profeta comenzó a aletear.

–Las piernas.

El Profeta levantó una, después la otra.

–No tengo nada, gracias a Dios –se agachó y se sacudió el pantalón.

–Vamos, sube que te llevo –dijo Amadeo, palmeándole la espalda.

–Gracias.

–¿Qué hacías solo por acá a estas horas? –preguntó Amadeo, mientras ponía encendía el motor.

–Me escapé de una reunión. Ya no me necesitaban.

–¿Adónde vas?

–Aquí cerca. Al lado del restaurante El pollón. Estoy invitado a dormir en la casa de un hermano de la comunidad… ¿Conoces?

–Sí. Esta zona es peligrosa, Frank. Hay muchos rateros. Pero estos no tenían intenciones de robarte, te querían matar a golpes.

–Si, Amadeo, eso es justamente lo que querían hacer. No sólo a mí, sino a todos los hermanos de la comunidad. A varios los han mandado al hospital. Nos amenazan constantemente. Yo paro viajando y en todas partes donde voy sucede lo mismo. Si tú no llegas, ten por seguro que estos me mataban.

–Las persecuciones.

–Sí. Veo que te acuerdas de nuestras charlas.

–Me acuerdo, sí.

–Te veo muy bien, Amadeo. Estás hecho un hombre.

–Un hombre confundido.

–Has pasado todas las pruebas. Y estás a punto de superar la última.

–Estoy en el último nivel –bromeó Amadeo.

–Si superas la última prueba habrás ganado el juego.

Amadeo volteó la cara y se encontró con la mirada celestial del Profeta.

–Tú fuiste el que me liberó. El que abrió las puertas de la cárcel, el que dejó dormido a los guardias.

–Yo no soy capaz de hacer esas cosas, Amadeo. Seguramente fue uno que te necesita en sus filas. Llegamos. Aquí es –el Profeta señaló una casa antigua con rejas de madera despintadas y corroídas

por la humedad.

Amadeo se detuvo detrás de un camión.

–Todavía no tienes una casa, Frank.

–Mi casa es el mundo, Amadeo.

–Y tu familia la humanidad.

El Profeta asintió sonriendo.

–Frank, estoy muy confundido. Creo que me estoy volviendo loco.

–Ángela y Maggie.

–¿Cómo lo sabes?

De la casa salió un grupo de personas a recibirlo. Donde el Profeta se quedaba a dormir, siempre había gente que lo esperaba, generalmente eran los familiares y amigos del dueño de casa que llevaban a sus enfermos y que querían escucharlo. A veces se amanecían orando. El Profeta no tenía un minuto de descanso ni de día ni de noche.

–¿Por qué no nos acompañas a orar un rato?

–Sí. Por qué no.

Bajaron del auto y se unieron al grupo en el preciso momento en que un auto rojo se detuvo frente a ellos. Amadeo vio una pistola en la ventanilla posterior. En una fracción de segundo se tiró encima del Profeta haciendo las veces de escudo. Las balas impactaron en su cuerpo sacudiéndolo violentamente.

El auto emprendió la fuga, la gente gritaba y corría como loca. Las luces de las casas se encendieron y los vecinos se asomaban curiosos por las ventanas y balcones.

Dos hermanos de la comunidad movieron delicadamente el cuerpo de Amadeo que había quedado como una frazada cubriendo al Profeta.

El Profeta se puso de rodillas y lo estrechó en su pecho llorando como un niño.

Minutos después llegó la policía, y la ambulancia se llevó el cadáver a la morgue central. El profeta subió también y se quedó a su lado.

–Amadeo levántate en el nombre de Jesús –dijo el Profeta que viajaba a su lado.

El enfermero que estaba con ellos meneó la cabeza en señal de desaprobación. No creía en dioses ni en profetas ni en milagros, y consideró sus palabras una broma de muy mal gusto.

Ian emitió un leve quejido.

Al enfermero se le puso la carne de gallina. Clavó la vista en el Profeta esperando una explicación.

Amadeo emitió un lamento un poco más fuerte y esta vez lo

pudo oír claramente hasta el chófer de la ambulancia.

–¿Qué está pasando? –preguntó.

¡Acelera. El muerto ha resucitado!

El Profeta se acercó al oído de Amadeo y le dijo susurrando:

–Has superado la última prueba. Dar la vida por tus amigos.

Amadeo lo vio por unos instantes. Luego perdió el conocimiento.

28

Maggie se enteró de que Amadeo estaba herido y viajó a Ravenia acompañada de su papá. Llegaron al hospital cuando faltaban cinco minutos para que terminara el horario de visita. Maggie se bajó en la puerta y dejó a Henderson buscando un sitio donde estacionar el Volvo.

–Siga de frente hasta llegar a los ascensores. Tercer piso, cuidados Intensivos.

–Gracias –dijo Maggie a la recepcionista y partió a la carrera.

En el reparto, una enfermera le dijo que no se podía entrar.

–¿Puedo hablar con el doctor?

–Dentro de una hora –la enfermera le señaló una sala– ahí puede esperarlo. Está su hermana –le dijo con una sonrisa y se fue caminando a paso ligero por el corredor.

Maggie vio desde la puerta a una chica que se había quedado dormida sobre el asiento con un rosario en la mano. No sabía que Amadeo tuviera una hermana. Se le acercó sin hacer ruido. No había nadie. Se presentaría como una amiga del trabajo. No diría nada acerca de que era la enamorada de Amadeo que se había quedado esperando su regreso.

Ángela se despertó de improviso, levantó el rostro y se sobresaltó de ver a Maggie parada frente a ella.

–Hola, soy una amiga de… –Maggie no pudo terminar de hablar por la sorpresa que se llevó al ver el rostro de Ángela.

Ángela, por su parte, se frotó los ojos dudando de haberse despertado. Con temor, se puso de pie lentamente y se quedaron frente a frente mirándose detenidamente.

–Somos iguales –susurró Ángela con un hilo de voz–. ¿Quién eres?

Maggie petrificada por la impresión no escuchó la pregunta. Se limitó a comentar:

–Somos idénticas.

–¿Cómo es posible? –dijo Ángela, dudando de que se hubiera despertado.

–No tengo idea. Estoy tan sorprendida como tú.

–Creo que será mejor sentarnos.

Se sentaron al mismo tiempo una al lado de la otra. Maggie se cruzó de piernas y puso su bolso encima de su falda.

–Me llamo Ángela.

–Yo soy Maggie, una amiga de Amadeo.

Se acercaron aún más y se dieron un beso en la mejilla.

–¿Has venido a ver a Amadeo?

–Sí. ¿Cómo está?

–Ayer salió del estado de coma. He hablado con la doctora, me dijo que recobró la conciencia por algunos minutos, pero se volvió a quedar dormido. Ya está fuera de peligro, pero todavía está muy débil.

–¿Se le puede ver?

–Sí, a través de un vidrio desde el cuarto que está al lado. Ahí entran sólo los doctores que lo tratan. A mí me dejaron entrar porque creo que le caí simpática a la doctora.

–Me alegro mucho de que esté mejor –dijo Maggie con la impresión de estar hablando con el espejo.

Hicieron una pausa sin dejar de mirarse.

–Ángela… debemos ser hermanas… hermanas gemelas. No hay otra explicación –dijo Maggie, tímidamente.

–Sí, creo que no hay otra explicación. A no ser que siga dormida y tú seas sólo un sueño.

–Estamos bien despiertas, Ángela.

–Si estamos despiertas, no hay otra explicación.

–La enfermera me dijo: “en la sala está su hermana.” Yo pensé que era la hermana de Amadeo. Pero ahora creo que se refería a nosotras.

–Amadeo no tiene hermanas.

Hicieron otro silencio.

–Ángela… tengo unas ganas tremendas de llorar y abrazarte.

–Y yo.

Las hermanas separadas por el destino se unieron en un abrazo interminable poniendo fin a esa nostalgia de tantas noches tristes sin poder explicarse el motivo.

Se separaron. Tenían los ojos vidriosos.

–Siento como si nos conociéramos de toda la vida, Maggie.

–Igual yo. Es una extraña sensación.

–¿Quiénes serán nuestros padres?

–Mi mamá es nuestra madre –Ángela ubicó en su móvil una foto de Fabiola cuando era joven–. Se llama Fabiola.

–Sí no hay duda. Es igualita a nosotras –Maggie sacó su móvil de su bolso y comenzó a buscar la foto de Henderson. Halló una donde estaba con ella y su mamá adoptiva.

–Tampoco hay duda. Tiene nuestros ojos. Qué guapa es tu mamá.

–Fabiola no se queda atrás… ¿Qué habrá pasado entre ellos?

–Al parecer se pelearon.

–Mi papá nunca me habló de ti ni de tu mamá.

–Mi mamá tampoco. ¿Crees que deberíamos decírselo?

–Yo creo que sí, pero no ahora. Con todo lo que ha pasado les daría un infarto a todos incluso a Amadeo. Primero hay que preparar el terreno. Nos mantendremos en contacto.

Intercambiaron números de teléfono.

–Ángela, yo soy una amiga de Amadeo…

–Maggie, sé quién eres. Amadeo me habló de ti.

–¿Qué te dijo?

–Que te había conocido y que se había enamorado de ti.

–Ahora que lo pienso, estaba enamorado de ti no de mí. Cuando perdió la memoria seguramente se olvidó de tu cara, pero se ve que te tenía muy presente en el subconsciente.… Espera, espera. Cuando te vio seguramente se sorprendería.

Ángela sonrió acordándose de la cara que puso cuando abrió la puerta.

–Sí, me dijo: “Maggie” con una cara de: “¡qué está pasando!”

Rieron.

–Pobre.

–Yo pensé que no estaba bien de la cabeza y él también pensó lo mismo. Me dijo que estaba confundido y se despidió para irse a descansar.

Rieron nuevamente.

–A mí me conoció después de que te había visto con tu vecino.

–No nos llegamos a ver ese día. Fue Pepe el que le abrió la puerta.

–Él me dijo que te vio por la ventana.

–Me vio de espaldas. Si me hubiera visto bien se habría dado cuenta de que éramos iguales.

–Somos gemelas, Ángela… ¿Tienes una foto de mi sobrino?

–Sí –Ángela le enseño su foto desde la pantalla de su móvil.

–Cómo se le parece.

–Sí, a veces me confundo y lo llamo Amadeo.

–¿Cómo se llama?

–Paolo. Es muy inteligente.

–Y muy guapo.

–Sí.

–Bueno –dijo Maggie–. El día de hoy pasará a la historia –se puso de pie–. Me despido. Mi papá está afuera. Felizmente que no lo dejaron entrar.

–¿Tu papá está afuera? –Ángela abrió los ojos–. Quisiera conocerlo… Pero lo veré de lejos. No te preocupes.

–Sí, Vamos –dijo Maggie mientras se ponía de pie–. Dale mis saludos a Amadeo cuando se despierte.

–Se los daré. Gracias.

–¿Cuál es tu plato preferido?

–El ceviche.

–¡No te puedo creer! Yo adoro el ceviche.

–¿Cuál es tu película preferida? Espera, la decimos las dos juntas. A la una, a las dos y a las tres.

–Titanic.

–Titanic.

Rieron y siguieron comparando sus gustos que coincidían siempre. Llegando a la ventana que daba al aparcamiento, Maggie señaló a un distinguido señor que controlaba su reloj cerca de un Volvo plateado.

–Ese es mi papá, o mejor dicho, nuestro papá.

–Guapísimo.

–Sí, se cuida mucho. Ahora sí –Maggie abrió sus brazos–. Adiós, Angela.

Se abrazaron. Luego Maggie emprendió una carrerita hasta donde estaba Henderson. Ángela la siguió con la mirada y se quedó observándolos desde la ventana. Las lágrimas comenzaron a bañar sus mejillas.

–Maggie, hija. ¿Cómo está Amadeo? ¿Lo has podido ver?

–Está bien, papá. Ya está fuera de peligro.

–¿Por qué lloras?

–No es nada. Vámonos por favor.

Al día siguiente Ángela fue a ver a Amadeo. Habló primero con la doctora. Le preguntó si le podía contar acerca de su hermana gemela. La doctora, con quien había hecho amistad, le respondió que no había ningún problema: "Mañana lo pasamos a su cuarto. Ya está bien, además las balas le cayeron en el cuerpo, no en la cabeza." Antes de despedirse le dio ánimos para que no perdiera las esperanzas de que fuera ella la elegida.

–Hola. ¿Cómo te sientes?

–Mejor.

–Te salvaste por un pelo, príncipe. Tienes más vidas que un gato.

–¿Qué me pasó esta vez?

–Te agarraron a balazos por salvarle la vida al Profeta.

–¿Se la salvé?

–Sí.

–¿Dónde está ahora?

–Predicando por aquí y por allá. Estuvo temprano. Ya le avisé de tu mejoría.

–¿Paolo? ¿Le gustó su robot?

–Le encantó. Ahora está en el colegio. En la tarde lo traigo.

–Le dijiste que soy su papá.

–Todavía.

–Ángela intuyó la gran confusión que tenía en el cerebro por la forma que la miraba y buscó la mejor manera de decirle la verdad–. Maggie vino a verte ayer.

–¿Maggie? –murmuró Amadeo, arrugando el entrecejo.

–La chica de la que te habías enamorado en Franstuir.

Amadeo entrecerró los ojos asintiendo con la cabeza.

–Te dejó saludos y desea que te mejores pronto.

–¿Regresó a Franstuir?

–Sí, con su papá.

–¿Su papá? ¿Vino Henderson?

–Sí. Se ve que te quieren mucho. Ya le avisé que estás mejor. Seguramente querrás verla. La doctora me ha dicho que es muy posible que la próxima semana te dé de alta. Así que dentro de poco podrás regresar a Franstuir.

–Yo te quiero a ti, Ángela.

–Cuando regreses a Franstuir y la veas de nuevo pensarás distinto.

–No lo creo –Amadeo cogió su mano–. Ahora estoy seguro

que te quiero a ti.

–Y yo estoy segura que tienes una gran confusión en la cabeza.

–Sí, en parte tienes razón, pero no tiene nada que ver con mis sentimientos.

–¿Te acuerdas de su cara? ¿De su físico? ¿De cómo era?

–No.

Amadeo mintió. El recuerdo que tenía de ella era claro. Lo que era oscuro era su gran parecido a Ángela. Su duda era que, durante los días en coma, quizás se había producido un cortocircuito en su cerebro.

–Se parece a mí.

–¿Se parece a ti? –Amadeo arrugó la frente.

–Para ser más exacta. Somos idénticas… Maggie es mi hermana gemela.

Amadeo reaccionó haciendo un intento por sentarse, pero sólo pudo levantar la cabeza con un gesto de dolor.

–Tranquilo Amadeo. No te agites, por favor.

–Estás bromeando.

–No –Ángela acarició su cabeza–. Maggie es mi hermana gemela. Nuestra madre es Fabiola y nuestro padre, Henderson. Lo descubrimos viendo sus fotos.

Amadeo se frotó lentamente la frente.

–¿Gemelas?

–Sí, gemelas. Hermanas gemelas. Y nos sorprendimos tanto como tú lo estás ahora. Yo pensé que estaba soñando cuando la vi.

–Ahora se explica todo. Pensé que se me había aflojado un tornillo.

–Lo sé.

–Dios mío.

Amadeo movió lentamente la cabeza.

–El Señor te puso en nuestro camino para unirnos.

–¿Y se lo has dicho a Fabiola?

–Sí.

–¿Y cómo reaccionó?

–Casi se desmaya –Rieron–. Me confesó que había tenido una relación con el ingeniero Henderson –con mi papá– cuando trabajaba en su casa en Franstuir. Él estaba casado, pero no podían tener hijos a pesar de todos los tratamientos a los que se habían sometido. Era tan grande el sueño de ser padres, que su esposa lo perdonó y aceptó criarnos siempre y cuando Fabiola desapareciera para siempre de sus vidas. Le ofrecieron una buena cantidad de dinero. Le aseguraron que no nos faltaría nada y que seríamos tratadas

como dos princesas. Mi mamá aceptó en un primer momento porque era muy joven y muy pobre y no tenía ni siquiera adónde ir. Cuando estaba con su maleta lista a punto de marcharse, se arrepintió, dejó el dinero y aprovechando que Henderson y su esposa se habían ido a ver a Maggie al hospital, se fugó conmigo y me trajo a Ravenia a la casa de mi abuela que acababa de enviudar.

–¿Por qué estaba en el hospital Maggie?

–Había tenido algunos problemas al nacer. Al poco tiempo mi mamá regresó por ella, pero se la habían llevado al extranjero. No hubo día que no se arrepintiera de haber dejado a mi hermana. Pero ahora nos hemos vuelto a encontrar, gracias a ti.

–¿Maggie se lo contó a Henderson?

–Sí, reaccionó más o menos igual.

–¿Y ahora?

–Ahora mi mamá quiere conocer a Maggie, Maggie a mi mamá. Henderson me quiere conocer a mí y hablar con mi mamá. Maggie quiere verte de nuevo y seguramente tú también querrás verla.

–Qué tráfico de gente…

–Tú lo has originado. Si no fuera por ti no hubiera sido posible este encuentro. Tú construiste el puente que ahora nos unirá. Tú eres el puente, Amadeo.

–Yo el puente. No, creo que el puente es otro que conozco muy bien.

–El Profeta.

–Sí.

Ángela se encogió de hombros.

–Con Maggie hemos organizado una reunión entre todos, cuando estés bien.

–¿La esposa de Henderson está enterada?

–Sí, también quiere conocerme. Vendrá.

Amadeo cogió su mano.

–Ángela… yo te quiero. Ahora te puedo decir con toda seguridad que nunca he dejado de quererte.

–Me dijiste que estabas enamorado de mi hermana, Amadeo. Uno no puede amar y dejar de amar de un día para otro. Si tú y Maggie se quieren, yo seré feliz. Y no es que quiera hacerme la víctima. Te lo digo de corazón.

–Cuando era chico, tenía un rompecabezas. La figura era de los animales del bosque. Era mi preferido. Me lo había regalado mi mamá. Lo armaba con los ojos cerrados. Pero se me perdió una pieza donde estaba la cabeza de la coneja. Yo la hice con un cartón, me esmeré en dibujarla, la pegué y la puse en su sitio. Se la enseñé a mi abuelo y me dijo que parecía la original, pero yo no estaba contento

porque sabía que no era la verdadera. Un día la encontré en la rendija de un sofá y sentí una gran alegría de volver a colocarla en su lugar.

–Muy bonito, Amadeo. El problema es que ahora tienes dos piezas originales. Ninguna es copia de ninguna.

–Es verdad. Pero ahora estoy seguro que te quiero a ti.

–Después de la reunión hablaremos de nuevo.

EPÍLOGO

Años después en una tienda de campaña de la Cruz Roja Internacional.

–Anda a descansar. Duerme, aunque sea una hora.

–En un rato. ¿Llegaron los antibióticos?

–Todavía.

–Doctor Rossi, hágale caso a la doctora. Van a ser cuarenta y ocho horas que no pega un ojo –el enfermero le palmeó la espalda–. Yo me ocupo de ellos.

–Vaya, vaya –gritaron los heridos.

Amadeo se quedó mirándolos.

–Está bien. En una hora despiértame.

–En ese ángulo he colocado una frazada. Recuéstese un rato con su esposa, que también está rendida. Yo lo despierto en una hora, doctor.

–Gracias, José –dijo Ángela.

Se acomodaron lo mejor que pudieron.

José les colocó una sábana delante de ellos para hacerles sombra.

–Gracias, José –repitió Ángela–. Ahora sí, durmamos un rato, príncipe. Nos hace falta.

–¿Has sabido algo de Paolo?

–Hablé con él hace unos minutos. Sigue en misión con Frank y Maggie en Somalia. Llegan la próxima semana.

Amadeo no pudo decir nada más. Había caído en los brazos de Morfeo y roncaba. Ángela dio gracias a Dios por un día más, le dio un beso en la frente y se quedó dormida recostada en su pecho.

AGRADECIMIENTO

Mi agradecimiento a mi esposa y a mis hija Karina por sus valiosos consejos y aportes en la corrección de esta novela.

Agradezco a Amazon por permitirme publicarla y a los lectores que me acompañaron hasta el final de esta aventura.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

Juan ¿has visto la luz alguna vez
Fix 20
El sonido del mar
Despierta
Yo creo en Dios
Vendedores de caramelos